

*CLAUDIO DE LA TORRE*

# Geografía y quimera



SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES  
MADRID

## OBRAS DE CLAUDIO DE LA TORRE

*El canto diverso* (poemas).

*La huella perdida* (cuentos).

*En la vida del señor Alegre* (novela, Premio Nacional de Literatura).

*Alicia al pie de los laureles* (novela).

*Lluvia de arena* (novela corta).

## TEATRO

*El viajero.*

*Un héroe contemporáneo.*

*Paso a nivel.*

*Tic-tac.*

*Quiero ver al doctor* (en colaboración con Mercedes Ballesteros).

*Hotel Términus.*

*Tren de madrugada* (Premio Piquer, de la Real Academia Española).

*Clementina* (Premio del Teatro Lara de Madrid).

*En el camino negro.*

*La cortesana* (Premio de Teatro Ciudad de Barcelona).

*El río que nace en junio* (Premio Nacional de Literatura).

*La caña de pescar.*

Para Saulo, a quien admira  
y quiere más cada año, desde  
aquel lejano de nuestra juventud,  
su fraternal y fidelísimo

Clavero.

Abrit, 1964

## GEOGRAFIA Y QUIMERA

**CLAUDIO DE LA TORRE**

**GEOGRAFIA Y QUIMERA**

**SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES  
MADRID-1964**

Núm. Regtro.: 450-64  
Depósito legal: M. 2456-1964

*Printed in Spain*

---

OGRAMA (Oficina Gráfica Madrileña).—Orense, 16.—Madrid (20)

## ¡CUENTA, CUENTA!

Este es el grito que resuena por los castillos de Francia en los años caballerescos del siglo XII, cuando en las largas veladas de invierno, suspendidos los torneos, los caballeros entretienen su forzado descanso contándose en verso, unos a otros, las últimas novedades de la época. En boca de estos varones fatigados de la pelea los poemas adquieren, sin embargo, una vida inusitada. Tanta, que pronto saldrán de los castillos y se irán por esas rutas de Dios, repetidos por buhoneros y mendigos en ese trajinar incesante que anima los caminos medievales. Así, cuerda a cuerda, quedará tensa un día la lírica nacional.

Han pasado los tiempos duros. El señor no es ya el tirano solitario, aislado, embutido en el cilindro de su torreón. A los pies del castillo se ha formado un pueblo extraño. Aquellos labriegos indecisos, pegados a las piedras de la baronía, que aportaban el grano entre los brazos temblorosos para el recuento del señor, forman ahora compactos grupos en los que se discute y se murmura. Habrá que contar con ellos en el futuro, sua-

vizar cargas y gabelas por si las guerras con el vecino hicieran preciso juntarlos de nuevo.

Pero el mundo va a cambiar. No lo saben aún en estas soledades. Por mesones y hosterías van apareciendo rostros nuevos. Algún que otro vagabundo indiscreto entona las sátiras más desenfadadas sobre costumbres que aquí se ignoran todavía.

El príncipe está cerca. Una más amplia organización feudal se dispone a someter al señor del castillo. Junto al príncipe, refulgente de gloria, viene también un abad mitrado. Grave es el momento: la Iglesia condena la resistencia. De almena en almena vuela la noticia, y muy pronto aquellos toscos castellanos tendrán que aceptar nuevas fórmulas de vida.

Mandarán los hijos a la corte para que se eduquen de distinto modo. Tendrán caballo nuevo y relucientes armas los que puedan. La educación de los hijos exige estos sacrificios. Es costoso el espaldarazo. Los más pobres, sin escuderos que les sirvan, serán ellos mismos escuderos. Las hijas, en cambio, continuarán en el castillo, libres ya de la tiranía de los hermanos. Es ésta otra novedad. En adelante, han dicho los monjes que empiezan a mendigar por los contornos, habrá que tratar mejor a las mujeres. San Jerónimo ha escrito que «lo que otros serán después en el Cielo lo son ahora las doncellas en la Tierra». Es una clarísima alusión a los ángeles.

La Iglesia no desempara a ninguno, ni siquiera a ese pobre caballero andante, solo por los caminos, que va con su lanza en ristre rompiendo el aire mientras no halla materia insana en qué emplearla. Si no, ahí está San Jorge, el valiente caballero de Capadocia, dando

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

muerte al dragón y libertando a la princesa. La tradición piadosa consagra así la imagen de una leyenda heroica que la Iglesia recibe en su seno.

De todo se habla animadamente en estas veladas invernales. Hay algún caballero que trae noticias de Bizancio. No puede ordenarlas todavía. Las orillas del Bósforo, cuajadas de piedras preciosas, le ciegan el recuerdo. Otros hablan de los sarracenos de España, de los jardines encantados de Andalucía...

El mundo era entonces muy grande, y los viajeros pocos, salvo en las lentas concentraciones de las Cruzadas. En todas partes trovadores y juglares eran bien recibidos con tal de que dijeran algo nuevo. Faltaba gente para contar las maravillas. El mundo era una inmensa novedad.

Pero los siglos lo empequeñecieron hasta el punto de que los hombres no cupieron en él, a pesar de disponer de un nuevo continente. América dio la exacta medida de la Tierra. Y desde entonces cada cual se lanzó a su aventura. Se viaja hoy mucho, y muy pocos se resignan a no contarnos lo que han visto. El trovador profesional nada tiene que hacer, salvo mirarse el alma. La literatura sufre gran postración. Cada cual tiene su novela. A nadie se le ocurre, a estas alturas, decir a su vecino: «¡Cuenta, cuenta!»

# GEOGRAFIA Y QUIMERA

## GEOGRAFIA Y QUIMERA

La isla de Pascua es, en realidad, la única isla con «estatuas». Porque la otra, la que visitaron los antiguos, que aseguraban que tenía también «estatuas» y que mencionaron repetidamente los cartógrafos medievales con el nombre de «La Antilia», resultó, al fin, que ni siquiera existía. Las naves de viajeros y conquistadores removieron las aguas del nuevo océano, después de Colón, sin encontrarla por parte alguna. Las olas se la habían tragado.

Fue «La Antilia», en definitiva, uno de los grandes mitos destruidos por la naciente realidad de América. Pero como la leyenda había sido tan bella—nada menos que resucitar la Atlántida de Platón—, tenía por lo menos que salvarse el nombre del olvido. Así desapareció la isla de los mapas; pero el nombre de «La Antilia» quedó ya unido para siempre a un archipiélago y a su mar.

Este fluctuar entre la geografía y la quimera consumió durante siglos gran parte de la energía humana. No parece probable que al mundo medieval le hiciese

falta más tierra para su expansión. Al contrario, hoy nos parece, al contemplar ruinas y castillos, que los hombres vivían muy a gusto en sus dominios y, todo lo más, en los de su vecino. Sólo al animarlos un ideal común, como el de las Cruzadas, fue quizá cuando debieron sentirse viajeros y soñadores. Si se despertó o no la fantasía en este momento de la Historia al descubrir un Oriente fabuloso, lo cierto es que a partir de entonces, a lo largo de la Edad Media, parece escarpase por sus torres almenadas un ansia incontenible de soñar.

Este afán de vida sorprendente cruza las tierras yermas y llega hasta los mares. A teólogos y monjes visionarios les azota por primera vez el rostro un viento desconocido. Viene del mar Tenebroso. Allí están las islas fantásticas que pueblan sus sueños de iluminados. Las ven desde las celdas, desde las torres de la baronía. Los trovadores las van enumerando por los caminos polvorientos. Hay una entre las islas que promete el Paraíso. Nuestro San Isidoro habría llegado incluso a fijar su latitud si antes hubiera podido detener sobre las olas la leyenda flotante de las Afortunadas.

Los ojos están fijos en Occidente cuando la geografía mística aporta dos tesoros deslumbrantes: la isla de San Brandán y la de las Siete Ciudades. Estas son ya «casi reales», con tal fuerza empuja la leyenda desde el fondo de los siglos. La cartografía señala a San Brandán hasta el siglo XIX, sin que jamás hubiera testimonio auténtico de su presencia en los mares. La de las Siete Ciudades tiene también una vida dilatada, sobre todo tras el descubrimiento de Canarias, que aviva la fe en los

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

navegantes. Fernando Colón habla de ella en su Diario.

Estas y tantas otras islas como poblaron la imaginación medieval movieron a los hombres a lanzarse por el mar desconocido en pos de sueños y quimeras, sin sospechar la realidad que les aguardaba. La realidad fue América, continente mucho más fabuloso que todas las islas previstas. Porque a veces, por el juego libre de la fantasía, se llega también a descubrir la verdad insospechada.

## LA ISLA MISTERIOSA

Conocemos de ella, además de la abundante iconografía que nos ofrece el libro del doctor Stephen-Chauvet en su lujosa edición chilena, la acuarela en que el joven marino Julien Viaud recoge su primera impresión de la isla, el 7 de enero de 1872, hacia las cinco de la mañana. Esta acuarela, dedicada más tarde a Sara Bernhardt, porque el marino Julien Viaud se convirtió con el tiempo en el escritor Pierre Loti, nos muestra un conjunto abigarrado de hombres y piedras, como apretada síntesis de la fabulosa isla de Pascua.

Perdida en el mar con sus pájaros sagrados, justo a mitad de camino entre las costas de Chile y las suaves playas de Tahití, la isla de Pascua, llamada de San Carlos por los españoles en los años del virreinato del Perú, sigue guardando hoy un misterio indescifrable para los ojos del viajero que la visita. Es para los sabios una incógnita etnológica y arqueológica. Para los profanos, un mundo fantasmal.

Cuando el holandés Roggeween la descubre el día de Pascua de Resurrección de 1772, y aun en los años in-

mediatos que siguieron, se hubiera tal vez podido aclarar el misterio si los piratas y balleneros que surcaban entonces el Pacífico hubiesen sido más aficionados a la etnología o, por lo menos, a las bellas artes. Pero prefirieron entre unos y otros exterminar aquella raza misteriosa que debió de tener sus grandes secretos, razón por la cual monseñor Tepano Jaussen hubo de quedarse perplejo al ver entre sus manos la primera «tablilla parlante», escrita con caracteres ideográficos, regalo de los indígenas. A éstos hasta entonces se les había tenido por «inmemoriales», por ignorantes de la escritura; de manera que el hallazgo no podía ser más inesperado. A monseñor Jaussen le acompañaba en la ocasión un modesto «sabio» indígena, quizá el último que quedaba en la isla, que apenas pudo explicarle que se trataba de una «madera de hibisco inteligente». Ni siquiera supo descifrarla. El pobre «sabio» sabía escribir con dientes de tiburón, pero no le habían enseñado a leer. Los verdaderos sabios habían sido exterminados.

Traducidas poco tiempo después por los lingüistas, parece ser que estas maderas sagradas sólo contenían vagos poemas narrativos. Nada de historia, de noticias. Ninguna ley escrita. ¿Significaba, por tanto, que la remota civilización de la isla se había alimentado siempre de pura fantasía? ¿Nos encontrábamos acaso ante los gloriosos vestigios de un pueblo de poetas?

No encierran las tablas, sin embargo, el más hondo misterio de la isla. Este reside, como en pétreas fortalezas, en lo que los viajeros de aquellas tierras llaman «las estatuas». Son de piedra, descomunales, algunas de más de veinte metros de altura, tocadas en su mayoría por unos soberbios gorros rojos, también de piedra.

Pueblan literalmente la isla. En el fondo del cráter del Rano-Roraku se encuentran agrupadas ciento cincuenta y tres. A sus pies hay un lago de agua dulce y un bosque sombrío de plantas indígenas, nacidas al resguardo de los vientos. Afuera, en la llanura, otras cuarenta estatuas bordean el camino que conduce al volcán. Hay más de quinientas en la pequeña isla. Todas ellas, con las cuencas vacías de los ojos, vuelven la cabeza hacia el Norte, ciegas, alucinadas, como si acentuaran el misterio de su origen con un común propósito que nadie aún ha descifrado.

¿Gente que tuvo por única misión, en su soledad, la de embellecer el suelo inhospitalario en que naciera? La ciencia más avisada se inclina hoy a aceptar esta graciosa hipótesis, después de rechazar una por una, a lo largo de un siglo de estudios, las más diversas interpretaciones.

No simbolizan las estatuas el socorrido culto a los muertos, más o menos ostentoso, que se suele suponer en casos semejantes, pues parece probado que este culto no existió nunca entre los indígenas. Los primeros viajeros refieren, sorprendidos, que se encontraron al desembarcar en la isla con que sus playas estaban sembradas de esqueletos.

Estatuas de piedra y huesos humanos daban la tónica al paisaje cuando llegaron los europeos. La tierra reseca, alimentada únicamente por unos charcos de agua dulce en el fondo de los volcanes, daba una vegetación raquílica, polvorienta, fácilmente confundible con los pedruscos del terreno. Sólo visitaban la isla, de paso, las aves marinas migratorias. En los recovecos de la piedra volcánica vivían adormecidas unas débiles ratas

negras. Estas fueron, aparte los pájaros errantes, los únicos animales conocidos por los indígenas. Ningún otro. Ni cuadrúpedos, ni aves domésticas, ni siquiera insectos. Los primeros cerdos que llevaron los colonos a la isla se volvieron salvajes al contacto con la tierra inhóspita.

Existía un culto religioso: el del ave de paso, el pájaro sagrado; distante y fuera del alcance de la mano del hombre como todo objeto de veneración. Se nombraba jefe familiar de la isla entre los indígenas a aquel que se apoderase del primer huevo de golondrina de mar depositado en abrupto peñasco fronterero al Rano-Roraku. Entre una y otra orilla había que atravesar a nado un estrecho brazo de mar muy peligroso a causa del oleaje embravecido al romperse las aguas en los innumerables escollos. En la tentativa se probaba plenamente el arrojo humano, y eran muchos los que desaparecían arrastrados por la corriente, o los cadáveres de los ahogados que el acantilado recogía. El nadador que lograba regresar con el trofeo, bien ganado tenía el título de jefe. Este, sin embargo, sólo se concedía por un año, al cabo del cual se celebraba de nuevo el arriesgado concurso, acudiendo a presenciarlo la isla entera.

Ocho años después del descubrimiento de la isla, en 1780, Manuel Amat, virrey del Perú, envió una expedición que la bautizó con el nombre de San Carlos. Agüera traza entonces el primer mapa que se conoce. A partir de esa época, aproximadamente, balleneros y aventureros se lanzan a toda clase de tropelías que enfurecen a la pacífica población indígena. En 1843 desembarca la primera misión evangelizadora, compuesta por vein-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

ticuatro religiosos de uno y otro sexo. No vuelve a saberse nada de ella. Se supone que fue asesinada. La sangrienta expedición de los peruanos poco después extermina por completo la raza indígena. Es éste el episodio más dramático en la pequeña historia de la isla. En 1868, reducida la población a un mestizaje incoloro, de raza ya debilitada, arriba la fragata británica *Topace*, que se lleva a Inglaterra una de las mayores estatuas, la conocida con el nombre de *La rompedora de olas*. Hoy decora la entrada del British Museum de Londres. Noticias así, sueltas, son las únicas que nos van llegando a lo largo de los años. En 1870 sabemos que vivía la última reina, casada con un francés. Tenía dos hijas: Carolina y Enriqueta. En 1872 llega a sus playas Pierre Loti. Pero no se contentó Loti con pintar la isla. Quiso llevarse también, como los ingleses, una de las estatuas más representativas. Pero seguramente no dispuso de tantos medios porque no pudo trasladar al barco la estatua cautiva. Para aligerarla de peso le quitó el pesado gorro rojo, y así, descubierta, humillada en su mutilación, podemos verla en la actualidad en París. Finalmente, en 1888, Chile toma posesión de la isla, confiriéndole al poco tiempo el título de «Parque nacional».

En resumen: poco se sabe de la isla de Pascua. ¿Cuál fue su pasado? ¿Qué civilización arraigó en ella? ¿Cómo fueron sus remotos pobladores? ¿Una población necesariamente numerosa, dado el incesante traslado de grandes moses de piedra que supone el número de las estatuas? ¿Con qué fin las hicieron? ¿Qué sentido oculto guardan sus caracteres ideográficos, en los que no se

CLAUDIO DE LA TORRE

adivina ninguna positiva aplicación? Todas estas preguntas siguen sin contestarlas los sabios.

La isla de Pascua guarda para siempre su secreto, defendido por un ejército de piedra silencioso, sobre el que pasa cada año por su ruta lejana el vuelo de los pájaros sagrados.

## VIAJE AL FIN DE LA TIERRA

Los hombres de nuestro tiempo, al que llamaremos provisionalmente moderno, disponen de una técnica fabulosa con la que llegaremos a explicarnos muchos misterios. Una técnica que nos ha hecho entrar ya en el mundo de lo que fue hasta hoy casi ficción, invención o fábula. Todo en el Universo de este modo quedará al fin aclarado, según las opiniones más razonables.

Lo malo es que esto de la razón aplicada a descifrar misterios no pasa de ser otra técnica, y fuera de la técnica quedan los recuerdos, los sueños, la creación poética y tantas otras realidades del hombre. Aun dentro del mundo físico hay todavía mucho que aclarar.

Hace setecientos años, por ejemplo, que San Brandán se fue a buscar el Paraíso. Este viaje sigue aún inexplicado, pese a tratarse de un hecho físico. Porque no se proponía el monje irlandés hallar el lugar inmaterial de las almas, al que sólo se llega por la fe, que es una especie de técnica superior, sino localizar en un extremo del mundo, allá donde el mar finaliza, la tierra prometida a los justos.

Parece ser que la culpa de todo la tuvo el abad Barentus. Un día fue a visitar a San Brandán, que fue también abad antes que santo, y le contó que uno de sus monjes, inclinado irremisiblemente a la soledad, se había ido a vivir a la isla Deliciosa, perdida entre los mares. Más a Occidente, según información del solitario, al otro lado de un río color de arco iris, estaba el Paraíso.

No debió necesitar más el fogoso San Brandán para lanzarse a la aventura. Reunió a catorce monjes de su monasterio y con ellos se hizo a la mar hacia los bordes lejanos del mundo donde nadie habita.

De isla en isla, de roca en roca, porque la ruta del Paraíso es como un archipiélago sin fin, los monjes avanzaron sobre las olas con su barca a fuerza de remos.

Una de las islas que visitaron estaba cubierta toda ella por un rebaño de blancas ovejas, grandes como bueyes. Los monjes, deslumbrados por la blancura del rebaño, acertaron sólo a apoderarse de un tierno cordero, blanco también. Pero no era allí, en aquel lugar, donde el Señor quería que se celebrara su Resurrección.

El día de Gloria habían de conmemorarlo los monjes en otra isla más extraña todavía. Era una isla pequeña y redonda, sin bahías, ni rocas, ni vegetación, ni playas. Terminada la ceremonia, San Brandán y los suyos advierten aterrados que la isla se pone en movimiento. Saltan a su barca y contemplan el fenómeno. No hay tal isla. Han celebrado la Pascua sobre el lomo de Jaconius, el monstruo marino que se esfuerza inútilmente, desde el principio de los tiempos, en morderse la cola para mostrarnos lo que es la Eternidad.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

El viaje de San Brandán y los suyos dura siete años, durante los cuales se suceden los peligros y las maravillas. Conocen la isla de los pájaros, que no son otra cosa que ángeles disfrazados con plumas; el Monasterio de la Eterna Juventud, donde les reciben unos monjes de blancos cabellos y de semblantes juveniles. Sin embargo, las jornadas más duras se aproximan.

Vueltos a la mar, un gigante los detiene. Asienta los pies en el fondo del océano y su cabeza se pierde entre las nubes. Pero con el agua del bautismo, el abad Brandán apagará el fuego que devora al gigante y éste quedará así dormido para siempre en la paz del Señor.

Encontrarán después al grifo, águila temible por sus garras, capaces de levantar por los aires un navío. Un dragón defiende la barca. Y seguramente fue este mismo dragón, vuelto a las profundidades del mar, el que debió de contar a los peces, y hasta a las bestias submarinas que dormitan en el lecho del océano, el prodigio que acababan de ver sus ojos: unos pobres seres, juguetes de las olas, protegidos únicamente por una débil barca, entregados con entusiasmo a sus cantos y oraciones.

Como la curiosidad se despertó en seguida bajo las ondas, dado lo insólito del espectáculo, cuantos seres viven en el mar, incluso los monstruos vigorosos de los abismos, subieron a la superficie y rodearon la barca, escuchando extasiados los rezos de los monjes.

Estos rezos les conducen, al llegar la noche, ante una iglesia de cristal. Ninguna tierra la sostiene. Se apoya sobre el mar transparente. Pero esta visión es sólo un anticipo de lo que buscan, como para dar nuevos ánimos a los remeros después de tantos sustos. Aún han

de navegar entre fraguas ardientes, vecinas del infierno y, sobre todo, han de enfrentarse con la experiencia más impresionante de su viaje: el encuentro con Judas, atado sobre una roca solitaria, batida furiosamente por las olas.

Después de este encuentro aterrador, la dulce compañía de Pablo, el ermitaño, y las últimas Pascuas celebradas sobre el apacible lomo de Jasconius, el monstruo pensativo, devuelven la paz a los viajeros. Así, tras siete años de navegación, los fatigados monjes y su santo llegan por fin al borde de la tierra, allí donde se termina, que es donde empieza realmente el Paraíso.

El abad Brandán y sus monjes volvieron a Irlanda y contaron muchas de las maravillas que habían visto. Pero sus pobres lenguas, entorpecidas por el asombro, no acertaron a describir toda la grandeza del viaje ante sus oyentes. Más convenció a éstos, como prueba real de cuanto oían, una especie de aroma, a la vez dulce y fuerte, que impregnaba los hábitos de los monjes. Era el aroma, sin duda, del jardín paradisiaco.

Años más tarde, el abad relató su viaje en un libro. La versión oral de la aventura se repite desde el siglo noveno hasta el presente, en que Paúl Tuffrau, entre otros escritores, ha vuelto a contarla. En el relato, como hemos visto, se observan bastantes zonas oscuras y algún que otro pasaje de dudosa realidad. Pero quizá pudieran hoy aclararse aplicándoles la técnica de nuestros días.

Por lo pronto, algún vestigio material ha llegado hasta nosotros de aquella lejana navegación. Por ahí anda, por los mares de Canarias, la barca de San Brandán o

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

la isla de San Borondón que han visto tantos viajeros. Gente muy ilustre acredita su existencia.

Por el Tratado de Evora, la Corona de Portugal cede a la de Castilla el derecho a conquistar las Islas Canarias, incluyendo en ellas la de San Borondón. Carlos V decide nombrar obispo para su diócesis. Los viajes en busca de esta tierra soñada se suceden aún en nuestros días. Mate Brun afirma, como otros muchos viajeros, que sus costas se ven desde las montañas del archipiélago canario. Hay incluso un mapa colgado en una Universidad portuguesa, en el que se da el contorno detallado de la isla misteriosa, con indicación incluso del traje de sus habitantes. Un rey portugués llega hasta regalar la isla a uno de sus súbditos, marino experto, a condición de que la encuentre.

No sabemos, en resumen, dónde está situada exactamente esta isla paradisíaca; pero tampoco sabemos otras muchas cosas. A la luna, que es un lugar bastante conocido, no se pudo ir con el primer disparo, lo que prueba que había un error de cálculo sobre su situación. Se fue más allá. Porque ésta es la quiebra de todas las técnicas: que siempre hay un más allá.

## INFANCIA Y ESTRELLAS

En la tierra de Knudstorp, que le vio nacer, rodeada de ballenas iluminadas por las auroras boreales, suena en 1546 por primera vez ese nombre mágico que, por la curva de los siglos, vendrá luego a caer en los oídos de nuestra infancia, fascinándonos como un secreto.

Tycho Brahe va tan unido a la niñez como los lápices de colores. Es la gran confianza que recibimos de los cielos estrellados y que apenas entendemos. Se trata de un nombre hermético, de una palabra clave que suena a juguete roto o a cohete lejano. Es un sonido familiar entre los recuerdos infantiles, como el de aquel afilador que pasaba por la calle.

A pesar de su ortografía laberíntica, su nombre puede pronunciarse correctamente en los años de infancia: como se nombran los signos y los ríos. Tiene, por último, su representación corpórea bien determinada, porque surge de improviso en nuestra fantasía: es pequeño, travieso y, en lugar de cuerpo, luce una esfera

armilar. Casi no es un ser humano porque está hecho de alambres y de círculos de cobre.

Y, sin embargo, Gassendi, su biógrafo latino, nos lo describe como un hombre más bien alto, de barba puntiaguda y bigotes larguísimos, caídos, que le llegaban hasta el pecho. Tal como lo vemos en el retrato que mandó a reproducir para su biografía, el astrónomo se corona, además, con una especie de birrete adornado con un pompón y rematado por una pluma erecta. No está tampoco mal como visión de infancia.

Pero detrás de todo esto, de su pompón y de su pluma, y de sus largos bigotes, de los que no podremos ya desenredar nuestros alambres, Tycho Brahe tuvo una infancia ejemplar. En 1560, a los trece años de edad, deslumbrado aún por el primer eclipse de sol que observara años antes, nos lo encontramos en Copenhague. Mira con frecuencia la noche con estrellas, pero cuando baja los ojos a la tierra compone excelentes versos latinos. Comparte así el estudio de los astros con el de humanidades, que viene a ser lo mismo. Dos años después va a Leipzig, acompañado del preceptor, para dedicarse por entero a la jurisprudencia. Pero tampoco debió de ser tan por entero, porque le sobra tiempo para leer los manuales de astronomía que llegan a sus manos, y hasta para adquirir una esfera diminuta. En ella comprueba sus primeras observaciones, con gran desesperación del preceptor. Oigamos a su biógrafo Figuiet, tal como relata la escena con líneas y tintas de grabado romántico:

«Cuando el maestro dormía, el discípulo se levantaba, abría la ventana y, enfilando los cielos con su compás, seguía durante las noches serenas el desplazamien-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

to de los planetas o intentaba fijar el lugar de las constelaciones y las estrellas anunciadas por las tablas de Copérnico. Las primeras luces de la aurora le sorprendían aún entregado a su trabajo, vigilando con un ojo el sueño de su preceptor y con el otro la situación relativa de las estrellas.»

Así descrito nos serviría muy bien este grabado para felicitar las Navidades, que es cuando cobran vida los mejores recuerdos. Cuando se hace un hombre y llega a ser ese otro retrato de los bigotes caídos, recordará entonces a su terrible preceptor, y como en su tiempo se mezclan la astronomía y la astrología como dos barajas similares, dirá de éste que «su carácter se formó; sin duda alguna, bajo la influencia de una constelación maligna».

Tycho Brahe lo ordenó todo, lo midió todo, lo calculó todo. Se le quebró con frecuencia la verdad entre las manos, cogida por las tenazas de las luchas de su época. Pero nos dejó como herencia los mejores instrumentos de su siglo y 777 estrellas catalogadas. Por esto último, seguramente, es tan amigo de los niños, grandes coleccionistas de todo lo que brilla.

## VIAJES IMAGINARIOS

En los albores del siglo xvii los sabios se preparaban para dar al mundo una buena organización matemática. Creían de este modo haber encontrado el verdadero camino de toda ciencia, incluso de la filosófica. Pero antes, en el siglo xvi, el más claro justificante de este loable propósito provoca precisamente en la Humanidad una confusión perturbadora: la Tierra, nuestro planeta, pierde su condición de centro del Universo señalada desde los tiempos de Ptolomeo, porque un paciente polaco, Nicolás Copérnico, ha empleado cuarenta años de su vida en observar el paso de las estrellas por una rendija abierta en una de las paredes de su cuarto. Premio a tanta laboriosidad fue colocar al sol en el sitio que le correspondía, en el propio corazón del Universo, como una dorada condecoración. Desde entonces—y puede que antes—no volvió a girar el sol alrededor de la Tierra, sino todo lo contrario.

Se tardó tanto en descubrirlo porque aún no se había inventado el telescopio, instrumento auxiliar poderosísimo que iba a dar a los cálculos astronómicos una

insospechada rapidez. Años más tarde, en Europa, con especial meticulosidad en Holanda, se cultivaba la delicada artesanía de las lentes, pero aún no se pensaba en utilizarlas para las observaciones estelares. Así vemos al astrónomo Tycho Brahe en su luminosa isla danesa, ocupado con preferencia en la construcción de unas máquinas enormes, calcular la más aproximada división de los limbos de cobre y, sobre todo, entregado a la tarea fatigosa de medir el tiempo con clepsidras y relojes, todavía éstos sin péndulos, tarea a la que el hombre ha dedicado en todo tiempo, aun sirviéndose de cronómetros exactos, su más desesperada atención. Es Kepler, el más genial astrónomo de la época, el primero que intenta la construcción de un telescopio con el acoplamiento de dos lentes. Pero ocupado, sin duda, en la labor interminable de sus cálculos, ya que aún no se habían inventado tampoco los logaritmos, no debió de disponer de mucho tiempo para mirar a los cielos con su invento, curiosidad que estaba reservada a Galileo.

Ya estamos, pues, en pleno siglo XVII, con telescopio y logaritmos, dispuestos a ordenar el mundo. No es fácil por entonces ostentar el título de filósofo. El mundo sufre una revolución científica. Todas las ciencias se necesitan unas a otras para llegar a la verdad final. Se mezclan la medicina, la óptica, la geometría. Se presienten las más extrañas aplicaciones del álgebra. En 1673 Descartes publica su *Discurso del método*.

La Tierra, con tantos vaivenes, parecía haber perdido importancia al desplazarse del centro del Universo; pero esto mismo contribuyó seguramente a que sus habitantes dieran desde entonces más importancia a

la astronomía. Esta ciencia, según Cassini, se reanima con el paso de los cometas, cuyo destino consistía principalmente en acrecentar la curiosidad de los hombres.

Algo cierto debía de haber en esto cuando los hombres se lanzaron, telescopio en mano, a las aventuras más extraordinarias. Veían de *cerca* por primera vez la superficie de otros planetas; pero sobre todo la luna les mostraba al alcance de la mano un mundo de maravilla. Era una tentación irresistible para cualquier espíritu viajero. Y así nacieron los viajes imaginarios.

Godwin nos cuenta en una de sus narraciones fantásticas que llegó a amaestrar unos cisnes salvajes, procedentes de la isla de Santa Elena, a fuerza de mostrarles una y otra vez un objeto blanco y redondo. Acostumbrados los cisnes a volar en la dirección del objeto, Godwin los traslada a la isla de Tenerife. Y una noche, desde el Teide, remolcado por sus cisnes, emprende su viaje a la luna, a la que llega en menos de dos semanas. Esto ocurría en 1638.

También el inglés Wilkins, en época posterior, quiere intentar la aventura; pero, guiado por su espíritu práctico, reduce hasta el límite el número de las aves amaestradas, y se lanza al espacio sentado en una modesta águila. Esta y otras tentativas, guiado siempre por su espíritu práctico, las reúne en el capítulo de una de sus obras, que dice así: «Que no es imposible que alguien de la posteridad pueda descubrir o inventar algún modo de transportarnos a ese mundo de la luna, y que, de haber en él habitantes, hagamos comercio con ellos.»

Este auge de la imaginación marca la víspera, como ha sucedido siempre, de los hechos reales.

## ULTIMAS FANTASIAS

De las experiencias imaginarias del siglo xvii llegan hasta nosotros, entre otras, popularizadas por unos versos sonoros, las cinco maneras de Cyrano de elevarse por los aires. El drama de Rostand las ha puesto al alcance de todas las memorias, y no hay, por tanto, que citarlas aquí.

Pero la Humanidad no se contentaba solamente con soñar, sino que aspiraba naturalmente a realizar sus sueños. De aquí que, en busca de materializaciones, el hombre concibiera las más extraordinarias fantasías.

En 1670, el padre Francisco Lana, jesuita, nos describe un nuevo medio de ascensión. Se trata de dos esferas de cobre, pero de un cobre tan delgado que no llega a darnos su espesor. En estas esferas había de producirse el vacío hasta lograr que el aparato fuese menos pesado que el aire. Para sus cálculos, el padre Lana prescinde una vez más del espesor del cobre, no especificado. El vacío podrá obtenerse, en su opinión, de la manera más sencilla: basta con llenar de agua las esferas y poco a poco ir las vaciando. Al final, na-

turalmente, queda hecho el vacío y el aparato en condiciones de elevarse. Se aplican luego unas velas a las esferas... ¡y a navegar!

Como ocurre siempre ante las ideas geniales, la del jesuita tuvo también sus detractores. ¿Qué otra misión—exclamaban éstos—podían cumplir las velas que no fuera la de seguir ciegamente, como las esferas, la dirección del viento que soplara? En el mar—argüían—se navega porque hay dos fuerzas que se oponen entre sí: la activa del viento y la resistencia de las aguas. Pero ¿en los aires...?—concluían con una carcajada desconcertante.

Se pensó entonces con toda seriedad en la auténtica navegación aérea. Y otro religioso, el padre Galien, hacia mediados del siglo XVIII nos expone su curiosa teoría sobre el tema.

«Parece ser—nos dice—que en la atmósfera hay dos capas de aire superpuestas, siendo más pesada la inferior. De este modo, un barco colocado con su línea de flotación en la juntura de ambas capas podría navegar perfectamente.» Nos llega a dar el buen padre las características del navío en cuanto a su peso, capacidad de carga y forma. A juzgar por los datos que nos suministra, debió de tratarse de un barco de mayor tamaño que la ciudad de Aviñón, cuna del inventor esclarecido. Pero lo que no se nos dice en parte alguna es de qué medios pensaba valerse para transportar su navío a la altura necesaria, a la famosa juntura donde pudiera holgadamente navegar.

Aún hay otro innovador en este siglo dichoso del que se tienen más vagas noticias todavía. Se llamaba, quizá, Lorenzo de Guzmán. Se discute si nació en el

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Brasil. Se discute incluso su existencia. Pero sí se rumorea que un día vio elevarse hasta las ventanas de su casa en Lisboa una cáscara de huevo, impulsada por el viento. Con tan exigua experiencia científica concibió también, arrojadamente, su máquina voladora. Hasta se asegura que voló en Lisboa hacia 1736, si bien fue a estrellarse contra las cornisas del palacio en el que el rey Juan V y su Corte presenciaban, asombrados, tan extraño experimento.

No ha de incluirse esta tentativa de Lorenzo de Guzmán, por tanto, entre los viajes imaginarios, pero sí cabe señalarla como una de las últimas fantasías.

Porque ya estamos en las postrimerías del siglo XVIII, en la víspera de esos días en que vienen al mundo los hermanos Montgolfier, aquellos dos niños que no pudieron nunca jugar con globos porque fueron ellos, años más tarde, los que los inventaron.

## EL HOMBRE EN EL AIRE

Cuenta el historiador Marion que el viejo mariscal De Villeroi, octogenario y enfermo, se asomó a las ventanas de las Tullerías en una tarde de otoño del año 1783 para comprobar con sus propios ojos la increíble novedad que anunciaban los papeles públicos. Se trataba, según éstos, de un nuevo experimento físico que iba a asombrar al orbe entero: la ascensión por los aires de un objeto extraño, especie de balón, impulsado hacia las nubes por otro aire más caliente.

La noticia turbó bastante al viejo mariscal. Sus ojos cansados le hacían ya ver visiones, sobre todo a las horas crepusculares, y por un momento tuvo la sensación, al ir de una a otra ventana agitado convulsivamente, de que aquella luna oscura que se elevaba por el cielo de París volvía a ser un nuevo engaño de su mirada mortecina. Pero la luna pasó tan cerca de su ventana, que el pobre mariscal cayó de rodillas, mientras exclamaba:

—¡Ahora sí que no cabe duda! Descubrirán el secreto de la inmortalidad, pero para entonces yo me habré muerto.

No faltó quien recordara entonces que, aunque ya perdido en la antigüedad, se hablaba todavía de un cielo mitológico por el que navegaba sin cesar un dios de pies alados, muy aficionado a visitar la Tierra. ¿Por qué no devolverle la visita?, se preguntaban los más ambiciosos. En cuanto a los poetas, siempre desinteresados, se contentaron con volver a hablar de Icaro y su infructuoso vuelo en un día de sol. La cita, por entonces, conservaba su prestigio.

Simón el Mago, según todas las apariencias, hizo el primer ensayo sesenta años después de Cristo, cuando aún estaban calientes las huellas de San Pedro por los senderos de Roma. Eligió la Ciudad Eterna para su experiencia; pero los cristianos de entonces, perseguidos por Nerón, no debieron dar más importancia al vuelo que a las locuras del tirano. Estaban aún demasiado cerca los milagros para que nada les asombrase.

Lo cierto es que Simón se rompió la cabeza en el experimento, lo que no impidió que tuviera sus discípulos y que éstos siguieran también la misma suerte. La teoría del plano inclinado sirviéndose de la resistencia del aire había fracasado, por tanto. A esta conclusión se llegó en aquellos remotos tiempos.

Había, pues, que volver a empezar, rectificando el punto de partida. Los hombres, desorientados, elevaron los ojos al cielo y vieron cruzar por el espacio a una paloma. Apresuradamente la reprodujeron en madera y la lanzaron desde una colina. La paloma cruzó el espacio desde la colina al suelo, pero aquí se quedó. Los amigos de Platón pudieron decir aquella tarde: «La paloma de madera es un cuerpo sin vida.»

¿Qué hacer? Así quedaba planteado el problema: al

hombre con vida le faltaban alas; a las palomas de madera les faltaba vida. Hubo que llegar al siglo XIII para alcanzar conocimientos más científicos. Se volvió a pensar en el hombre, pero, dada la experiencia, ayudándole un poco más. Así, el monje Bacón expone su idea de construir una máquina para volar en la que, estando el hombre sentado o suspendido en su centro, pudiera dar vueltas a una manivela que pusiera en movimiento unas alas, tal como hacen las aves. Consejo tan prudente fue seguido al pie de la letra por otro sabio benedictino, Oliverio de Malmesbury, que después de fabricarse las alas, un poco influido quizá por las antiguas descripciones de las de Dédalo, se lanzó desde lo alto de una torre. Allí quedó el desgraciado fraile, al pie de la torre, con ambas piernas rotas. Vivió, sin embargo, muchos años más como un pájaro aterido por el frío de su desventura, achacando su fracaso a la falta de precaución de no proveerse de una cola.

Igual destino desventurado tuvo otro notable matemático de Peruggia, Juan Bautista Dante, allá por el siglo xv, movido, sin duda, por la emulación de la fantasía de su más ilustre homónimo. No sé sabe históricamente hasta qué punto Leonardo llevó a la práctica sus más o menos caprichosas teorías. Su anécdota del criado tiene todas las características de una broma popular tratándose de personaje tan humano, bien que la época facilitara estos excesos.

En fin, para que a estos nombres aislados no les faltara el sabroso condimento de la sal española, habría de agregar a la lista el del cordobés Aben Firnás, polígrafo, poeta, gramático, músico y mecánico, que voló

CLAUDIO DE LA TORRE

por las regiones de Ruzafa, allá por el siglo IX, durante el reinado de Mohamed I. Nos relata un historiador «que los escritores que hablan del asunto dicen que el aparato era una especie de plumaje».

Tales son algunas de las primeras tentativas de ascensión que la Humanidad realiza antes de las revelaciones del telescopio, dedo inflexible que señala los astros del siglo XVII para despertar de nuevo la curiosidad, ya fatigada, de los hombres.

Todavía han de pasar muchos más años para que tengan alguna justificación las esperanzas de inmortalidad del viejo mariscal De Villeroi, que aludía también, a su modo, a la eterna incertidumbre de ganar el cielo.

## GUSINDE EN ESPAÑA

Difícil era de sospechar para los ojos profanos que aquellos cráneos alineados en las vitrinas de los museos antropológicos estuvieran destinados, con el tiempo, a ser meros exponentes de una ciencia casi mortecina al compararlos con la materia viva que hoy estudian los etnólogos.

El padre Gusinde es un audaz representante de la nueva escuela, en la que no basta el saber científico, con ser mucho el que acumula el ilustre profesor, si no va acompañado de una decidida acción personal en busca del ser humano allí donde se encuentre.

El profesor vienés lo ha buscado denodadamente por todos los rincones del mundo: desde Africa a la Patagonia. Y en una de las selvas del ex-Congo belga tropezó con las tribus de los pigmeos, con las que vivió durante casi un año.

No hay novela de aventuras que supere el relato apasionante de esta experiencia. Gusinde nos lo cuenta con mesura, midiendo bien sus recuerdos, como si se tratara de despertar en el oyente la misma ternura que

él experimentó ante el hallazgo. Durante once meses siguió a estas gentes diminutas por los altos bosques africanos, de copas de árboles lejanas que cerraban la luz del sol, dejando en sombra la selva toda, silenciosa, como una catedral en reposo. Sobre un suelo duro, limpio de vegetación, pues jamás llegaron hasta él los rayos solares, acampó días y noches con esta raza olvidada y compartió con ella la vida primitiva.

El profesor habla de sus pigmeos con una dulce sonrisa que debió de ser el arma secreta de su aventura. «Un metro veinte—nos dice con minucioso pormenor— fue una estatura comprobada por mí. Ágiles, risueños y habladores, corrían por la selva en la más dichosa de las libertades. Jamás transgredían la ley moral. Mono-teístas y monógamos, como fueron indudablemente las primeras sociedades, según las novísimas investigaciones de la ciencia, no debieron de contaminarse nunca, acaso por sus miles de años de aislamiento, de las costumbres relajadas que trajeron la dispersión y mezcla de las razas. Es cierto que mil años antes de Jesucristo—agrega con fino humor—un Faraón mandó traer a su Corte a uno de esos pigmeos, maestro en danzas sagradas. Pero seguramente, devuelto a la selva, no pudo contar nada de lo que había visto en el país lejano, y poco debió de influir en sus contemporáneos. Yo mismo he hablado con otro que estuvo una vez en Londres, donde lo exhibieron en una exposición; pero ni siquiera supo explicarse el viaje. En el fondo, nada de nuestra vida les interesa. Viven felices en su medio, con sus creencias, dedicados al cultivo más escrupuloso de sus tradiciones. El hombre, por ejemplo, se casa siempre con mujer de otra tribu. Ambos muy jóvenes,

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

casi niños. Eligen libremente al visitarse unos a otros. Pero en las conversaciones familiares que preceden a la ceremonia, los padres, siempre interesados, plantean el problema de la dote. Esta suele consistir generalmente en una determinada cantidad de puntas de flecha, muy apreciadas. Si una de las familias carece del número fijado, la boda se rompe. Y a veces esto provoca la solución romántica: los novios huyen del hogar paterno, como dos niños que se perdieran por el bosque. Al cabo del tiempo, sobre todo si ha habido un hijo varón en el nuevo matrimonio, la pareja vuelve, arrepentida y sumisa, a sus mayores, quienes la reciben con toda clase de festejos y agasajos.

Conserva, pues, esta gente feliz las mismas costumbres, más o menos, que desaparecieron un día en el caos del mundo civilizado. Por eso estos raros sabios de la etnología persiguen, entre otras cosas, lo que ellos llaman «el pensamiento elemental».

Todo esto, en resumen, no es más que la anécdota, lo que corre más vivaz para el profano que se adentra a su vez por esa otra selva que es el alma humana. Luego viene la biología, la prehistoria...

## ESMERALDAS

No fue posible informar al rey de los Danabas, porque se trataba de los remotos tiempos de la sagrada literatura hindú, de que su bilis fabulosa, robada por la serpiente voladora, llegaría a convertirse un día en piedra tan preciosa como la esmeralda. La falta de tan valiosa información ha motivado, sin duda, que, aun después de los muchos siglos transcurridos desde el real despojo, industria tan productiva como la explotación de las minas de esmeraldas que hoy existen en la India se encuentre todavía en manos de una sola familia, usufructuaria exclusiva de los yacimientos.

De conceder el crédito que merece al historiador Otero Muñoz, ex presidente de la Academia Colombiana de Historia, los egipcios fueron más decididos partidarios de la publicidad. Sus piedras verdes inundaron el mundo antiguo, y en su rutilante carrera de luces por la Tierra llegaron a instalarse en el propio corazón de la Cristiandad, representado esta vez por la tiara de los Papas, en las que luce desde el pontifi-

cado de Julio II una de las más bellas esmeraldas orientales.

Del mismo lejano origen debió de ser también la *smeragdus* de Nerón, con la que se entretenía en seguir las incidencias de los juegos en el Circo Romano, mirando por ella como por una lente y tificando así la sangre de un color irreal. Si entre las características de estas esmeraldas del Oriente hay que lamentar su falta de transparencia, fue éste un reparo científico planteado mucho tiempo después de haberse cerrado los circos.

Para que la esmeralda luzca en todo su esplendor, desde el color verde profundo hasta el más pálido, y a veces blanco, según la cantidad de óxido de cromo y de hierro en solución que haya entrado en sus vetas al tiempo de cristalizarse, fue no sólo necesario que Colón descubriese América, sino que Jiménez de Quesada conquistase Nueva Granada. Allí, junto a la cordillera oriental de los Andes, a unos cien kilómetros de la ciudad de Santa Fe, se abre el valle estrecho y profundo del río Minero, orgullo de la zona esmeraldífera del viejo reino. Hasta aquellas alturas, por terreno quebrado e insalubre, rodando a veces por las pendientes pedregosas, tuvieron que encaramarse los primeros conquistadores en busca de la mágica promesa. Era ésta la provincia de los Muzos, tierra caliente y húmeda en la que se cocía lentamente, avivada por el fuego de la tradición, una de las razas más tenaces en defender su suelo. La reina de sus leyendas, Fura-Tena, personificación del mineral verde de los Muzos, se extendía por las montañas salinas como un vapor en el es-

pacio, ciñendo todo el valle con sus brazos oscuros. Por entre estas tinieblas del paisaje y de las almas sonaban al andar los hierros de los conquistadores como campanas de fe.

Después vino el descubrimiento del capitán Penagos, la primera mina de esmeraldas, y a partir de entonces, la larga y penosa explotación de los yacimientos hasta llegar a la posesión desilusionada del tesoro. Esperanza y meta típicamente hispanas.

Como dato curioso, recoge Otero Muñoz una de las ordenanzas expedidas en 1643. «Que los indios que trabajan en las minas—decía esta ordenanza—no puedan ser ocupados en otra cosa. Que las horas de trabajo deben ser de las ocho de la mañana a las doce del día, y desde las dos de la tarde hasta las cuatro. Que los dueños de cuadrilla no puedan hacerlos trabajar más tiempo, so pena de 20 pesos de multa. Que de noche no puedan ser ocupados los indios en las minas, aunque digan que van de su voluntad. Que los indios queden libres los sábados, etc.»

«De tal modo—comenta el historiador colombiano—hace tres siglos no se abrumaba a los indios con el trabajo, como se ha sostenido, pues ya se hallaba establecida para ellos una jornada de seis horas, menor que la actual, y el derecho que se cree modernísimo del *week-end* de los sábados.»

En 1650 las minas son incorporadas a la Real Corona, excluyéndose de su explotación a los particulares. No vuelve desde esa fecha a sacarse provecho ni utilidad alguna de los yacimientos hasta el año 1824, conquistada ya la independencia por Colombia. De entonces

CLAUDIO DE LA TORRE

ces acá, como una riqueza que se encauza, el río de esmeraldas discurre hoy bajo la dirección del Banco de la República de Bogotá, que ha empezado por regalarnos, en una cuidada edición, la historia de su leyenda más poética.

## PUEBLOS ECUESTRES

Primero fue la selva, según el profesor Otto Jessen, y de ella partió la agricultura. Los habitantes de la selva se asomaron un día a la orilla de la estepa, y así tuvieron ante los ojos vírgenes una visión extensa de lo que debió ser el Paraíso. Aves de todas clases volaban limpiamente por el aire, mientras abajo humedecía los pastos el hondo respirar de los bisontes. Y entre estos dos reinos de tan opuestas vidas se iluminaba, casi completa, la lámina de la zoología hirviente bajo el sol, en libertad, porque la estepa era entonces un mundo que el hombre no habitaba.

El hombre entonces se hizo cazador, y más tarde, como alguien tenía que reunir a tanto animal suelto como aún quedaba, empezó a dibujarse en el horizonte un nuevo tipo de habitante de la estepa: el pastor a caballo. Porque ya estamos en la estepa. El primer contacto con la selva ha producido una ancha frontera—los primeros cultivos, los primeros animales domésticos—entre los dos mundos. Con los hombres de la selva, pues, llegaba también la agricultura, campos

dispersos de labor que desaparecían en unas horas bajo el galope de las manadas.

La franja de la frontera, sin embargo, se ensanchaba cada vez más. Nuevas vidas se incorporaban a la conquista, hasta que toda la estepa fue como un inmenso campamento, señalado en las tardes quietas por las distantes columnas de humo de los hogares. Los aborígenes, sometidos a una ley de guerra o a una ley de amor, perdían su palidez de vencidos al mezclarse con los conquistadores. La tierra era entonces de un solo color.

Nacieron de este modo, entre otros pastores a caballo, los cosacos de la estepa rusa, los vaqueros del Brasil, los *boers* de Africa del Sur, los gauchos de la Pampa, los llaneros venezolanos, los *cowboys* de Norteamérica. Verdaderos pueblos ecuestres crearon un tipo de vida muy característico, con la curiosa particularidad, pese a las enormes distancias que les separaban, de presentar todos ellos unos rasgos comunes. Entre nosotros, aun los más conocidos—los cosacos, los gauchos y los *cowboys*—llegan de tal manera a confundirse unos con otros, que forman juntos en nuestra memoria una única película de aventuras.

Al leer el estudio del profesor Jessen sobre los pueblos ecuestres de las estepas, se piensa inevitablemente en nuestros caballistas del campo andaluz. Allí no hay estepa, sino marisma. No puede hablarse del avance de la selva, porque tampoco la hay; pero sí de los ensayos de agricultura en los más áridos distritos. El caballo, en Andalucía, como en la *pusta* húngara, fue el elemento preciso para dominar el paisaje. En Texas, en Kansas, durante el siglo pasado se llevaban de

un lado a otro, a costa de innumerables riesgos, cientos de miles de animales, cada tropa con su *cowboy*. No era menos el peligro a la hora de darles descanso, llegada la noche, cuando el ganado sufría verdaderos ataques de terror y resultaba difícil contenerlo, como no fuera rodeándolo de hogueras y canciones.

En el campo andaluz, la canción y el toro—su animal más representativo, con el caballo—se juntan también con frecuencia. Y no es menor el peligro del toro desmandado, que no es tampoco un solo animal, sino muchos reunidos en la sangre, toda una casta que se revuelve a la menor incitación.

Cosacos, gauchos, *cowboys*, a ninguno ha faltado en su momento su literatura popular saturada de romanticismo. Estos tipos rebeldes, valientes e indisciplinados, encarnaron con verdadera holgura los grandes ideales de su tiempo, cuando aún la estepa no estaba encadenada por los alambres de los estancieros. Entre aquellos ideales germinaban confusamente, confundidos con un punto de honor muy quisquilloso, las primeras reivindicaciones sociales. La libertad, respirada al aire libre, era para estos pastores una palabra henchida de nostalgia.

Nuestro caballista andaluz tiene también su literatura. Pero ésta es como si dijéramos más urbana, más de la ciudad, pese al campo y al caballo. Se diría que desde el caballo andaluz, de mayor alzada por no ser caballo de desierto, se puede siempre vislumbrar, al término de la marisma, la primera casa blanca de los pueblos.

## BREVE HISTORIA

## HALLAZGO DE UNA VILLA ROMANA

Para encontrar una villa romana, lo primero que hay que hacer es dirigirse a un sitio en el que hayan estado antes los romanos. El trabajo es bien sencillo, por tanto, ya que los romanos estuvieron en casi todas partes, aun en lugares inverosímiles, dadas las distancias en su tiempo. Cruzaron el Canal de la Mancha, y allí, en las oscuras Islas Británicas, tuvieron incluso una provincia floreciente. No es, pues, de extrañar que viniesen a España en un largo viaje por tierra, que hacía más placentero la semejanza del clima.

Pero en este largo viaje, lleno de mil incidentes y aventuras, las legiones a veces se dispersaban, perdidas o atraídas por los encantos del paisaje. Muchos sentían la atracción de la tierra fértil, y allí se quedaban, a mitad de camino, convertido el escudo en ancha azada.

Pocos bienes tan codiciables como estos tranquilos campos, lejos de los negocios del Imperio. Aquí el sol y el silencio templaban bien la madurez del guerrero, necesitado al final de su vida del reposo necesario

para ordenar tantos recuerdos. Algo así debió de ser la causa de estas villas aisladas que señalan el paso de los romanos por España, pues es curioso observar que casi todas ellas disfrutaban de un bello emplazamiento.

Para ir en busca de la villa romana más completa que se ha encontrado en nuestra tierra, basta salir en coche de Pamplona y dar vista a Monreal, el viejo camino de Santiago de los que venían de Jaca. Corre con el coche kilómetros y kilómetros la agreste sierra de Aláiz, por la que Medinaceli, en tiempos, hacía rodar los jabalíes.

Aquí, junto al camino, dejamos el pueblo de Idocin, cuna del padre de San Francisco Javier. Por eso el alma, contagiada de santidad, se dilata ahora a la vista del valle de Sangüesa, con los Pirineos al fondo, hacia la cuenca del Irati. Zona ribereña, caliente, bien trabada de viñas y de olivos.

Más al fondo todavía se yerguen las estribaciones de la sierra de Leire, la verdadera sierra dentada, con su imponente monasterio encaramado en las rocas. ¡Dura cuesta para los hábitos benedictinos cuando tengan que llegar hasta él! Naturaleza hosca, de piedras heladas, por las que pisaba el caballo de Carlos el Noble, levantando a su paso las más bravas perdices de Navarra. Hoy, en aquellas alturas, al abrigo de un viejo baluarte del siglo XI que es la torre de la iglesia, se refugia en invierno un rebaño de ovejas, al que los monjes van a apacentar. Al pie de las rocas, escondido, junto al río Aragón, volvemos a encontrar de nuevo a Javier, pero ahora en persona y en espíritu, en el pueblo en que nació. Estamos en el corazón de Navarra.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

¡Qué lejos todavía su tenaz predicación de aquellos tiempos en que languidecía en Salona la vejez de Diocleciano! Porque debió de ser entonces, cuando el anciano emperador cultivaba sus lechugas, que vino a España este poderoso patricio y, a imitación de su señor, buscó el olvido en esta recóndita cañada.

Organizó una verdadera explotación agrícola, construyó una villa principal y tres más modestas para sus siervos y esclavos. En el trazado que hoy queda en el suelo tenemos la planta completa. Aquí el peristilo y el ábside, final de la vivienda; el molino de aceite, las termas, las pilas para el vino. Más allá el gran estanque, el patio con el pozo... Por la tierra corren todavía las conducciones de agua. Mosaicos de gran lujo, rojos y azules, decoran el interior. No falta nada. Por no faltar, aquí está también el cementerio, al abrigo de los vientos.

Para reconstruir el carácter del morador de la villa, ningún dato tan precioso como el de las terrazas. Avanzan éstas hacia el río, a una altura conveniente para que no sea el paisaje el que domine. Todo está bajo la mirada vigilante del patricio. Su espíritu guerrero no debía de sentirse del todo adormecido cuando le gustaba recrearse en este tajo dramático del Irati, donde las rocas se hienden para dar paso a las aguas estancadas. Pero allí también, bajo sus pies, mientras recorre con la mirada el duro paisaje, siente el viejo guerrero el trajinar de la colmena viva que es su casa el trasegar del trigo y la aceituna, el vaivén del trabajo. Todo es suyo. Hasta ese grano que lleva en el pico la paloma de la paz.

## RESCATE DE LEYRE

Sí, lo veíamos desde Liédena, desde la garganta que cruza el Irati, confín ya de la sierra. Allá en lo alto, al pie de las rocas, el monasterio de Leyre brillaba al sol.

Dejamos la villa romana y por la carretera de Jaca nos dirigimos al monasterio. Ahora pasamos tan cerca de Javier que descubrimos su fealdad: el noviciado, la basílica—antiguo castillo de frontera mandado destruir por Cisneros—, todo ese disparatado conjunto de estilos, especie de fantasía arquitectónica que hoy se levanta en lugar de las viejas piedras del baluarte, las piedras renegridas por el fuego de los sitios cuando Javier era fortaleza militar.

Queda a un lado el río Aragón y empezamos la ascensión del monte. Dura y porfiada. A cada revuelta surge el monasterio como una meta inalcanzable. Abajo, en el valle, a medida que subimos, se va ensanchando el área del pantano, que tiene el contorno de un extenso lago.

El silencio llena toda esta cuenca vacía del límite de Navarra. Se da vista a Jaca desde las alturas solitarias.

Después de más de una centuria de abandono, los dominicos de Silos vuelven a animar el monasterio con sus rezos.

Mientras los monjes de San Bernardo bajan de los montes nevados a rastras con sus perros, los dominicos de Silos se disponen a escalar la sierra de Leyre. Se diría que los agustinos descienden de los Alpes con aire cansado tras la dura lucha por despertar la caridad entre los hombres, al paso que los monjes de Burgos dejan el llano para cantar en las alturas.

En 1847, año en que se imprimió el tomo X del Diccionario Geográfico Madoz, se hacía en este libro adorable la más sorprendente descripción del monasterio de Leyre. Su origen, decía en la página 271, «es de una antigüedad tan remota que se pierde en la oscuridad de los tiempos, aunque se cree, con bastante fundamento, que fue construido en la época de los godos. Su advocación es de San Salvador y su fábrica de piedra arenisca, que abunda en el territorio, pero sin ningún mérito artístico, lo cual ha motivado el dictamen de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, que se ha declarado por la enajenación absoluta del edificio, que, sin embargo, aún no está vendido».

De un siglo a esta parte se han introducido notables reformas en los datos que nos aporta el diccionario. Por lo pronto, «la antigüedad tan remota que se pierde en la oscuridad de los tiempos» queda fijada en el siglo XI, hacia 1059, fecha aproximada en que se construyó la iglesia románica de tipo fortaleza. La fecha de la iglesia primitiva es la misma que la de la cripta. Esta es como la iglesia reproducida bajo tierra, como su réplica subterránea, con todo el aire enrare-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

cido y catedralicio que dan, aunque sea en reducida escala, estas bajas construcciones románicas.

El resto de las edificaciones y el convento pertenecen ya al siglo XVI. Del XII se conservan aún en pie unos muros laterales de la iglesia, sin que sea posible trazar hoy el arco que debió de unirlos. Al monasterio, en resumen, no sólo se le reconoce hoy un singular mérito artístico, sino que ha sido declarado monumento nacional. Su pórtico de la Gloria merecía este homenaje.

Estamos en estas alturas, al pie de la sierra de Leyre, asomados a una de las saeteras de la torre de la iglesia. Ahora sí dice verdad el diccionario cuando afirma que desde aquí se «goza de muy hermosas vistas por los muchos pueblos y el terreno llano y ameno que se divisa a los lados del río Aragón, y cuyo panorama es tanto más delicioso cuanto el monasterio está colocado... debajo de una terrible montaña erizada de peñascos que amenazan desplomarse».

Buena atalaya para descubrir la tierra y sus seres. A lo lejos vemos ahora, invertido el paisaje, la villa romana de Liédena. Por allá abajo, rozando los márgenes del Irati, pasaron un día las legiones. Dejaron por allí las huellas de su laboriosidad y de su contento de vivir. Vivieron de los frutos de la tierra, apegados a la tierra, con las sandalias humedecidas por la proximidad fertilizante del río.

Aquí arriba, en estas rocas, tenía que asentarse un ideal más duro, de más difícil alcance. Había que subir al monte, cargado con todos los desengaños del imperio, sólo para respirar mejor.

## BABIECA

Don Ramón Menéndez Pidal, que ha ordenado sabiamente cuantas noticias pudieran interesarnos sobre el *Poema de Mio Cid*, y que nos las ofrece, por añadidura, con la más certera crítica literaria que haya jamás desentrañado texto alguno de nuestra literatura, recoge también de la *Crónica Particular del Cid* la anécdota que refiere que a nuestro héroe, siendo niño, «llamóle su padrino *babieca* porque eligió para sí un potro sarnoso», al que el niño llamó desde entonces de aquel modo. Si el animal nació en tierra de Burgos o en Valdeburon, o en los campos del Mondego, es éste un punto oscuro sobre el que no se han puesto aún de acuerdo las tradiciones. Lo único cierto que sabemos es que el caballo no aparece en el poema hasta la mitad del cantar, y eso de una manera inesperada, sin explicarse cómo, acaso por olvido del poeta. Parece ser, sin embargo, que el Cid acababa de ganarlo a «aquel rey de Sevilla», sin que pudiera saber todavía las condiciones del animal.

A las primeras pruebas, a los pocos versos, todos

se maravillan. El Cid decide llevar a *Babieca* a la guerra contra Yucef, para entrar luego victorioso en Valencia, espada en mano, cabalgando en el sudoroso animal, que muestra a las dueñas, orgulloso. Pero quizá la hazaña más brillante de *Babieca*, más propia de un caballo, es la que realiza al dar alcance veloz al del rey Búcar.

Buen caballo tiene Búcar e grandes saltos faz,  
mas *Babieca* el de mio Cid alcanzádolo va.

Pese a todas estas proezas, Menéndez Pidal anota que sólo se le dedican a *Babieca* en el poema dos elogios sin rodeos: el de «caballo que bien anda» y el de «corredor». Es verdad que el rey no lo acepta al serle ofrecido por el Cid, por entender que a tal caballo corresponde tal caballero; pero éstos ya son piropos indirectos de los que los brutos no se enteran.

Nos refiere un benemérito escritor romántico, don José de Castro y Serrano, en su libro *Animales célebres de todos los tiempos y de todos los países*, que *Babieca* cuenta al morir el Cid, según las crónicas, la edad de treinta y ocho años, lo que viene a demostrar una vez más las excelencias de la vida al aire libre. Aún le quedan por realizar, sin embargo, pese a su ancianidad, dos grandes hazañas: ganar la última batalla a los moros, con el cuerpo ya sin vida de su amo sujeto a la silla, y asegurar la descendencia con dos hermosas yeguas que le proporciona su fiel Gil Díaz. De ambas empresas arriesgadas sale también victorioso.

He aquí lo que nos dice la *Crónica General*: «... y desde el día postrero en que el Cid descendiera de él (de *Babieca*), nunca jamás hombre en él subió, sino

por las riendas le llevaban a abreviar...; y desde que las yeguas fueron preñadas, guardáronlas muy bien, y la una de ellas parió macho y la otra hembra; y dice la historia que del linaje de este caballo del Cid hubo después en Castilla muchos buenos caballos muy preciados, y por ventura hay hoy en el día».

*Babieca* muere dos años después que el Cid, o séase, a la avanzada edad de cuarenta años. Gil Díaz, su devoto palafrenero, lo entierra ante la puerta del monasterio de San Pedro de Cardaña, donde un día infeliz se recogieran la mujer y las hijas del Cid. La descripción del lugar del enterramiento en la *Crónica General* da abundantes detalles: está enterrado en la plaza, a mano derecha, frente a la puerta del monasterio. Gil Díaz plantó allí dos olmos, a los costados de de la tumba, con el caballo en medio. «Y tanto crecieron que tan grandes son (los olmos), que es una gran maravilla, cuales puede hombre ver si allá quisiera ir, y allí yace entre ellos el caballo *Babieca* del Cid Ruy Díaz.»

En la plaza de Cardaña está enterrado también el bueno de Gil Díaz. Así lo quiso él mismo, como prueba final de su cariño al bruto, a cuyo lado descansa. Con su humildad de judío converso no se atrevió a pensar en el interior del monasterio como lugar de eterno reposo, y se conformó con que lo enterraran en la plaza, ante la puerta del sagrado recinto. De este modo su alma tan ardiente no tuvo más que enfilar, para salvarse, aquel trozo de cielo encuadrado entre las torres venerables del monasterio y aquellos olmos tan altos que mandó plantar un día junto a lo que más quiso en la Tierra.

## EL PRIMER ESCRITOR QUE TUVO ESTILO

Este príncipe don Juan, a quien los manuales de literatura, por causa ignorada, llaman el infante don Juan Manuel, muere en 1348. Hijo de infante y nieto del rey San Fernando, no parece haber corrido con mucha suerte en el pródigo reparto de conmemoraciones oficiales este viejo escritor de nuestro romance, primero en la Edad Media «que tuvo estilo en prosa», según la frase conocida de Menéndez y Pelayo.

En 1943 la historiadora doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros, a quien se debe el feliz hallazgo de los testamentos del príncipe en los archivos de Lisboa, recuerda en el Instituto de España la proximidad del centenario para que, con tiempo, pueda destacarse apropiadamente fecha tan señalada en las letras españolas. Pero lo cierto es que 1948 se terminó sin que supiéramos de ninguna celebración. La hubo, eso sí, indirecta, al pasear en procesión solemne por villas y plazas la espada del rey San Fernando, que acaso fuera la misma que legara don Juan Manuel a su hijo, pues así pasaba de mano en mano por disposición del propio rey.

Con la espada fue don Juan Manuel un impetuoso soldado, pero cabe hoy recordarle mejor con la pluma en la mano, dormidos ya para siempre los arrebatos guerreros de la época.

La luz cernida de la catedral de Murcia ilumina en el retablo de Santa Lucía la única imagen física que hoy nos queda del escritor. Es un orante del medievo, ya en los linderos de la ancianidad. Sus manos, apenas dibujadas, se juntan a la altura del pecho como una llama de oro porque en él latió siempre, hasta el postrer instante, un corazón fervoroso. La cabeza, con la forzada postura a que le obliga la ingenua torpeza del pintor, nos deja ver un rostro también iluminado, en el que no falta, sin embargo, el trazo enérgico del bigote que atenaza la barba. No guarda proporción con el cuerpo esta cabeza poblada de vello, en actitud tan acuciante que participa a la vez de figura humana y de no sabemos qué especie inteligente de animal en acecho. Con el cuerpo, estrecho y reducido, diríase que el artista ha querido sublimar sobre todo la noble frente, en la que no falta tampoco un rayo de luz. No debió ser característica de la época, sin embargo, esta devota alusión a los pensamientos de don Juan Manuel. Sabemos por él mismo que su afán de saber y de escribir lo que sabía no fueron siempre favorablemente comentados por sus contemporáneos. Nos habla, por lo menos, de murmuraciones. Pero el amor a la sabiduría le llevó de tal modo a aprovechar sus ocios, difícil logro en tiempos tan agitados, que la abundante y enjundiosa obra que produjo le coloca en la posteridad, sobre sus dotes indudables de gran político y guerrero, como el escritor más personal en la forma-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

ción de nuestra lengua literaria. De *El conde Lucanor* dice Menéndez y Pelayo que es «la obra maestra de la prosa castellana del siglo XIV» y que «comparte con el *Decamerón* la gloria de haber creado la prosa novelesca en Europa».

Pero si la obra literaria aparece así de clara, no ocurre lo mismo con la persona humana del escritor, de una dualidad misteriosa. En zonas de sombra se mueve para nosotros aquel carácter entero, tan sensible a la ternura, sin embargo. Político ambicioso, de carácter despótico y, con frecuencia, arrollador de ajenas causas, nada de común tienen estos rasgos de sus horas de lucha con aquellos con que lo vemos, necesariamente, al gustar de la fina sensibilidad de su prosa. De tal modo la cuida, la pule y la recorta, atento siempre a calidades e intenciones, que mal se avienen a convivir tan exquisitos escrúpulos en la mente tumultuosa del hombre de acción.

Contradictorio hasta desconcertarnos será incluso en la intimidad de su vida. Contrastan así, por ejemplo, las tiernas recomendaciones que hace a su hijo en uno de los testamentos, advirtiéndole de los peligros a que expone el alma y el cuerpo entre los dieciséis y los veinticinco años, con la manifiesta indiferencia, lindante con el cruel despego, con que trata a su segunda mujer, doña Constanza, que sólo tenía trece años al casarse con él.

Pero estas y otras contradicciones que sin duda le atormentaron nos las aclara el propio don Juan Manuel en uno de sus certeros aforismos: «El mejor pedazo que hay en el hombre es el corazón; ese mismo es el peor.»

## EL MISTERIO DEL MISTERIO

El mes de agosto se abre por la mitad, exactamente por el día 15, para que salga de la tierra y suba a los cielos Nuestra Señora. Desde el siglo v la Iglesia conmemora la Asunción de la Virgen, y hacia los años últimos del vi parece ser que el emperador Mauricio señala para la gran fiesta el 15 de agosto, en lugar del 1 de enero, en que se venía celebrando. Es, pues, la del 15 una antigua fecha en los corazones cristianos.

«Y por tanto os digo—escribe el infante don Juan Manuel en el siglo xiv—que el otro día, que era la fiesta de la Asunción, a la que llaman en Castilla Santa María de Agosto mediado, oí decir a algunas personas honradas y muy letradas que algunos ponían en duda si estaba Santa María en cuerpo y en alma en el Paraíso. Y bien os digo que tuve de esto muy gran pesar.» Tanto, que más adelante, en el mismo *Tratado de la Asunción*, añade que estaría dispuesto a aventurarse en cualquier peligro de muerte por defender esto (la presencia en cuerpo y alma de María Santísima en el cielo) como a morir por la santa fe católica.

Es curioso observar cómo el infante don Juan Manuel, sin gran bagaje de conocimientos teológicos, sólo por intuición poética, se adelanta seis siglos a lo que un día va a ser dogma de fe. Curioso también recordar, para el propósito de estas líneas, la relación del infante don Juan Manuel con la villa de Elche, lugar donde la festividad de la Asunción adquiere mayor relieve por la tradicional representación de su Misterio, hoy revalorada por la sabiduría del compositor Oscar Esplá.

En el *Libro de la caza* ya nos habla de Elche don Juan Manuel al describir por obispados los lugares de cacería. «En Elche—nos dice entre otras cosas—acude a veces la garza a la ribera, y hay algunas ánades y muchas grullas...»

Sabido es que el señorío de Elche, que era algo así como un pequeño reino independiente, le fue otorgado al infante don Manuel, padre de don Juan Manuel, al contraer nupcias con doña Constanza de Aragón. Don Juan Manuel tuvo mucha predilección por esta villa, «que fue siempre como reino y señorío apartado que nunca obedeció a ningún rey».

Si unimos ahora su corte de Elche a la devoción, típicamente medieval, que en todo momento consagró a la Virgen como esforzado paladín de su grandeza, no puede sorprendernos la sospecha, apuntada hace unos años por la historiadora doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros, de que el texto del llamado *Misterio de Elche* no se deba a alguno de los rendidos cortesanos de don Juan Manuel, o acaso a don Juan Manuel mismo.

Milá y Fontanals le da al *Misterio* una fecha tardía, a finales del siglo xv. Se funda para esta conjetura en la identificación del episodio de los judíos con la ex-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

pulsión y conversión de muchos de ellos en el reinado de los Reyes Católicos, y en que, cuando ocurre la aparición del Apóstol Santo Tomás, se dice que viene de las Indias, en vez de «la India», lo que hace pensar, naturalmente, en el descubrimiento de América. Sin embargo, como pudiera tratarse de una corrupción del texto, y no existe además el primitivo, las observaciones de Milá y Fontanals carecen de valor crítico suficiente para fijar la fecha del *Misterio*.

Para remontar hasta mediados del siglo XIV el origen del drama ilicitano precisaría, antes que nada, emprenderse una escrupulosa depuración del texto, filológica y cronológicamente. Entonces sí se estaría en buen camino para desentrañar lo que hemos llamado, en un fácil juego de palabras, «el misterio del Misterio».

## CATALUÑA EN EL MAR

Ramón Bonifaz, rico hombre de Burgos, baja de la ciudad castellana a Jaén para hablar con el rey Fernando. De esta entrevista nace la creación de la flota de Castilla que había de romper más tarde el puente de Triana y forzar así la rendición de Sevilla. Gentes del Norte, en su mayor parte, son los tripulantes de las naves. Hay una larga relación de villas que se disputan el honor de haber contribuido a la empresa, y otra no menos larga lista de cronistas locales que se afanan por incorporar sus ciudades a un hecho de armas en el que no tomaron parte. Lo cierto parece ser que así como a Diego Gelmírez, obispo de Compostela y primer arzobispo de la ciudad del Apóstol, se debe en los comienzos del siglo XII la organización de la primera escuadra de la que hace mención la Historia para combatir a los sarracenos, la feliz iniciativa del rey San Fernando, con la victoria del almirante Bonifaz, fija la fecha de la creación de la Marina castellana: el 3 de mayo de 1248.

No había aún terminado el siglo cuando Pedro III,

rey de Aragón, surca el mar con la flota más numerosa de su tiempo. Si Fernando III agrega para la unidad de la patria el eslabón de oro de Sevilla, el descendiente de los condes de Barcelona será el que señale el camino de la política exterior en el Mediterráneo con la primera flota de gran radio de acción.

A veces no es mal ejercicio traer a la fugaz actualidad palabras y nombres de otros tiempos. Más que reanimar a lo que la Historia ha dado ya perenne vida, se trata de acercar a nosotros hechos y personas que a la luz de nuestros días adquieren un especial significado.

Prueba del acierto de la política mediterránea del rey don Pedro es que ésta no se cambia después, con el correr de los tiempos, y que aún perduran sus líneas directrices en reinados tan posteriores como los de los Austrias, que supieron conservar con igual clarividencia el dominio del mar interior.

Pero una cosa son las consecuencias y otra los hechos. Son éstos, con su dimensión asombrosa, los que nos interesan hoy.

La corte del rey está agitada por la sublevación de Valencia, por las correrías de los moros de Murcia, por las noticias que van llegando del cerco de Montesa... Entran y salen los mediadores que han tomado parte en el arreglo de la frontera castellana, en la penosa negociación con el rey de Mallorca. Los enviados franceses vigilan atentos todo este movimiento tierra adentro, y al hablarse de Mallorca parece que redoblan su atención. Todo cuanto se relaciona con el mar les inquieta.

Se discuten entonces los derechos a la Corona de

Sicilia, gobernada por Carlos de Anjou. Pero Pedro de Aragón, casado con la legítima heredera de la casa de Suavia, no ha ocultado sus pretensiones a la Corona de las dos Sicilias. La alarma de los embajadores franceses sube de punto al saber que el rey se dispone a salir con una flota hacia las costas africanas. Misión de paz, al parecer, pues sólo se trata de mediar en unas discordias entre los príncipes africanos.

En este momento de la Historia los acontecimientos van a llenar sus páginas. Las «visperas sicilianas», con la rápida matanza de los franceses que guarnecían la isla, terminan en unos días con el reinado de Carlos de Anjou. La Corona de las dos Sicilias queda en la iglesia de la Martorana, de Palermo, a disposición del más audaz.

Y el más audaz es Pedro III. El más preparado también. Por primera vez navega por el Mediterráneo una flota que acaba de dejar las costas de Africa. La componen 150 naves, conduciendo a 20.000 almogávares y 6.000 ballesteros catalanes, valencianos y aragoneses. No se admitió en la recluta a ningún extranjero. Frente a las murallas de Palermo, a los pocos días, pasa este impresionante desfile de naves.

Al hablar de la creación de la Marina de Castilla, recordemos también esta flota nacional, la mayor que hasta entonces cruzó los mares y la primera que se lanza en el Mediterráneo a una larga aventura.

## ANTICIPACIONES CATALANAS Y RECUERDO DE RUBIO Y LLUCH

Juan II tenía una corte de poetas, de excelentes poetas—Santillana, Mena—, en la que se trabajaba arduosamente por incorporar a nuestra cultura las fábulas del Renacimiento. Tenían casi a la mano la comprobación de uno de los mitos más antiguos de la Humanidad, las Afortunadas; pero al parecer no se dieron mucha prisa en confirmarlo. Preferían, de momento, traducir las noticias de Petrarca sobre la coronación del príncipe de la Fortuna. Pues bien: un siglo antes, el catalán Jaime Ferrer salió de Palma de Mallorca en busca de aquel remoto archipiélago desconocido, y si no lo encontró, no debemos olvidar que fue seguramente porque, aun tratándose de tierra firme, todo lo firmes que pueden ser unas islas, estaban éstas tan rodeadas de leyendas, tan envueltas en nieblas medievales, que bien pudo desorientarse por aquellos mares tenebrosos el audaz navegante. No se supo más de él, y apenas si su aventura se consigna en los manuales de Historia. Pero ahí quedaron la iniciativa y el esfuerzo, de soberbia originalidad.

Pedro IV, de la dinastía catalana, fue también un caso de anticipación fabuloso. A su nombre quedará unido para siempre el de otro catalán contemporáneo de entrañable memoria: la del viejo maestro don Antonio Rubió y Lluch, que tanta ciencia consagró a las andanzas de su gente. El rey don Pedro, en el siglo xiv, como otro Dante que se anticipara cuando la Humanidad había olvidado por completo el mundo antiguo, hace en un documento real el elogio de la Acrópolis de Atenas, de la olvidada Cetines. Esta alusión a Grecia en plena Edad Media, cuando el Renacimiento aún no había ordenado la cultura del mundo, convierte este testimonio del rey aragonés en un documento único en la Historia.

Rubió y Lluch, discípulo de Milá y Fontanals, condiscípulo y gran amigo de Menéndez y Pelayo, abarcó todo el humanismo de su época, que le empujó hacia el Oriente, donde los catalanes se habían sostenido casi un siglo en una de las más ambiciosas aventuras de todos los tiempos. Fue Rubió quien encontró, reuniendo noticias para su cultura medieval, el citado documento en el archivo de la Corona de Aragón, y quiso ver entonces la Acrópolis con sus propios ojos. Embarcó para Grecia. Aquella mañana, en el Pyreo, había salido el pasaje a la cubierta del barco para contemplar la primera vista de Atenas desde el mar. En lo alto brillaba la Acrópolis. Rubió apareció también entre el pasaje, con un temblor de emoción en los ojos. Alguien le señaló: «Vea usted la Acrópolis.» Pero él no pudo verla porque en aquel instante se había quedado ciego.

En Atenas se sometió al tratamiento de un oculista,

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

que hablaba naturalmente el griego moderno con su ayudante, sin sospechar que el paciente lo comprendía también. Así éste se enteró de su sentencia. Aliviada un poco la dolencia incurable, no vaciló en pasar a Sicilia, donde, refrescándose los ojos con agua mientras trabajaba, siguió buscando por los archivos las huellas catalanas.

Cuentan los que lo presenciaron que al final de su vida, ya completa la ceguera, quiso Rubió despedirse del famoso documento del rey Pedro por él descubierta, tocándolo con los dedos, allí precisamente donde estaba escrito el elogio de la Acrópolis que nunca más podrían leer sus ojos. ¡Buen pueblo aquel en que sus sabios se quedan ciegos con la luz de su historia!

## GRECIA A LA SOMBRA DEL ACUEDUCTO

Por esas rendijas apenas perceptibles que quedan a lo largo de la dilatada frontera de la Historia, por aquellos lugares o zonas lindantes con la leyenda, entran en España, con tres siglos de distancia entre una y otra, dos figuras de condición gemela. Una es María Angelina, princesa servia, griega de origen, que vemos arrodillada a los pies de Nuestra Señora en el bello relicario bizantino que guarda la catedral de Cuenca. (Don Sebastián Cirac, catedrático de la Universidad de Barcelona, ha reunido la más completa información sobre esta egregia forastera.) Hija del rey Simeón, *Basilissa* del Epiro, casada en segundas nupcias con noble florentino, vedla ahí, misteriosamente, en una ciudad castellana, por ese trasiego de los siglos que ha nacionalizado las obras de arte más exóticas.

Tres siglos antes había entrado asimismo en España otra figura legendaria, aunque esta vez en carne mortal. Su nombre es también el de Angelina. «Angelina griega», pues tiene el mismo origen, la llama la

crónica que registra su paso por Sevilla. No es aventurado fijar el parentesco de las dos princesas.

¿Por qué llega a España «Angelina griega», nieta de un rey de Hungría, rodeada de séquito sorprendente en el que figuran, junto a unos caballeros cristianos, servidores tártaros y turcos y otras damas misteriosas? La crónica da como fecha de su arribo a las orillas del Guadalquivir la de 1403, justo el año en que muere el sultán Bayaceto, de quien nuestra Angelina fue cautiva. Pero en el tiempo de su cautiverio azotaba el mundo oriental, como un huracán desencadenado, el cojo Tamerlán, el terrible mogol descendiente de Gengis-Khan, que iba pronto a dominar con sus tártaros casi toda Asia Menor. Nuestro rey Enrique III, impresionado por la importancia de sus conquistas, no duda en enviarle una embajada.

Y he aquí al caballero Payo Gómez de Sotomayor, embajador de Su Majestad, que alcanza al feroz conquistador a tiempo de verle luchar con Bayaceto, a quien también derrota. Las damas griegas, con ellas doña Angelina, forman parte del botín recién ganado. Han de pasar, pues, al cautiverio del cruel Tamerlán. Pero éste, acaso halagado por la presencia en sus tiendas de los emisarios de un rey cristiano, envía al monarca español como regio presente a las desgraciadas princesas «para cuyos infortunios la fortuna hizo teatro la mayor parte del mundo».

Quedó así rota para doña Angelina y sus compañeras, al pisar tierra española, la larga cadena de desdichas. Micer Francisco Imperial compondrá en loor de la cautiva una bella canción. Nos habla en ella de su hermosura, del «aire sosegado y manso, la honestidad y sen-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

cillez, exenta de todo artificio». Argote de Molina utilizará después esta canción como valiosa fuente histórica.

Doña Angelina abandona Sevilla, acompañada de su fiel Sotomayor, y se dirige en busca del rey, que a la sazón está en Segovia. Junto al rey, en el Alcázar, como frecuentador de la corte, estará don Diego González de Contreras, que se sentirá conquistado desde el primer momento por la belleza de la extranjera. Ambos se casarán con el tiempo, fundando en Segovia un hogar que aún perdura.

No podemos figurarnos exactamente cómo sería aquella Segovia del siglo XIV. Las calles estrechas, con el arroyo mal empedrado; las habitaciones de madera y tapial, con sus suelos de tierra cubiertos de paja en invierno y de fresca hierba en verano; agrupado el poblachón en torno a recios edificios de piedra, mansiones señoriales sin aparente vida; confinados sus habitantes en los largos días del estío en la única sala que recibe la luz por las ventanas sin cristales, de las que han quitado las telas y maderos que defendían el hogar contra las inclemencias del frío. Sentadas en cojines, sobre los cofres que guardan las riquezas, las damas principales de la casa contarían el paso de las horas mientras bordaban sus tapices. De cuando en cuando un hondo suspiro, un ruido callejero que se aleja. ¿Cuándo llamará alguien a la puerta, un viajero peregrino, un rostro nuevo que rompa el tejido de las horas, siquiera sea con la humildad que exige la cristiana demanda del albergue?

Una de esas damas es doña Angelina. No sale nunca de su hogar. Pero alguna vez la sombra del acueducto

CLAUDIO DE LA TORRE

ha rozado su frente, y ella siente como una caricia que todo un mundo antiguo vuelve a pasar por su corazón. Su memoria se aviva un instante: la infancia lejana, la corte de Hungría, el feroz cautiverio; Grecia, más distante aún. ¡Todo está ya muy lejos! Doña Angelina regresa a su casa, hacia la parroquia de San Sebastián. La bella princesa de cuento de hadas, «Angelina griega», es ahora la dama española que sube por una calle de Segovia. (El marqués de Lozoya ha completado recientemente las noticias de este singular personaje, que decora con su gracia lejana, como un mármol antiguo, el linaje de los Contreras.)

## UN JUBILEO DRAMATICO

Los peregrinos que entraban en Roma por las Navidades de 1450, para ganar el jubileo, no ocultaban la decepción que les causaba villa de tan universal renombre. Las leyendas sobre Roma habían alcanzado una extensa popularidad durante la Edad Media. Se hablaba de una ciudad toda de oro, poblada de dragones y otros monstruos, con calles de relucientes pedrerías, por las que pasaban despidiendo fuego los diablos del Coliseo que tanto habían de impresionar más tarde al propio Benvenuto Cellini, personaje nada apocado.

En lugar de las maravillas que se contaban por el mundo veían ahora una ciudad de ambiente sórdido, de mal trazadas calles en las que se amontonaban las basuras, y de alineaciones tan caprichosas en sus casas, que más parecía un revuelto poblado que la gloriosa sede de la cristiandad. Los *magistri viarum*, multiplicados, no acertaban a encauzar el río creciente de los peregrinos.

Eugenio IV había muerto. El conclave para la elec-

ción del nuevo Pontífice había sido agitado. El poderoso Próspero Colonna contaba con su triunfo, y con este ánimo había tomado parte en la elección como decano de los cardenales. Pero ya el dicho popular romano corría de boca en boca: «El que entra en el conclave creyéndose Pontífice vuelve a salir cardenal.» Y una vez más se confirmaba. Colonna fue derrotado y la elección recayó en la figura del cardenal Tomás Parentucelli, que había de ceñir la tiara con el nombre de Nicolás V. De formación clásica, recibida en las aulas de Florencia, su marcada afición a los estudios de la antigüedad, su tendencia a la imitación de los grandes modelos, señalada preferentemente por su elocuencia ciceroniana, hacían concebir a los romanos grandes esperanzas de que bajo su pontificado se emprendieran las reformas de las que estaba Roma tan necesitada para recobrar su antiguo esplendor.

Cuando Colonna, en su calidad de decano del Colegio Cardenalicio hubo de anunciar al pueblo, reunido ante el monasterio adosado a la iglesia de Santa María donde por excepción se celebraba el conclave, el resultado de la votación, la muchedumbre entendió que era el propio Colonna el que había sido elegido, y siguiendo la costumbre en estos casos, en señal de regocijo, se lanzó enardecida hacia el palacio del cardenal, que sufrió el más escrupuloso de los saqueos. Alguien debió de hacerles comprender su error y acaso lanzó el nombre de algún miembro de los Orsini como presunto elegido, pues el palacio de esta respetada familia sufrió un saqueo también el mismo día. Por último, aclaradas las cosas, sonó el nombre del erudito cardenal Parentucelli como nuevo Pontífice, y la mul-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

titud, aún no saciada su sed de celebraciones, se dirigió igualmente en busca de la residencia de este último para repartirse sus riquezas. Pero no encontró cosa de valor que apropiarse o destruir, pues el nuevo Papa no tenía ninguna. «Ventajas de la pobreza», anota socarronamente un cronista de la época.

Los romanos, pues, estaban satisfechos de Nicolás. Pobre, sabio, enamorado de las grandezas de la antigüedad, de él podía esperarse que devolviera a Roma su fasto. Cuando se presentó por primera vez ante el pueblo, al hacer el recorrido desde San Pedro a San Juan de Letrán montado en un caballo blanco y mostrando en la mano la Rosa de Oro, el gentío le aclamó con entusiasmo. Iban delante tres varones portadores de estandartes, más los dignatarios y prelados de su corte. Un cielo azul de primavera celebraba también la gloria del día. El nuevo Pontificado empezaba bajo los mejores auspicios. Italia parecía entrar en un período de calma. Hasta la inquieta Bolonia se sometía al fin. Y en estas circunstancias favorables se prepararon los romanos a celebrar solemnemente el jubileo del año 1450.

Es posible que los peregrinos, como decíamos, se sintieran decepcionados ante la ciudad; pero entraban en ella de continuo. Tal llegó a ser la aglomeración de gente de diciembre a enero, que la circulación se paralizaba con frecuencia por las estrechas calles. Para ganar el jubileo, por añadidura, los vecinos de Roma tenían que visitar diariamente las cuatro basílicas durante un mes; durante dos semanas, los nacidos en otra región de Italia; una sola, los extranjeros. Hubo, pues, necesidad de simplificar estas devotas obliga-

ciones, vistos los conflictos que originaba el deambular incesante de las gentes, y los plazos quedaron reducidos a tres días primero y, finalmente, a uno.

En enero cesó la afluencia de peregrinos, y en mesones y hospederías cundió la alarma. ¿Iban a convertirse en humo los cálculos más previsores? ¿Quedarían en sueños las ganancias previstas en aquel primer mes de continuo trajinar? La inquietud duró hasta mediada la cuaresma. A partir de esta fecha la ola de peregrinos se puso de nuevo en movimiento, invadiéndolo todo. El buen tiempo favorecía la acomodación de tanto visitante, muchos de los cuales dormían al aire libre, allí donde la noche les cogía. Roma se indigestaba con este engullir continuo de peregrinos. Día y noche se poblaban las iglesias, los monasterios, las casas particulares, en demanda de acomodo. El punto de saturación había llegado con los primeros calores. Y con los primeros calores hizo también su aparición la peste, la terrible plaga que azotaba la Italia de entonces.

El mismo contemporáneo que nos describe la llegada de los peregrinos como «un enjambre de langostas» nos cuenta también los dramáticos episodios que siguieron a la propagación de la terrible enfermedad. Roma se despobló rápidamente al huir los viajeros en todas direcciones. Iglesias y conventos fueron transformados a toda prisa en hospitales, y en las noches calurosas de aquel verano se oían de continuo resonar en sus naves los gritos de dolor. A lo largo de los caminos que salían de Roma yacían los cadáveres de los fugitivos atacados del mal, detenidos en su fuga por la muerte, muchos de ellos con los bolsones repletos de monedas. Por la Toscana, por la Lombardía, las

rutas ofrecían el mismo espectáculo. Pronto el pillaje entraría en acción.

La epidemia pareció calmarse con las primeras brisas del otoño, y Roma—milagros de la fe—volvió a animarse de nuevo. La noticia de que la peste reinaba en Italia, extendida por el mundo, no arredraba a los nuevos peregrinos. Muchos de ellos, a sabiendas del posible riesgo, ponían en orden sus últimas voluntades antes de emprender el viaje. Así Roma volvió a recobrar el mismo aspecto que al comenzar el jubileo.

Una nueva emoción aguardaba sin embargo a los pacíficos romanos, no de tanta trascendencia, pero sí bien impresionante. El sábado 19 de noviembre de 1450 ocurría la catástrofe del puente de Saint'Angelo. Era éste el único que comunicaba la villa con el Vaticano. Tras la bendición del Papa en la basílica de San Pedro, la multitud cruzaba el puente, ya de retirada, cuando una mula montada por dos mujeres se espantó. La noche era oscura y la multitud empezó a moverse inquieta, como recelosa de algún peligro, sin saber a punto fijo lo que sucedía. Pronto el movimiento fue tomando un ritmo de péndulo violento al chocar los que empujaban, ansiosos de enterarse de la causa que entorpecía la circulación, con la fuerza de los que intentaban oponerse a la avalancha. La catástrofe no se hizo esperar. Por los parapetos del puente caían a las aguas del río cien, doscientas personas. Otras muchas murieron pisoteadas, arrolladas por la muchedumbre que, ya perdido el control, se movía como una masa enloquecida. El gobernador del castillo ordenó al fin cerrar las puertas de bronce que daban acceso al puente, y así pudo evitarse un mayor número de víc-

timas, al mismo tiempo que se hacía posible la recogida y cuidado de los heridos. Los cadáveres fueron transportados a la iglesia de San Celso, la más próxima, que volvió a llenarse de llantos y lamentaciones como en tiempos de la peste. Las naves se iluminaron de nuevo con la luz de las antorchas de los visitantes que llegaban al templo con la zozobra de encontrar algún familiar desaparecido. Un cronista de la época, Paolo dello Mastro, anota el número exacto de las víctimas. Tan concienzudo es su trabajo que no se olvida incluso de decirnos que murió también la mula causante del desastre, más cuatro caballos.

El Pontífice envió al siguiente día seis carretas a recoger los cadáveres para darles cristiana sepultura, y mandó construir dos capillas a la entrada del puente en memoria de las víctimas.

Hecho destacado de este jubileo fue la beatificación de Bernardino de Siena. A ella asistió, entre los peregrinos, el pintor Van der Weyden. De este viaje suyo por Italia, que luego recorrió, había de recibir su pintura una señalada influencia. Visitó Florencia, Siena, Orbieto y Milán, mientras las campanas de Roma convocaban de nuevo al mundo cristiano con esa voz inalterable de la Iglesia que suena siglo tras siglo.

## VIAJE CON CESAR BORGIA

Hoy está la ciudadela en ruinas, pero allá en los comienzos del siglo xv tenía todas sus piedras en orden de batalla para la mejor defensa del reino. En el dique de Viana se rompían las olas de la ambición como si el mar de Castilla, aún no prolongado hasta las Indias, sintiese ya la profundidad de sus aguas y el ímpetu de desbordarse sobre las llanuras. Viana era entonces el bastión de Navarra. De ahí que el rey Carlos III, conmovido por su ajetreado destino o interesado en darle un título más que defender, erigiese la villa en principado con que coronar a los herederos del reino.

De allí, de Viana, volvíamos aquella tarde—uno de los últimos días del verano—en compañía de César Borgia. Nos habíamos acercado hasta su tumba. En la rúa de Santa María, al pie de la escalinata de la iglesia, pisados y escarnecidos durante cuatro siglos por viandantes y bestias, conforme dispuso el terrible obispo de Calahorra como castigo, aún no habían conseguido por lo visto el definitivo descanso los pobres restos mortales del Valentino.

Menos descanso, eso sí, tuvo en vida su cuerpo. Porque aquel extraordinario personaje que fue César Borgia, mezcla de *condotiero* y humanista, no dejó de pasar y repasar por los caminos de la tierra. El eco de sus pasos, además, tuvo dilatadas resonancias. Así, cuando su última evasión de Castilla, camino de Navarra, la noticia de su fuga llega a los nueve días a Francia, a los quince a Venecia y a los veintitrés a Nápoles, según anota escrupulosamente uno de sus biógrafos más exactos.

Esta fuga del impetuoso Borgia provoca los siguientes temblores: tiembla la Romaña, que conoce ya su espada y su ambición; tiemblan el Papa Julio II, el reino de Nápoles, los venecianos, los Orsini y Luis XII de Francia. Gonzalo de Córdoba no tiembla porque es el Gran Capitán; pero se apresura también a consultar con el Rey Católico. El único que parece estar satisfecho es Maquiavelo. En el fondo debe enorgullecerle el ingenio de su discípulo. En cuanto a sus otros contemporáneos ilustres—Leonardo, Pinturichio—, no sabemos lo que pensaron del inquieto cardenal, pero alguna vez sus andanzas debieron de acelerarles el pulso, pues algo así como una sangre más caliente anima con frecuencia, sobre todo, la obra de Miguel Angel.

Lo cierto fue que su cuerpo vivo reposó muy poco y, como decíamos, aún no sabemos cuándo reposarán al fin sus restos mortales. Por lo pronto, según el acta de la exhumación que firmamos aquella tarde, se encontraban los restos a la profundidad de unos ochenta centímetros, «en una sepultura antropoide rupestre, orientada con la cabeza al Poniente». Todo lo cual los situaba en definitiva a muy corta distancia del arroyo,

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

en un sepulcro provisional, y en esa trayectoria filosófica que siempre ha consistido en tener ante los ojos el declinar de lo que muere.

Nos pareció justo su enterramiento. El seguramente lo hubiera escogido también. No así su muerte. Porque lo sucedido fue que César Borgia, mientras preparaba el regreso a Italia aceptó, por distraer sus ocios, el mando como generalísimo de los ejércitos de Navarra para someter al rebelde conde de Lerín. Y una madrugada, despierto por la algazara de los soldados del conde que habían cometido la increíble audacia de abastecer la ciudadela, bastión entonces de rebeldía, saltó sobre un caballo y salió en persecución de los osados por el Portal de la Solana. Allí, bajo el arco del Portal, parece aún relucir la piedra en la que tropezó el caballo del Valentino. Mal augurio.

Salió por el Portal de la Solana, camino de Mendavia, seguido de unos pocos. Por la quebrada de Mendavia ya iba solo. A pocos pasos le esperaban tres hombres de Lerín que le dieron muerte, no sin lucha prolongada.

—No sería lícito comparar a César Borgia—resume nuestro acompañante—con el idealista caballero Don Quijote; pero lo cierto es que César, obispo temprano de Pamplona, arzobispo de Valencia, cardenal romano, duque de Valentinois, generalísimo de los ejércitos navarros y genio militar de su época, vino a tener una muerte poco airosa al caer de un lanzazo en la Barranca Salada por el pleito, casi doméstico, que no le incumbía resolver.

Así nos habla el amigo que nos acompaña, de vuelta ya de Viana, camino de Pamplona, apoyando su mano en una pequeña arqueta donde van ahora los restos de

## CLAUDIO DE LA TORRE

César Borgia, inmovilizados finalmente. Pasamos Losarcos, Puente la Reina, Estella, con su río templado por la confluencia de la ribera y la montaña. El sol se pone. Todo invita a pensar en las vanidades del mundo. Hasta esas nubes que se mantienen quietas, apretadas, sobre al aislado santuario de Eunate.

Pero César Borgia, que no sólo amó las vanidades, sino también la manera más arriesgada de lograrlas, debió sentirse quizá muy conforme con las circunstancias de su muerte. Porque cayó sin escenario y sin gloria, sin espectáculo y sin paisaje, pero entregado a su pasión por el riesgo, al que consagró brillantemente los mejores años de su vida.

## RESCATE DE REINA

Entre las numerosas caperucitas que cruzan con recelo el bosque de la Historia no compone mal su figura de princesa desgraciada esta Catalina de Aragón. Sale de su casa muy temprano, siendo casi una niña, para reunirse al otro lado del mar con un jovencito enfermo que le aseguran que va a ser rey. Como en los cuentos infantiles, la dificultad estriba en encontrar al verdadero príncipe. Que por lo que sucede luego no parece ser el débil Arturo, sino su hermano Enrique, el temido *Barba Azul*.

Este Enrique VIII de Inglaterra viene a portarse, sin embargo, como el lobo feroz con nuestra indefensa Catalina. Con Catalina y con las otras cinco mujeres. No se las llega a comer a todas; pero a dos de ellas, por lo menos, las corta en pedazos.

Como esto pasa en Inglaterra, donde es costumbre no perder el humor ni aun en las más graves ocasiones, no debe extrañarnos que un obispo anglicano declarara, a la vista de los retratos de estas mujeres, que no es

que él llegara a encontrar justificada la violencia, pero sí la prisa en suprimirlas.

No era cierto tampoco. La gran belleza de Ana Bolena no le sirve de nada. Su cabeza inaugura la serie de decapitaciones reales sin que se tenga en cuenta el azul oscuro de sus ojos.

De los ojos de Catalina no sabemos en cambio gran cosa, ya que es lo más probable que se apagaran pronto con tantas lágrimas.

Desposeída por el sufrimiento de los pocos o muchos encantos que tuviera, mujer envejecida a los treinta años, el círculo de su soledad se va ensanchando poco a poco. Ya no la acompaña ni su hija. A su residencia de reina abandonada no llegan los gritos del Parlamento, pero sí la noticia de sus herejías. Un nacionalismo turbulento, fortalecido por el continuo golpear de las olas en los duros acantilados, fragor que ahuyenta por entonces de los corazones de Inglaterra el sentimiento de la solidaridad humana, ha convertido al fin a nuestra infanta en la superviviente de un naufragio.

Se ha quedado sola. A las afrentas recibidas, al desdén manifiesto que provoca su condición de extranjera, se unen ahora los ultrajes a su fe. La Iglesia ha sido despojada de sus bienes y de sus prerrogativas. No es sólo su amor propio de mujer lo que ha sido pisoteado. El horror profundo que ha de causarle el cisma la acompañará hasta el final de su vida.

—Catalina de Aragón—nos cuenta desolada nuestra exquisita amiga C. A. a la vuelta de su viaje a Inglaterra—está enterrada en la catedral protestante de Peterborough, al norte de Cambridge. En la nave izquierda del templo se encuentra el enterramiento. Consiste en

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

una simple losa sobre el suelo, sin ninguna inscripción o escudo. Sólo en una tarjeta escrita a máquina, recubierta por un cristal se lee: «Katherine of Aragón. Queen of England.» Sobre la losa, colgados del muro, se ven los estandartes de Inglaterra y de Castilla.

Poca suerte, como se ve, la de esta católica infanta española, rodeada en su vida y en su muerte de tanto testimonio de herejía. No sólo hubo de padecer el infierno de su época, sino que su cuerpo yace eternamente en ese gran recinto helado que es la catedral protestante.

Puesto a pedir a los ingleses las debidas devoluciones, no vacilaríamos en recordarles también las cenizas de esta reina desdichada, a la que tan mal siguen tratando, si no fuera por el temor de que al acceder a nuestros deseos pudieran dar ya por definitivamente cancelada su deuda con nosotros.

## UN CORRESPONSAL DE GUERRA

En el año 1553, a los once meses de conquistado el reino de Navarra por el duque de Alba, publica en Toledo Luis Correa su crónica de la campaña. Libro curioso, el más extenso quizá que se haya escrito sobre aquel hecho memorable, debemos su reimpresión, en 1843, a don José Yanguas y Miranda, secretario de la Diputación de Navarra «e individuo de varios cuerpos literarios».

No todo el romanticismo fue pólvora en salvas. Aún quedan libros como éste, con su perdigonada de fechas y nombres que dan en el blanco. Yanguas y Miranda, bajo una modestísima cubierta que no hace adivinar el magnífico papel de su publicación, nos presenta con todos los honores al cronista en un excelente prólogo en el que se dan, con pasión mesurada, los antecedentes del suceso.

Pocos tan discutidos en los tiempos del Rey Católico. Sus tropas, al mando del duque de Alba, partían de Vitoria para la guerra con Francia. ¿Por qué, dando de pronto un rodeo, se dirigieron al asedio de Pamplona?

El cronista no deja de dar sus razones, más o menos fundadas, tal como el pleito se veía desde las filas castellanas. No falta siquiera la mención de la bula fantasma con que los partidarios de Julio II amenazaban al conturbado reino. La realidad, que luego había de probar la Historia, es que con la toma de Granada no estaba terminada la Reconquista. Faltaba Navarra todavía.

Pero a Luis Correa, en sus funciones de corresponsal de guerra, no le interesan estas controversias. Las alude de paso y las rebate conforme a su buen juicio, ya que no olvida en ningún momento el ditirambo al duque. A un tío de éste, don Gutierre de Padilla, dedicará su trabajo.

Lo que importa sobre todo a nuestro cronista es seguir la campaña paso a paso. Y esto es lo que da al libro un valor inestimable.

Su arte de narrador parece tomar vuelo a la vista de los grandes espectáculos. Así nos describe el movimiento del ejército castellano aquel día, sábado, cuando el duque manda levantar el real, agitando las banderas. Delante van los mariscales, con doscientos jinetes, descubriendo el campo. Su guarda se ha encomendado a las cuatrocientas lanzas del condestable de Navarra. Siguen la artillería y las escuadras, con quinientos hombres. Enumera luego a los capitanes. Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, «que por servir a Dios y a su rey había determinado exponerse a todo peligro y dar a conocer que las letras no empachan el ejercicio de las armas», palabras que ya anuncian al *Quijote* cincuenta y dos años antes de su aparición.

Iba el obispo «muy señalado con un sayón de carmesí

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

raso sobre las armas», jinete sobre un poderoso caballo. Allí iba también el coronel Villalva con las compañías viejas, los cien hombres del condestable de Castilla y, cubriendo la retaguardia, Díaz de Rojas con doscientos de a caballo.

La guardia del duque la componían cien hombres armados de coseletes y alabardas y «cuyo capitán era un hombre llamado Tapia». Y en esta forma por aquellos llanos, con gran estrépito de trompetas y atabales, avanzó el ejército en buen orden, capitaneado por el duque. El de Alba «se mostraba sobre una jaca blanca, con una guarnición de oro tirado; él armado de todo arnés y sobre las armas un sayón de carmesí con unas medias de brocado, llevando doce caballos de diestro, maravillosamente aderezados, para socorrer a cualquier caballero que menester lo hubiese».

Así avanzó el ejército de Castilla sobre la ciudad de Pamplona aquel domingo de julio, día del señor Santiago. A las diez de la mañana llegaba a la primera puerta, donde el duque recibía las llaves de la ciudad.

Valdría la pena de restaurar este lienzo de la gran historia que nos dejó, de mano maestra, uno de los más brillantes corresponsables de guerra.

## NUEVA HISTORIA DE EL ESCORIAL

El arquitecto don Secundino Zuazo nos trajo la novedad, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando—regalo no frecuente en actos de esta índole—, de descubrirnos la nueva historia del monasterio de El Escorial en cuanto a sus orígenes arquitectónicos.

Pocos años antes de que Boscán y Garcilaso introdujeran en nuestra patria las nuevas formas de la métrica italiana, los arquitectos de los Reyes Católicos habían introducido en España otras formas de expresión de igual procedencia para los conjuntos arquitectónicos que entonces se proyectaban. Daba lo mismo un templo que un soneto. Los dos habían de sujetarse a unas leyes inflexibles que el Renacimiento dictaba. Así, para los edificios hospitalarios con que soñaba la reina Isabel—en Santiago, en Toledo, en Granada—fueron los modelos italianos los que sirvieron para establecer las plantas.

La novedad en el trabajo del señor Zuazo a que nos referimos consiste en que con una amplia visión que

abarca todos estos modelos—italianos y españoles—, ha sabido encontrar entre ellos el origen de la arquitectura escorialense.

La figura que estudia con más detenimiento, como auténtico creador del monasterio, es la de Juan Bautista de Toledo. El nombre de Juan de Herrera sólo se cita una vez, y eso como continuador de la obra de Toledo, que no la pudo ver acabada al ocurrir su muerte en 1567.

Pero la aportación más original del trabajo es aquella en que se hacen los estudios comparativos de los grandes hospicios u hospitales españoles del xv, con la planta que proyectara Toledo para el monasterio de San Lorenzo. Los antecedentes están bien visibles en el hospital Mayor de Milán, por ejemplo, que es uno de los que a su vez influye más en la versión, ya española, del hospital de Santa Cruz de Toledo, entre otros. Este hospital de Toledo es, según el arquitecto español, uno de los más claros antecedentes del monasterio de El Escorial.

Habrà, pues, que volver a escribir de nuevo la historia de nuestro primer monumento. En ella veremos iluminarse con más fuertes luces la figura de su creador original, traído por Felipe II de Italia, donde trabajaba. Allí se le conocía por el airoso calificativo de «el valiente español», y se asegura que trabajó como aparejador en las obras de la plaza de San Pedro de Roma «en tiempo de Miguel Angel». Era, pues, el arquitecto indicado para la introducción del saber renacentista en nuestra patria.

Aquí en España tropezó, sin embargo, con hombre de tan personales gustos en las artes como Felipe II. No

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

bastaba tener una experiencia dilatada de las obras vaticanas ni de las enseñanzas de la antigüedad. Había también que contar con el rey. Y éste sabía exactamente lo que quería, ya que en más de una ocasión hizo rectificar los planos de Toledo. Así, la muerte le sorprendió a éste con la obra inacabada; y en trance de buscar heredero de su arte no piensa en ninguno mejor que su rey, a quien dispone que se entreguen a su muerte diez envoltorios de papeles relacionados con las obras.

Ya Italia queda lejos. Los primitivos modelos han pasado en el siglo xv a España. Traducidos por el españolismo de los Reyes Católicos se inspirará en ellos Juan Bautista, de recio temperamento español. A su muerte, los planos quedarán en manos de Felipe II que terminará de españolizarlos, si es que algo de fuera les quedaba. Como continuador y colaborador de la empresa pasa entonces a primer término Juan de Herrera, que dejará en el toque final del monasterio el sello español inconfundible.

Porque lo cierto es que Boscán y Garcilaso, principalmente, importan en España las nuevas métricas; pero con el correr del tiempo éstas se van asimilando de tal modo que llegan a aparecer como puras formas nacionales en un teatro tan español, por ejemplo, como el de Lope de Vega. De la misma manera que Cervantes, tan ducho en renacentismos como nos ha explicado el profesor Marasso, nos da en el siglo xvii la versión más española del mundo. Porque de dos obras bien españolas se trata: el *Quijote* y El Escorial. Por eso la aportación del arquitecto Zuazo apunta a la entraña misma de nuestra cultura.

## EL RELOJ Y LA PEQUEÑA HISTORIA

El 2 de junio de 1810 se traslada la campana *Sandovala* de San Pablo, en Valladolid, a la torre de la catedral. Tardan diecisiete minutos en subirla a su nueva torre. En la catedral permanecerá hasta el 13 de mayo de 1816, fecha en que se devuelve a los frailes de San Pablo.

Este pausado vuelo de campanario a campanario dura, pues, seis años. Sobre los tejados de la ciudad, durante este tiempo, caerán desde lo alto las notas graves de la campana como gotas de bronce. En la vieja capital castellana nada parece alterar el aire de la tarde, que sólo rompen campanadas y vencejos. La nube blanca, quieta, sigue allí. Pero abajo, por las calles, mil incidentes de la vida nacional se cruzan y entrecruzan. Todos ellos los anota en tres cuadernos nuestro cronista Martínez Martel; dos de estos cuadernos, publicados como folletín en un periódico vallisoletano hacia finales del pasado siglo por don Antonio García Barrasa. Ostentan los tres el título general de *Noticias de varias ocurrencias*. El ejemplar folleto que los reúne, y que

está ahora en nuestras manos, no tiene portada, pie de imprenta ni ninguna nota aclaratoria sobre la fecha de su publicación. Pero el paciente cronista, ¡qué bien se explica!

Debió de vivir por los alrededores de la plaza Mayor, o acaso en la misma plaza a juzgar por la minuciosidad con que nos cuenta la vida de este recinto, animada a diario por los más dramáticos sucesos. Aun los de tono muy sombrío nos los relata con sereno espíritu, con rigor de cronista más que con apasionamiento de testigo, como si todo aquel espectáculo doliente lo presenciara él desde su ventana, al calor de un hogar apacible, apartado del hirviente mar de los duelos e imprecaciones que rompen abajo sus olas, en la plaza. Desfilan por ésta, empujados por la justicia del invasor, sin tiempo para clasificarlos porque la guerra está a las puertas de la ciudad, guerrilleros y ladrones, alcahuetas, asesinos y falsos monederos. Todos en procesión, muchos arrastrados sobre los guijarros porque se resisten al castigo, camino de la horca, del garrote o del infamante embadurnamiento de miel, que cubrirán luego las plumas del escarnio. En cierta ocasión falta el verdugo. Actúa en su lugar el pregonero de Alba de Tormes. Ha de ejecutar a dos delincuentes. «Por su poca pericia en la ciencia—se lee en el diario—cayó tan fuerte golpe de espaldas, al tirarse con el segundo hombre, que dio primero con la cabeza en el suelo que con el cuerpo y se hizo una buena brecha en ella.»

Pero la vacante pronto se cubre. \*En una posterior ejecución nos cuenta ya que el reo «fue ahorcado por el nuevo verdugo por primera suerte que hizo en ésta.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Manifestó destreza y disposición en el arte; vino de opositor de Zaragoza, y se creyó muy bien que desempeñó cual otro su puesto, porque el reo, metiendo los pies entre un banco de la escalera de la horca se vio muy apurado para voltearle sin embargo dos o tres empujes que hizo con él, y, además, dicho verdugo sufrió una mordiscada del reo en una pierna». Si el buen cronista no nos da en esta página sobrados motivos para admirar su prosa, vemos, en cambio, sus escrúpulos de narrador.

Pero no ha de creerse, sin embargo, que el diario que reseñamos tenga todo él tan siniestros caracteres. No. Alternando con estos sucesos tristes los hay también placenteros. El general Kellerman, gobernador militar de la plaza, ocupada a la sazón por los franceses, no cesa de hojear el calendario en busca de fechas resonantes. San Napoleón y San José se celebran con grandes bailes, hasta el punto de que en el Consistorio, donde bulle la fiesta, se terminan en seguida los quesos, los helados y el chocolate. No hay mariscal de Francia que vaya o vuelva de la conquista de Portugal que este jovial gobernador de la plaza no le reciba con los brazos abiertos. Massena, Ney, Bessieres, aún sudorosos de la batalla, beben sus grandes vasos de refresco a su paso por Valladolid. Otras noticias jubilosas animan la ciudad. La vizcondesa de Valoria festeja con un sarao el primer cumpleaños del rey de Roma. El rey José vuelve de Francia, y en la plaza Mayor, que descansa por unos días de sus ejecuciones, danzan en su honor unas cuadrillas de mozas con panderos. Hasta la entrada de Marmont, tan poco amigo de jolgorios, provoca el popular regocijo. El cronista anota en su Diario

CLAUDIO DE LA TORRE

que aquel día anduvo suelto el reloj de la catedral, marcando todas las horas a destiempo. No añade, porque debió de ser hombre sencillo y sin pedantería, que se trataba del reloj de la Historia. Pero nosotros lo sospechamos al comprobar la confusión de aquellos años en los tres cuadernos que nos dejó.

## EL TORERO Y LA PEQUEÑA HISTORIA

No creo que el nombre del torero Mancio figure en las páginas de esos volúmenes enormes, grandes como toros, en los que José María de Cossío tiene encerrados a todos los componentes de la fiesta nacional. Con no quedar fuera de estos volúmenes nombre apreciable que señalar, es muy posible que este de Mancio, modestísimo, se escurriese sin embargo entre los dedos del ilustre escritor, si es que llegó a estar en sus manos dado el escaso relive de su fama. No tengo, de todos modos, el libro de consulta a la vista; pero se me antoja que es nombre olvidado.

Dos referencias nos da de nuestro torero don Demetrio Martínez y Abadía en sus *Noticias de varias ocurrencias*, folleto inapreciable para el aficionado a los menudos sucesos de la Historia. Don Demetrio lo anota todo en su Diario, a veces con cierta sutil perspicacia. Así, cuando nos dice que el 26 de mayo de 1813 entra José Bonaparte en Valladolid «con levita color verde y a caballo, sin divisa de rey», no es difícil de adivinar que O'Donnell anda cerca pese a los cincuenta cañona-

zos que pronto sonarán en la ciudad castellana celebrando la victoria de Napoleón sobre los rusos.

De otras curiosas ocurrencias nos da cuenta también. Por ejemplo, de las insólitas andanzas de aquella loba que en una tarde fría del mes de febrero de 1814 se entró como Pedro por su casa por las calles de Valladolid. La noble fiera, porque otra cosa no podemos pensar, recorrió tranquilamente algunas de las calles más concurridas, hasta que la gente al reconocerla, empavorecida por su descomunal tamaño, la hostigó y persiguió sañudamente para acorralarla, al fin, en una casa de la calle de Esgueva, donde un soldado la mató a bayonetazos.

Pero volviendo a nuestro torero, «el diestro y atrevido Mancio», como lo llama el cronista, conocemos de él dos actuaciones, ambas en fiestas vallisoletanas. La primera, el 4 de octubre de 1819, con ocasión de una función benéfica organizada por el hospital de la ciudad. Copiemos del Diario de don Demetrio: «Función de novillos por la tarde, en la que se corrieron, o por mejor decir, estuvieron parados, cinco novillos por no haber quien capease sino... Mancio, que meneaba la capa desde la barrera.» Esta fue la función. Se limitó someramente a que el muy disgustado concurso contemplara, parados en medio de la plaza, a los bravos animales, que hubieron de ser encerrados de nuevo por los cabestros. La fiesta terminó, sin embargo, en paz, gracias a unos volatines en la maroma tirante y a unos juegos de pólvora, con lo que la gente se dio por satisfecha y terminó el regocijo de la tarde.

No debió de ser deslucida, sin embargo, la actuación del torero Mancio cuando, seis días después, el 10 de oc-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

tubre, volvió a figurar en los carteles. Esta vez se juzgó más prudente que saliera acompañado, por lo que se contrataron nada menos que otros cinco lidiadores oriundos de La Seca o tierras de Medina. La función iba por buenos cauces hasta que, desgraciadamente, le llegó a nuestro hombre su turno y su novillo. Dice don Demetrio: «A Mancio le dio otra hocihada otro novillo que le metió con una prontitud entre barreras, con lo que se quedaron los lidiadores algo tímidos para seguir en su profesión.» Hubo que recurrir de nuevo a los volatines y hasta a los fuegos artificiales. Presidía la corrida el propio corregidor de la ciudad, don Cesáreo Gardoqui.

La conducta de Mancio, por lo menos en estas dos actuaciones que conocemos, no tiene la menor disculpa. Quedó mal, y hay que reconocerlo. Pero lo que ignoramos son las circunstancias de su vida, que debieron estar bien ligadas a las no muy brillantes por que atravesaba entonces España entera. Valladolid, como el resto de la nación, sufría más o menos disfrazado el absolutismo de Fernando VII, que precisamente en aquellos meses de octubre se disponía a tomar una decisión sentimental: casarse por tercera vez. Todos sabemos lo que a los españoles preocupaban las inclinaciones de su soberano, por privadas que fuesen. No habían olvidado todavía aquel trío de música de cámara que formó la familia en el destierro. En Francia, en horas de nostalgia, Fernando tocaba el frajolé, su hermano Carlos la flauta y su tío Antonio la trompeta marina. Y este concierto costó bastante sangre.

Mancio, hombre prudente si los hay, debió de sentir también estos desasosiegos nacionales. Para mayor

CLAUDIO DE LA TORRE

desdicha, la peste estaba en Cádiz, en la isla de León, en el puerto de Santa María... Las cuatro puertas reales de Valladolid permanecían cerradas a piedra y lodo para evitar el contagio. Mientras, en la plaza, un presidente enardecido hacía apearse de sus caballos a dos picadores, humillados en su profesión, para que recibieran de los espectadores el duro castigo de insultos e improperios. ¿Quién toreaba en estas condiciones?

No es que se trate de disculpar aquí lo que no tiene excusa. Pero no es justo juzgar la labor de Mancio ni la de tantos otros sin hacer al mismo tiempo las debidas consideraciones sobre su época.

## LA HISTORIA POR DENTRO

Durante el mes de julio de 1812, anota también en su Diario nuestro incansable cronista, ocurren en Valladolid algunos sucesos misteriosos. Empezadas las obras de fortificación en las huertas de la Laura, las monjas de este convento fueron trasladadas al de Santa Ana, llevándose con ellas los restos del gran duque de Alba, fundador de la casa. El cadáver apareció intacto, lo mismo que el manto capitular que lo envolvía y las borlas de plata. Todo ello aprisionado en un negro ataúd de terciopelo de immaculados reflejos, «como si estuviese acabado de hacer». Tanto los españoles como los franceses que trabajaban en la huerta tuvieron la impresionante visión por presagio de graves acontecimientos.

Ya la entrada en Valladolid de la guarnición francesa de Palencia, seguida por una multitud atropellada de campesinos y feriantes, había preparado el ánimo de la ciudad para presentir con inquietud la proximidad de algún suceso. La bandera roja en lo alto de la

torre de la catedral anunciaba el peligro de las partidas.

El 3 de julio entra en la plaza el nutrido convoy de empleados españoles—la sufrida burocracia, resignada esta vez a servir a los franceses—residentes en Salamanca, Zamora, Toro, León y otros lugares. Y tres días después cruza rápidamente por la ciudad la división del general Bonet, que bajaba de Asturias y se encaminaba a Tordesillas.

Aquella misma tarde, al caer el sol, los vecinos de Valladolid vieron pasar un triste cortejo: sobre unas angarillas, a hombros de aldeanos cubiertos de polvo por la larga caminata, entraba por una de las puertas del recinto un edecán herido. Lo habían entregado los ingleses, al decir de los portadores, en el mismo puente de Tordesillas.

Todos estos aislados sucesos, de incógnito significado por el momento para el pacífico vecindario, iban a ser olvidados, sin embargo, por lo ocurrido el 16 de julio. Un nuevo convoy de tropas, procedentes esta vez de Andalucía, acampaba en la ciudad. El general francés que las mandaba hubo de tener, por motivos que se ignoran, una cuestión personal con el gobernador de la plaza, también francés. Celebrado el desafío a pistola en la Rondilla de Santa Teresa, el general cayó herido de un balazo. Fue trasladado moribundo a la casa de la señora viuda de Durando, donde falleció a las pocas horas sin que sepamos tampoco por qué se hizo intervenir a esta señora en la desdichada aventura.

Una semana transcurre, y el 22 de julio de 1812, a las tres y cuarto de la tarde, aparecieron «como por en-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

cima de Zaratán y Mucientes» unas nubes negras que enlutaron la ciudad. Alguien debió de pensar, vueltos los ojos al cielo, en el fúnebre hallazgo del huerto de las monjas. El vecindario, entre rosario y rosario para conjurar la tormenta, supo de una gran acción guerrera librada aquel mismo día, sin precisar el lugar, adversa a los franceses. Las primeras guerrillas españolas disparaban ya sus tiros por la cuesta de la Maruquesa, mientras la tormenta se alejaba.

La gran acción guerrera, victoria decisiva en nuestra guerra de la Independencia, puede resumirse así: el mariscal Marmont, al frente de sus ejércitos, pretendía apoderarse de dos eminencias situadas en el campo de Salamanca, defendidas por un ejército angloespañol a las órdenes de Wellington. Vista la imposibilidad de atacarlas de frente, el mariscal intentó flanquearlas. Contraatacaron los angloespañoles y consiguieron romper el centro del ejército francés. El ala derecha de éste se replegó, llevándose en la retirada a su propio jefe herido. La derrota francesa tuvo rápidas consecuencias: José Bonaparte salió de Madrid, y Wellington, ya generalísimo, recibió del Gobierno el Toisón de Oro. La Historia menciona esta acción guerrera con el nombre de «la batalla de Arapiles».

## RELATO DE UN TESTIGO

El retrato de Juan Martín Díez, *el Empecinado*, pintado por Goya, nos presenta al recio guerrillero con uniforme militar, el cuello abierto de la guerrera, a la moda del imperio, el pecho cruzado por los cordones y un ancho correaje. No sabemos hasta qué punto corresponde este uniforme a aquel indumento de fantasía con que le gustaba vestir a sus soldados, ya que, pese a la tosquedad de su apariencia, no dejaba de ser sensible el bravo guerrillero a los esplendores decorativos de tanto mariscal de Francia inmortalizado por el pincel, a la fastuosidad de los generales napoleónicos, tratados como dioses olímpicos por los pintores cortesanos, cuyos retratos, popularizados por grabados y dibujos, debieron de llegar hasta las manos del antiguo zapatero.

No luce la pintura mencionada la elegancia de Gérard, las vaporosas líneas de madame Vigée-Lebrun; pero tiene más fuerza expresiva. Sobre los anchos hombros se yergue una cabeza de león de mirar impresionante. El ojo derecho se clava en quien lo mira, mien-

tras el izquierdo, con la misma energía contenida, parece desviarse del rostro del interlocutor como para buscar más allá su pensamiento. Todo el rostro le brilla entre el pelo negro, enmarañado, que le une barba y cabeza. El bigote, ancho, partido en dos, no oculta la feroz contracción de la boca.

Hay otro retrato de nuestro guerrillero, atribuido a Leonardo Alenza, en el que le vemos ya más sosegado. La guerrera se ha aclarado; el rostro, también. Sin barba ni bigote, hasta la línea de los labios se ha humanizado dejando incluso adivinar una sonrisa que le sube a los ojos. Acaso este retrato refleja aquel momento dichoso en que el guerrillero, tras la batalla de Bailén, consigue raptar limpiamente a una dama francesa de la familia del general Moncey ante los sorprendidos ojos de su escolta. Golpe afortunado, fue acaso el menos cruento de su vida y, sin duda, el de más feliz recordación.

Juan Martín Díez y sus tres hermanos eran zapateros de oficio. Naturales de Castrillo de Duero, en la provincia de Valladolid, el río marca la línea divisoria con la villa de Roa, en la que al correr de los años iba a resolverse dramáticamente el destino del más popular de los hermanos. Don Pascual Madoz, en su nunca bastante alabado *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, nos da cuenta del suceso con estas levantadas palabras: «El valiente y benemérito don Juan Martín, conocido por *el Empecinado*, que tantos y tan beneméritos servicios prestó a la patria, adquiriendo una reputación inmarcesible, fue bárbaramente inmolado en Roa por el furor de los partidos, sufriendo un suplicio horroroso el año 1825.» Y en el mismo

extenso artículo que dedica al histórico lugar completa la información con estas observaciones tranquilizadoras: «Mirando al SE. (de Roa) se ve el cementerio, circundado de una tapia bastante alta, con dos puertas, contiguo a la ermita de Santa Lucía. En él yacen los restos del general don Juan Martín *el Empecinado*. Su posición en nada perjudica a la salubridad pública.»

No llegó nunca nuestro general a tener el prestigio de don Francisco Espoz y Mina, el más ilustre de los guerrilleros de todos los tiempos, a quien los franceses llamaban *el Rey de Navarra*. Tampoco gozó de la aureola misteriosa que iluminó la vida de *el Marquesito*, aquel hijo del marqués de Bajamar que fue capitán de contrabandistas para ganar después en los campos de batalla el grado de mariscal y la capitanía general de Asturias. Pero *el Empecinado*, sin duda alguna, fue el más popular de los guerrilleros.

La increíble movilidad que imprime a sus guerrillas le hace estar en todas partes. Es, además, uno de los precursores de la Independencia, pues sus correrías empiezan antes del 2 de mayo. Desde las orillas del Duero, con sus hombres, aviva la rebelión contra la salida de Fernando VII de España. Corta las comunicaciones de los franceses entre Madrid y Aragón. Como un zorro fugitivo, pero que sabe caer sobre su presa en el momento oportuno, tan pronto aparece por tierras de Soria como interviene en la batalla de Talavera. Entre una y otra acción no descuida el abastecimiento de armas al cura Merino, que se ha echado al campo con sus jinetes para vigilar el camino de Burgos a Valladolid. Al cura Merino lo habían utilizado los franceses para transportar sobre sus hombros el bombo de una

banda militar. A bombo y platillo celebra ahora el cura su venganza.

Reconocidos por el Gobierno los altos servicios prestados por *el Empecinado*, la Junta Central le otorga el grado de general, que más tarde le confirmará el rey Fernando VII.

Aquel hombre extraordinario sufrió, sin embargo, como el señor Madoz nos recuerda, una muerte ignominiosa. Don Demetrio Martínez Martel y Abadía, de quien he hablado en otras ocasiones, fue un pacífico vecino de Valladolid que tuvo la feliz ocurrencia de anotar en unos cuadernos aquellos sucesos, grandes o pequeños, de que fue testigo entre los años 1810—en que traslada la campana Sandovala de San Pablo a la catedral, ascensión que dura diecisiete minutos—y 1834. Cuando se publican por primera vez esos cuadernos en el folletín de un periódico local, se echa de ver que falta uno de los tres que forman el Diario particular, interrumpiéndose éste en 1821. Al reanudarse en 1825, estamos ya en el verano fatal en que sube al cadalso el famoso guerrillero. Es ésta su primera anotación: «En 4 de junio fueron afusilados por la espalda tres hombres y otro presenciando la escena, los cuales fueron juzgados por la comisión militar; sus delitos, salteadores de caminos y asesinos (según se dijo). Salieron de la cárcel de la ciudad hasta las eras de fuera del puente a las seis de la tarde y sufrieron la muerte muy cerca de las siete de ella, en cuya hora se ejecutó por ser Octava del Corpus, y hasta que su Divina Majestad fuese ocultado en la Catedral.»

Empezaba, pues, el verano con negras nubes, que habían de ensombrecer los cielos de la comarca por al-

gún tiempo. He aquí dos noticias escuetas, ceñidas al suceso, en las que se adivina, sin embargo, el hilo invisible que las une: «En 18 de junio fue ahorcado un hombre en la plaza Mayor, sentenciado por ladrón. Ejecutó la sentencia el verdugo de Zamora, cuñado de Francisco Carnero. Aquél estuvo impenitente, y así fue a la horca, según se dijo. En 30 de julio salió de la cárcel de la Chancillería don Diego Colomeda para expiar su delito de asesino en el garrote, que sufrió, y murió con bastante fervor y arrepentimiento. Mató al verdugo Francisco Carnero.»

En el mismo día, y de la misma cárcel, sale también otro hombre, natural de Oropesa, condenado a morir en la horca por el delito de monedero falso. No quiso confesión ni permitió que fraile alguno entrase en la capilla. Murió impenitente. Le acompañaron en sus últimos momentos, según relata el cronista, «muchos eclesiásticos, doctores de esta universidad, para reducirle, y aun también el señor obispo. Cuando venía al suplicio no hacía aprecio de las exhortaciones, mirando a todas partes, y con un desprecio al Crucifijo que le ponían delante, haciendo esto mismo aun teniendo los dogales puestos, por lo que se duda de su salvación».

Y así llegamos, con este lento y continuo doblar de campanas, al 19 de agosto de aquel dramático estío, en que sube a la horca nuestro guerrillero. El cronista no se permite comentario alguno sobre la persona del que van a ajusticiar. Su escrupulosidad de testigo no le hace perder ningún detalle, pero su condición de pacífico vecino le hace ser más prudente en esta ocasión, en la que no hay referencia alguna a los antece-

dentés del condenado ni a los acontecimientos políticos que le condujeron al patíbulo. La anotación del Diario dice así: «En 19 de agosto salió al cadalso de horca don Juan Martín (alias *el Empecinado*) en la villa de Roa, en donde el Corregidor de ella le sustanció la causa, y fué sentenciado y aprobada por S. M. Ocurrió con él que en el primer día de capilla, 17, no se quiso confesar, según dijeron; pero en el 2.º día 18, hizo su confesión y testamento, y entre las cosas de que testó mandó tres o cuatro piezas de paño para los realistas de Roa, y cuando llegó a la horca rompió las esposas y, forcejeando, hizo lo mismo con los cordeles con que iba atado, y quiso tirarse a coger la espada del comandante de la tropa que había para la ejecución de la justicia; pero fué asegurado al punto, y lo ataron de pies y manos, subiéndole a la horca arrastrando, tirando de él varios hombres con sogas y cordeles, y todas las buenas demostraciones que antes había hecho de buen cristiano, las convirtió después en un hombre desalmado, haciendo nada de aprecio a las exhortaciones del religioso que iba auxiliándole.»

Así, con este aguafuerte de la época, nos despedimos de aquel bravo guerrillero que Goya pintó, de aquel retrato en el que aún brillan los ojos como si desafiaran todas las iras.

## LA PRIMERA TAQUIGRAFA

Tenía el señor de Thévenot cuarenta años justos, quiérese decir exactos, cuando la «Fiesta del Ser Supremo», la más pedante de las invenciones de Robespierre, desencadena en París el Gran Terror. Ya en su juventud—contaba apenas veinte años—debió de presentir el señor de Thévenot que se avecinaba para su patria una tumultuosa época dialéctica en la que las palabras iban a tener su importancia. No iba a ser posible recordarlas todas con el tiempo, y por eso, dispuesto a que no se le escaparan las más importantes, imaginó el primer sistema de taquigrafía, que presenta a la Academia de Ciencias de París en 1776.

Desde entonces, siempre alerta, cultiva la caza de los grandes acontecimientos, no importa donde se produzcan. Es secretario estenógrafo de Luis XVI, pero también es taquígrafo oficial de los jacobinos. Pasa así, lápiz en mano, de los rumores de la Corte a los gritos de la asamblea más ruidosa. Todo lo apunta, todo lo caza al vuelo con los leves trazos enigmáticos, que son como las alas rotas de las palabras. El rodar de los

cañones por el empedrado de París no altera el pulso de este buen funcionario. Pero quizá fuera difícil ser testigo impasible de tanta cantidad de historia sin que el ánimo, al fin, no se quebrantara. Lo cierto es que a los sesenta años, cuando los hombres empiezan a sospechar que ya no están para aventuras, Jean Coulon de Thévenot, enfermo, sordo y acaso decepcionado de su tiempo, se alista como voluntario en los ejércitos de Napoleón. Muere en Bohemia en 1813. Su sordera no le hubiese permitido, un año después, recoger taquigráficamente *Le mot de Cambrone*.

El señor de Thévenot, al morir, dejó una hija de diecisiete años que se llama María Victoria. Bella, bien dotada para las letras y las artes, cultiva al mismo tiempo la música y la taquigrafía. He aquí, por lo que de ella sabemos, una musa en cuerpo y alma que está esperando el fervor de los poetas. Nace en 1786, año en que Bonaparte da comienzo a sus campañas de Italia—pongamos como suceso resonante—, y el mismo año también, según nos contaría el admirado Xenius, en que el joven Ampere, entregado ya a las consideraciones sobre la teoría matemática del juego, acierta a encontrar en una calle a Julia—pongamos como suceso definitivo para la cultura.

María Victoria hereda el arte de su padre y es la primera taquígrafa que conoce la Historia.

Su larga vida no está tampoco desprovista de grandes acontecimientos. Los directores, cónsules, emperadores y reyes se suceden unos a otros vertiginosamente en ese atropellado juego que tiene la baraja francesa en la primera mitad del siglo. Si su padre enseña los signos cabalísticos como quien muestra una colec-

ción de insectos a los hermanos de Napoleón, ella, continuadora de la obra de su padre, será la profesora de taquigrafía de la duquesa de Orleáns. Hacia 1821 sus encantos son irresistibles para el joven oficial Marnier, con quien se casa. Funda con él un hogar tranquilo, en el que alterna el silencio de las jornadas laboriosas, mientras se desliza el lápiz sobre el papel, con las veladas musicales, en las que María Victoria toca el piano y canta ante la muda admiración de su marido.

Luego vienen los años de viudez. Ya los signos taquigráficos vuelan por el mundo como briznas al soplo de los vientos revolucionarios. Han llegado lejos. Increíblemente llegan hasta China, donde se encuentran con una escritura de signos ideológicos que valen por otra taquigrafía. Allí se detienen los trazos de Thévenot. En el Japón, en cambio, consiguen alterar la dirección de la mano, que ahora escribe las abreviaturas europeas de izquierda a derecha, para luego transcribirlas de derecha a izquierda.

Pero María Victoria está ya cansada y poco le interesan los asuntos del mundo. Se ha refugiado en sus *Memorias*, redactadas con sus queridos signos, por las que van desfilando los recuerdos, los sucesos que presenció en tantos años y abundantes referencias de la vieja ciudad de París, por cuyas calles paseó en su juventud del brazo del oficial Marnier. Estas *Memorias* se conservan hoy en un nutrido texto taquigráfico, que da al manuscrito esa indescifrable pureza tan cara a los poetas. En el cementerio de Montparnasse reposa el cuerpo de María Victoria desde el 7 de agosto de 1869. Sobre la tumba se lee su epitafio en signos taquigráficos.

## LERSUNDI

Aún se recuerda cuando el mar llegaba a esta vieja casa de Deva levantada sobre unos arcos de piedra para librarla del oleaje. Luego el mar se retiró empujado por los hombres, que colocaron en su lugar una alameda, una playa y hasta un ferrocarril. No se recuerda, en cambio, cómo ocurrió fenómeno tan curioso, pero así fue: la casa quedó en seco, como en un dique, varada en los arcos ya inútiles, y hubo de pensarse entonces en ponerla sobre la tierra.

Fue el propietario de esta casa, el brigadier don Francisco de Lersundi, de quien tomó el nombre la mansión, personaje no siempre recordado por los historiadores del siglo XIX con el elogio y ditirambo que a veces consagran a varones menos esclarecidos. Ministro de la Guerra en 1851, a los treinta y cuatro años de edad, y dos después presidente del Consejo de Ministros, la historia general le encadena toda una serie de servicios leales a la causa de los Borbones, cuya restauración no llegó a ver. Murió en Bayona, en el destierro, en noviembre del 74.

Ni su propio compañero de armas don Leopoldo O'Donnell—juntos tomaron parte el año 37 en los asaltos de Irún y Fuenterrabía—ostenta hoja de servicios tan brillante. Pero la figura del brigadier, aunque iluminada por las antorchas heroicas de la época, incluso por aquella hoguera de ultramar que fue la capitania general de Cuba, pasa un día de la luz a la sombra. Penetra misteriosamente en esas grandes zonas del olvido que envuelven a los héroes solitarios, a esos seres aislados, de insobornable condición, en los que tan pródigo fue el pasado siglo.

Mientras los hombres le olvidan, el general ha conseguido poner su casa de Deva en tierra firme y se dispone a recibir en ella, entre los años 60 y 63, al infante don Francisco de Paula, casado ya con Teresa de Arredondo y padre del rey don Francisco de Asís.

De la estancia del infante en Deva quedan hoy en el archivo de la casa curiosos testimonios. Su correspondencia con don Francisco de Asís nos hace oír la voz del rey en un tono de hijo modelo, obediente, que no pierde el acento de incondicional devoción a su padre ni aun cuando le habla de los más delicados temas. No está en cambio tan serena la voz de doña Teresa, generalmente bien querida de la familia real, cuando escribe al rey, su hijastro, quejándose violentamente de las intrigas y calumnias de la princesa doña Isabel. La evocación se ensombrece aún más al leer el anónimo que recibe doña Francisca Ramírez de Arredondo, madre de doña Teresa, amenazándola con la próxima muerte de su hija, fantasía que por fortuna no llegó a convertirse en realidad.

Doña Isabel II visitó asimismo al general en los años

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

65 y 66, y de ella se conserva también largo epistolario en el que destaca un sabroso documento privado, dirigido a la reina por Lersundi, Cánovas, Bravo Murillo y otros, aconsejando respetuosamente a Su Majestad el alejamiento de cierto devoto servidor. En 1887, ya destronada, aunque reinando su hijo don Alfonso, vuelve a Deva doña Isabel, pero ya su fiel amigo no puede darle ningún otro consejo porque su cuerpo descansa al fin, definitivamente, al otro lado de la frontera que tan bien supo guardar en vida.

## UN MANUSCRITO INEDITO

El 20 de junio de 1898 los vecinos de la ciudad de Agaña, en la isla de Guaján, presenciaron un suceso curioso. Pocos barcos surcaban entonces por el laberinto de las Marianas, esas lejanas islas de la Oceanía apenas perceptibles en los mapas, que España guardaba como preciados granos de arroz en la gran despenza, hoy vacía, de lo que fue su pasado colonial. Sólo alguna que otra vela latina—Magallanes bautizó las islas con el nombre de estas velas por la forma triangular de las que utilizaban los indígenas para la navegación—picoteaba al sol de la mañana las semillas dispersas que forman el archipiélago.

Hacía ya tiempo que no llegaban noticias de la patria distante, ni siquiera de la capitania general más próxima. El cable directo con Manila no funcionaba, y los otros hilos hacia el Sur por el enredado camino de la Micronesia extraviaban todos los mensajes. Únicamente por el Norte, por el mar despejado que unía a las Marianas con el Japón, quedaba aún la ruta abierta para comunicar con Filipinas, lanzando las palabras

españolas por ese gran rodeo asiático que las hacía llegar a su destino visiblemente mutiladas.

No había forma, pues, de entenderse con el mundo. Y en estas circunstancias, en la mañana del 20 de junio, animada la bahía por los gritos de júbilo del vecindario, cuatro barcos de guerra norteamericanos fondearon en el puerto de San Luis de Apra, único habilitado en la isla para tan importante recepción.

Las autoridades se apresuraron a cumplir las formalidades de rúbrica y en apretado grupo se trasladaron al crucero *Charleston*, donde les aguardaba la más desagradable sorpresa. No sólo se había declarado la guerra entre los Estados Unidos y España según les informaron los marinos norteamericanos, sino que éstos, cumpliendo órdenes del Gobierno de Washington venían a las Marianas a apoderarse de ellas, por lo que al comandante del crucero le urgía hablar con el gobernador. Daba para la rendición de la isla el breve plazo de media hora.

La guarnición de Guaján era por entonces francamente reducida. La componía exclusivamente un destacamento de cincuenta y cuatro soldados peninsulares de infantería de marina. Aún hoy es indescifrable el cálculo que debió de hacer la comandancia de Manila para llegar a cifra tan modesta. Contra este escaso número de defensores apuntaban los cañones de cuatro potentes barcos de guerra, conduciendo, aparte sus dotaciones y el más moderno material de guerra, toda una división del Ejército estadounidense.

Las autoridades se rindieron con un resignado encogimiento de hombros. Eran estas autoridades el gobernador y el secretario del Gobierno, el capitán del puer-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

to, el médico militar y los dos oficiales que mandaban el destacamento. Junto con los cincuenta y cuatro soldados fueron trasladados a bordo del *Charleston*, quedando prisioneros después de entregar las armas. Acto seguido, una patrulla americana se dirigió al viejo fuerte de Santa Cruz, abandonado desde hacía años a la entrada del puerto como un velero en ruinas, e izó y saludó la nueva bandera, retirándola después de los honores correspondientes. El día 22 por la mañana la escuadra siguió su viaje rumbo a Manila, dejando sin autoridades a la isla de Guaján.

¿Qué había sucedido? Los asombrados vecinos de la ciudad de Agaña tenían clavados los ojos en el horizonte viendo cómo las naves se alejaban, sin explicarse aún lo ocurrido. Había sido como un escamoteo a la vista de todos. Los más viejos *chamorros*, nombre de los primitivos habitantes del lugar, recordaban no sin picardía que, según la leyenda, a la isla se la había llamado también en un tiempo «de los ladrones», por la frecuente presencia de éstos en sus aguas. De todos modos quedaba por resolver un problema de derecho internacional. ¿Era el acto ejecutado por los americanos una verdadera toma de posesión de aquel pedazo de tierra española? No habían dejado autoridad en tierra, ni un solo soldado de guarnición, ni representante de su Gobierno, ni bandera de su país que acreditase de alguna manera el acto positivo de la soberanía. ¿Se habían, pues, cumplido los requisitos exigidos en el Tratado de Berlín sobre la necesidad de ocupación material y efectiva de un territorio para llamarse dueño del mismo?

Estas graves reflexiones debió de hacérselas también el probo administrador de Hacienda en aquella lejana

delegación, don José Sixto y Rodrigo Vallabriga, quien a modo de reconquista, tan pronto el enemigo desapareció con las naves por el horizonte repitió cuidadosamente cada una de las ceremonias efectuadas por los americanos con tal limpieza y exactitud, que al cabo de una hora de alejarse las fuerzas invasoras la apacible isla de Guaján volvía al dominio español con toda clase de atributos y legítimos representantes.

Y así pasaron los meses. Por las tranquilas calles de Agaña se reanudó la vida y, llegadas las fechas oportunas, se celebraron incluso los días de gala reglamentarios en España y sus colonias, tales como el santo de su majestad la reina regente. Se cobraron puntualmente las contribuciones. Hasta se reorganizó la sección de artillería con las armas antiguas encontradas en la ciudad, contribución eficaz para el mantenimiento del orden en el interior de la isla. Las Marianas, en fin, homenaje en aquellas latitudes a la reina Mariana de Austria, volvieron a disfrutar de esa gran soledad de la Oceanía, en la que suenan los rumores de sus islas innumerables como cantos de sirenas.

Todo este mundo lejano, en el que se mezcla el aroma de la caña dulce al del tabaco y el palay, se refleja débilmente en este espejo que amarillea con el tiempo, que es el manuscrito inédito que tengo entre las manos. Lo firma, orgulloso de la hazaña del administrador Vallabriga, un grupo entusiasta de vecinos. Documento que fechado el 15 de octubre de 1898, bien pudo figurar, siquiera como muestra de unas vidas que estuvieron al margen de la contienda, en el Tratado de París del 10 de diciembre siguiente que puso fin a nuestra guerra.

## BREVE NOTICIA

## LA BELLA TOLEDANA

Otra bella escritora, la condesa de Yebes, nos la ha presentado contándonos de una manera primorosa los pormenores de su vida, que forman juntos como un terso espejo de virtudes. Se llama Luisa Sigea. «Alta, espigada, de porte distinguido...; el rostro fino, los ojos oscuros, de profunda mirada; la frente luminosa bajo el negro cabello... Las manos sobre todo llaman la atención: largas, de afilados dedos, denotan la exquisita sensibilidad de su dueña.»

Tal es el retrato que nos hace nuestra escritora de su compañera de letras. Porque Luisa, la bella toledana, es además mujer ilustrada. Conoce las lenguas latina, griega, hebrea y caldea, «en las cuales—según testimonio del arcediano de Alcor—tan fácilmente habla y escribe como la nuestra castellana».

De los momentos de su vida elegimos dos para verla a plena luz. Uno es en la Corte portuguesa, en la que entra al servicio de la infanta María. En las habitaciones que esta señora tiene en el palacio de su hermano el rey don Juan III, se ha formado con las damas más

cultas de la Corte una «especie de academia del saber». Allí conoce Luisa, aún soltera, a Paula Vicente, la hija del poeta Gil con la que iniciará una larga amistad. Pero se aburre sin remedio, pese a lo cultivado del ambiente. «Mal se avenía—comenta graciosamente la condesa de Yebes—a estas reuniones exclusivamente femeninas, en que la pedantería sustituía muchas veces al ingenio. Y se le hacían interminables las veladas donde, dispersas sobre los ricos cojines del estrado, departían horas seguidas, enhebrando temas filosóficos, poéticos, al gusto de la época. Las reuniones se llenaban de tedio, pues las mujeres, reunidas solas en grave de-partir, caen en lo nimio o en lo ampuloso.»

En el otro momento de su vida, ya casada, volvemos a encontrarla en Valladolid, donde está la Corte española. Entra aquí al servicio de la reina de Hungría, madre de la infanta portuguesa a la que acaba Luisa de dejar. Junto a la soberana destronada vive su hermana doña Leonor, reina también y viuda, ambas a la sombra y al amparo, como dos aves heridas, del viejo emperador. Aquí, en Valladolid, Luisa vuelve a ganarse el afecto y la estimación de cuantos la conocen.

Estos son los dos momentos a plena luz, en las dos Cortes, en que nuestra bella toledana llega a disfrutar de una vida sosegada. Muestra de su paz espiritual nos la dan los versos que escribe en Cintra, en aquel rincón «melacólico y sombrío», tan grato sin embargo a su inspiración:

Desde allí sus delicias yo admiraba,  
en cada objeto el ánimo embebido,  
al tiempo que la aurora derramaba  
por tierra y cielos su esplendor divino.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Pero en la sombra de su intimidad, velada la luz de espectáculo que ilumina toda vida expuesta a nuestras miradas, nos parece descubrir esa otra zona oscura de las penas en la que se escucha más de cerca el latir implorante del corazón. Conocemos así sus infortunios. Casada con el burgalés Francisco de Cuevas, el matrimonio ha de enfrentarse heroicamente con los días difíciles. La pobreza ya le cerca. El marido, viejo hidalgo, resiste el asedio, silencioso. Luisa tampoco se queja, pero sus escritos revelan ya una honda tristeza.

La luz baja todavía y entre las sombras ahora densas apenas adivinamos el rostro de Luisa, reclinada en la mano la frente pensativa. ¿Se sintió realmente atraída nuestra bella erudita por el desconocido de sus epístolas? ¿Llegó a sentir en su vida ese vacío espiritual que sólo colman los remordimientos? Apenas lo sospechamos. Ella misma se enreda en su laberinto: «Si esta soledad—escribe—procedía de mí misma, no supe de qué, porque si algo fui algún día, lo soy ahora...»

Luisa Sigea se nos presenta así, con la sabiduría y el sentimiento, como uno de esos seres excepcionales que marchan por la vida llevando en equilibrio, en cada mano, el mejor trofeo. No le impidió nada su saber, ni siquiera caer en la dulce ignorancia de los enamorados.

La condesa de Yebes nos cuenta su vida en veinte páginas, porque sabe que así su perfume se concentra. Son veinte páginas de una rara maestría, en las que gota a gota va cayendo la poesía de la historia. Este don de destilar sólo la esencia es lo que da al libro, en definitiva, la preciosa sangre que lo anima. Quisiéramos conocer al personaje, extasiarnos ante sus manos,

CLAUDIO DE LA TORRE

oírle el pausado fluir de los versos. Pero todo está ya lejos. Luisa Sigea reposa en el fondo de los siglos, y su tumba la rodean llorando otros poetas también ignorados. Sólo nos queda entre las manos este libro —*Spinola el de las lanzas y otros retratos históricos*—, uno de cuyos capítulos lo ha marcado la condesa de Yebes con la imagen de la bella toledana, como quien señala la página con una flor.

## SECRETO DE FUENTERRABIA

En el solar en que Tomás Alfaro tiene su casa de Fuenterrabía, y en la que escribió su libro *Vida de la ciudad de Vitoria*, que es una historia transparente, como vista desde los miradores; en este mismo solar hace trescientos años se levantaba la casa de los Butrón, la casa de campo, extramuros de la fortaleza, del heroico alcalde de Fuenterrabía. Y en este mismo lugar también, en 1638, plantó su tienda de campaña el príncipe de Condé cuando el largo sitio de la ciudad.

He aquí, pues, cómo se junta tanta historia en tan reducido espacio, como si los siglos cayeran desde las altas murallas, desbordando el viejo recinto para ennoblecen estos solares del contorno. Aunque el frotar del tiempo, bien visible por las calles de la apretada plaza fuerte, está oculto hoy en la moderna urbanización de la ciudad por los jardines. Pero en éstos florece también el laurel rosa, que sólo da sombra a los hechos memorables.

Fuenterrabía celebra el suyo en el mes de septiembre: la tenaz defensa de la ciudad contra el ataque de

los franceses, al fin derrotados, cuando dos favoritos vecinos, el cardenal Richelieu y nuestro conde-duque jugaban a estos lances de frontera. Juego de cortesanos para personajes tan alejados de la lucha, se convirtió aquí, sobre estas piedras, en la más dura experiencia. La historia del sitio son dos largos meses de asedio, vencido al fin por el socorro inesperado. De la moral de los combatientes da una idea muy expresiva la carta que Domingo de Eguía, uno de los héroes de la jornada, escribe a su mujer, y que dice así: «Amiga: Como no sabes de guerra, sólo te diré que el ejército enemigo se dividió en cuatro partes: una huyó, otra matamos, otra prendimos y otra se ahogó. Quédate con Dios, que yo me voy a cenar en Fuenterrabía.»

Por la famosa hazaña recibió toda esta gente mucho honor, ninguno tan alto como el que alcanzó Olivares, a quien encaramó Velázquez en un corcel brioso que no había cabalgado sin embargo en ocasión tan oportuna. Los ondarrribiarras conservaron íntegra la gloria que nadie podía disputarles.

La gloria y el buen ánimo. Aún hoy celebran la victoriosa fecha con un desfile del más airoso empaque. Delante van los barbados «archeros», hacha al hombro y morrión de piel en la cabeza. Siguen las dieciséis compañías de fusileros, todas de voluntarios. Al frente de cada compañía, animando la vieja estampa con una gracia inesperada, las bellas cantineras llevan un ramo de flores en el pecho y marcan el breve paso del desfile con el rítmico agitar de su abanico. Caballería, artillería y toda la tropa siguen estando bajo las órdenes del burgomaestre Butrón, a tres siglos de distancia.

Fuerza y gracia, por tanto, se conjugan en este día

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

feliz, y con este doble filo podemos penetrar en el secreto de Fuenterrabía. Conserva las piedras del pasado, pero cultiva las más nuevas edificaciones. Junto a los escudos nobiliarios, «ser pescador», que dijo Mourlane, es otro título. Vive del mar, pero riega sus geranios. Es fuerte, pero se rinde a la cortesía. Vieja ciudad guipuzcoana de zona fronteriza, guarda sin embargo no sé qué empaque castellano, de europeo matiz, que acaso dejaron al pasar los tercios de Flandes o que incorporaron a las costumbres, tras mucho viajar por esos mundos, los tantos varones ilustres que diera esta tierra para el servicio del rey. Tiene, por último, sus galernas, esa furia del viento que azota nuestras costas; pero el aire que mueve el abanico de sus cantineras no es menos suyo.

## SONATA EN DO MENOR

Entre las causas que contribuyeran a la ascensión de Inglaterra, que sube rápidamente los últimos pedregales de su grandeza en el siglo XIX, puede ser que contasen más de lo que se sabe las bendiciones que le dedicó Beethoven en las postreras horas de su vida.

No todo había de ser amargura en la vida tan amarga del genial compositor. Si el flamante rey de Suecia, recién ascendido al trono, se niega a comprarle por cincuenta ducados su *Misa solemne*, Beethoven ha de pasar aún por trance más duro. Goethe, su querido Goethe—¡y con cuánto dolor lo anotamos!—, se envolverá también en el suntuoso manto de su indiferencia para no interceder a favor de su amigo cerca de la corte de Weimar. Pero ahí están los «filarmónicos» ingleses, perdidos entre la niebla de sus islas y acostumbrados por tanto, con su agudeza acústica, a percibir las vibraciones más lejanas. De Viena les llegan unas ondas sonoras y no olvidarán con sus chelines al pobre sordo que les escribe.

Toda la vida de Beethoven, a quien de niño llamaban

*el Español* por su tez cetrina y su cabello oscuro, fue esa mezcla de sensibilidad y de orgullo que hizo imposible la cicatrización de las heridas. Su fiera independencia, además, le convierte en un combatiente solitario ante los ojos de sus contemporáneos, que no supieron ver tras la hosca apariencia la actitud defensiva de un corazón dispuesto a la ternura. Así cobran fama terrible sus anécdotas, aun cuando las mueve a veces un candoroso impulso. A Bettina Brentano le cuenta la escena de su encuentro con la familia imperial. Iba él con Goethe. Este se separa, sombrero en mano, al cruzarse con las reales personas. Beethoven, en cambio, se abrocha bien la levita y pasa sin saludar. De la misma carta a Bettina es este párrafo del músico: «Los reyes y los príncipes pueden, sin duda, improvisar profesores y consejeros secretos y colmarlos de gracias y condecoraciones; pero no pueden hacer hombres grandes, almas que estén por encima de las miserias del mundo... Así, cuando dos hombres como yo y Goethe se juntan, tales señores deben sentir bien su pequeñez.»

Si reaccionaba así, tan patéticamente, ante lo que al fin y al cabo no era más que otro mundo de apariencias, encoge el ánimo pensar en el sufrimiento de Beethoven frente al mundo real de los sentidos. En 1801, a los treinta y un años de edad, escribe a un amigo: «Has de saber que la parte más noble de mi ser, mi oído, está cada vez más débil... Ahora voy de mal en peor... Te ruego que guardes el secreto de cuanto se refiere a mi sordera y no digas nada a nadie.»

«Ocultaba su enfermedad—nos relata su biógrafo Hevesy—como si fuese una lacra vergonzosa. A pesar

del placer que le procuraba el trato de las mujeres jóvenes y bellas, sus sufrimientos, la humildad de su condición, el furor interno que le consumía, hacíanle siempre irascible y, con frecuencia, desagradable.»

Estas mujeres jóvenes y bellas que tanto le hicieron sufrir, pues de casi todas ellas estuvo en vano enamorado, eran sin embargo de muy distinta condición. Teresa Brunsvick, muerto ya su fiel amigo, escribía: «Beethoven se ha adelantado a su época y a la nuestra. En su tiempo no fue comprendido. Cristo incomparable.» La condesa Julieta Guicciardi, en cambio, no pudo, entre sus mil quehaceres de vieja extravagante, ni siquiera recordarle piadosamente. A ella estaba dedicada la sonata *Claro de luna*, tan expresiva como declaración de amor. Pero cuando se le hablaba del posible enamoramiento de Beethoven, muchos años después de muerto éste, respondía con aire displicente que sólo había sido «su profesor de música».

Al final de su vida, abandonado por todos Beethoven encuentra el más puro afecto de cuantos soñara, como si al llegar a los linderos de la muerte, inclinado ya el cuerpo sobre la tierra, tropezaran sus pies de pronto con un tesoro escondido. Fue este último regalo de la vida la amistad con el niño Gerardo Breuning. Gerardo, que contaba apenas diez años de edad, quiso y cuidó al anciano hasta su muerte con la más graciosa e inteligente solicitud. A la cabecera del enfermo, para distraerle de la soledad, le mostraba sus libros de colegial con grabados por los que desfilaban griegos y romanos llenos de virtudes heroicas, seres superiores que despertaban en ambos gran admiración.

Antes de morir, Beethoven buscó su joya más que-

## CLAUDIO DE LA TORRE

rida y se la entregó como recuerdo a su joven amigo. Era un medallón con el retrato de una mujer muy bella. Andando los años, Gerardo supo que la retratada era Julieta Guicciardi. Con lo que recibió como premio de su fidelidad la imagen viva de la ingratitud.

## ORIGEN DE UNA DINASTIA

Cuando el asesinato del conde Bernadotte en Palestina, no faltaron artículos en la prensa del mundo recordando la personalidad del ilustre mediador, sus antecedentes filantrópicos, su estrecha relación con la familia real de Suecia, sus actividades deportivas, todo un conjunto de detalles, en fin, que tendían a destacar a la luz roja del atentado la brillante figura del hombre generoso que, voluntariamente, ofrendaba la vida por la causa de la paz en un rincón de la Tierra.

No faltaron tampoco comentaristas del suceso que trajeran a la actualidad, como curiosidad histórica, el origen novelesco del reinado de los Bernadotte.

Lenotre nos ha contado aquel encuentro extraordinario que tuvo en una calle de Marsella la joven Deseada Clary. Era una noche de la Revolución francesa, y Marsella, la vieja ciudad mediterránea parecía concentrar en sus calles oscuras todo el terror de Francia. Por eso, y por estar ya próximas las horas de la madrugada parecía más extraño que una muchacha joven, linda y al parecer asustada, anduviese sola por la ciudad, sin más compañía que su sombra fugitiva.

Pero en aquel momento pasaba por la calle un señor oficial y la señorita Clary no dudó en rogarle que la acompañara a su casa. El oficial se llamaba José Bonaparte.

Como era de rigor entre gentes que aún no habían perdido la cortesía, pese a los acontecimientos, el joven Bonaparte se presentó al día siguiente en casa de los padres de Deseada para justificar los motivos por los que había acompañado a su hija tan a deshoras. José, que era un apuesto oficial, causó una excelente impresión en la familia, especialmente en la hermana de Deseada, Julia, no tan bonita, aunque también dulce y atractiva. Pero el Destino iba a enredar las cosas. José se enamoró de Deseada y sus visitas llegaron a ser casi diarias en casa de los Clary. Hablaba mucho el oficial de un hermano suyo que se llamaba Napoleón, nombre muy raro entonces y que intrigó desde el primer momento a sus nuevos amigos. Napoleón, pues, fue presentado en el hogar de su futura cuñada. Su condición de perseguido por los termidoristas, que lo habían separado del servicio militar ya que era también oficial del Ejército, daba a su persona una aureola de romanticismo que deslumbró en primer lugar a su propia cuñada. Al cabo del tiempo la madeja se había enredado de tal modo en casa de los Clary, que el pobre sedero, padre de las muchachas, estaba a punto de pensar que sus hijas habían perdido el juicio.

Porque Napoleón, el hermano que al parecer era un hombre enérgico, había decidido que su hermano José se casase con Julia, ya que él, Napoleón, se había enamorado de Deseada.

El 1 de agosto de 1794 se casó José Bonaparte con

Julia Clary, matrimonio que unía a dos personas modestas de momento. Con el tiempo, ambas estaban llamadas a ser, entre otras cosas, nada menos que reyes de España. En cambio, el matrimonio de Napoleón con Deseada se aplazó hasta que el joven oficial de artillería fuera repuesto en el servicio y pudiera afrontar con decoro su nueva situación de hombre casado. Entre tanto, el noviazgo continuaba. Y esta temporada, a orillas del Mediterráneo junto a su dulce amada, debió de recompensar a Napoleón de todos los sinsabores que su desairada situación militar le ocasionaba.

Napoleón temía un porvenir modesto lejos de París. Un oficial sin empleo estaba destinado a la mediocridad. Cansado de luchar contra los fantasmas—decía—, no sabía siquiera quiénes eran sus enemigos, ocultos entre los mil escondrijos de la capital. Había nacido, sin duda, para luchar en campo abierto. Desesperado por la falta de noticias sobre su situación militar, hizo un viaje a París, con la promesa de volver junto a su prometida.

Y Napoleón no volvió más. Los acontecimientos de París le arrastraron lejos del idilio provinciano, y las páginas de la Historia iban a pasar ahora más de prisa para que, tras los capítulos sucesivos del general Bonaparte y el primer cónsul, se coronara Napoleón I emperador de los franceses.

Deseada, pues, le esperó en vano. Pero su situación en la vida también había cambiado. Ya no era la señorita modesta, la hija de un comerciante marsellés. Era la cuñada del rey de España. Su hermana Julia a toda costa quería casarla con uno de los grandes de la Corte napoleónica.

Deseada Clary, convencida de que el emperador la había olvidado, se casó con el mariscal Bernadotte. Y así, a lo largo de su vida, Napoleón vio siempre entre las sombras la mirada vigilante de su rival amoroso, que fue acaso su más inquietante enemigo. Bernadotte, mariscal del imperio, llegó incluso a desafiar la cólera de Napoleón en muchas ocasiones; puede decirse que en cuantas batallas tomó parte. Napoleón, en cambio, tan violento en ocasiones, apenas si se atrevía a replicarle, como temeroso de no sabía qué fuerza invisible que amparaba a su mariscal. Acaso el recuerdo de Deseada le turbaba.

El día que Bernadotte fue elegido príncipe heredero de Suecia, Deseada comprendió que se acercaba el final. No tardó mucho. Ya era reina ella también. Faltaba sólo un golpe decisivo. Y este golpe fue Leipzig. Su marido se pasó al enemigo y entró con los vencedores en París, mientras Napoleón, derrotado, salía para el destierro. El odio—nos recuerda Lenotre—es un amor decepcionado. La reina de Suecia lo comprendía al fin, y por eso, mientras París celebraba la caída del imperio ella debió llorar amargamente, oculta a las miradas de su Corte, lo mismo, lo mismo que había llorado años antes la señorita Deseada Clary.

## ADIOS AL MAR DE CHATEAUBRIAND

Un retrato de Simonet nos presenta a Chateaubriand a los dieciséis años. Con una belleza a lo Byron, en quien tan escondidamente influyó, se apoya en una roca en el primer término del cuadro, sosteniendo entre las manos la rama desgajada de un árbol. Otra cosa no hizo en su vida con tanta asiduidad como ésta de desgajar cuantas ramas iba encontrando a su paso. El mismo se nos antoja, a un siglo de distancia, como un ser partido en dos, según observa agudamente André Maurois. «Discípulo de Rousseau y enemigo de Robespierre, admirador de Bonaparte y enemigo de Napoleón, monárquico y rebelde a sus reyes, liberal y ultra, razonable y visionario, Chateaubriand fue durante cuarenta años un hombre cruelmente dividido.»

En el retrato de Simonet, al fondo, vemos las torres cilíndricas del castillo de Combourg. En vano este venerable edificio trata de serenar la mirada de águila del adolescente. En las redondas torres como chimeneas no se quemará todo el orgullo de su joven propietario, ya que más tarde, en la miseria del exilio, entre

las brumas de Londres, en aquel sotabanco que abriga su pobreza y al que sólo llega por una estrecha ventana la luz de un cementerio, se confesará a sí mismo, para aliviarse, que el orgullo es la virtud de los desgraciados. Pero toda la fuente inagotable de su vieja sangre bretona de noble acreditado no bastará para ocultar la mancha de negrero que lucirán más tarde sus carteles. Su padre, establecido en Saint Malo antes de nacer René, entregado con recóndita ambición al comercio turbio de la época, dará a la sangre del hijo el tinte de aventura que coloreará después toda su vida. El niño viene al mundo, en el propio Saint Malo, el 4 de septiembre de 1768, un día en que, como acompañamiento natural de vida tan borrascosa, «los rugidos de una tormenta llenaban de resonancias las viejas casas de la muralla». A lo largo de los años, como heredero de muy encontradas sensaciones, Chateaubriand mostrará junto a los gestos más desinteresados, como el de renunciar a los honores y dineros del Gobierno de julio, por ejemplo, los móviles con frecuencia mezquinos que empujaron sus constantes audacias, en las que todo atropelló puesto en el cruce doloroso de sus contradicciones.

Fue este mar que tengo ante los ojos el que vio nacer a Chateaubriand; el que le acompañó en su viaje a América cuando era un adolescente ambicioso, característica que no le abandonó ni aun en sus años maduros; el mismo mar que le llevó a las playas americanas, en su primer desembarco, para hablar con una joven esclava, encuentro que iba a quedar en su memoria con un cierto prestigio simbólico; el mismo mar, en fin, que le puso en contacto con aquel nuevo

mundo exuberante, del que había de tomar para sus libros toda esa cúpula de tupido entramado y hojarasca que cubre las selvas vírgenes y el romanticismo.

Este mar no ha de volverlo a ver hasta pasados veintitrés años, cuando va a Londres de embajador de su país. Allí, en Londres, da a su cargo tal suntuosidad, que parece acuciarle sobre todo el afán de olvidarse de los años pasados en la misma ciudad como humilde y fracasado traductor. Los ingleses, impávidos, no se sorprenden de tan estudiada ostentación. La época les va enseñando que los gestos en el continente empiezan a ser exagerados. Más parecen sorprenderse las inglesas de la fama donjuanesca del embajador francés, tratándose de hombre tan desmedrado y falto de estatura, si bien—aclara su biógrafo Maurois—se le juzgaba así «en un país de gigantes». Las damas, sin embargo, no saben reprimir su primera y decepcionada impresión ante «el divino», y hasta llega la crueldad de una de ellas a describirlo como «un jorobado sin joroba». Pronto el fogoso vizconde, sin embargo, había de seducirlas con su corazón apasionado.

De Londres regresa a su patria, arrojado a la costa natal por uno de aquellos oleajes políticos que tanto zarandean durante ochenta años su fatigado cuerpo. Se quedará entonces por mucho tiempo tierra adentro, enraizado en las disputas de los hombres, lejos de las olas del mar que mecieron sus primeras ambiciones. Sólo recordará a «su gran amigo», de nuevo, poco antes de morir.

Le ve por última vez en Dieppe, y, aunque viejo y cansado, la visión del mar le turba tanto que corre a refugiarse en los brazos de su Julieta. No lo volverá a

ver más. Pero el día de su muerte escucha un rumor que se parece mucho al de las olas, según la literatura romántica de la época. Es el rumor de la revolución que destrona a Luis Felipe. Lo escucha un momento, medio se incorpora en su sillón de moribundo y dice: «Quiero ir.»

Es decir, quiere ir al mar de nuevo, al mundo agitado y sus luchas, en el instante mismo de su muerte, y por eso su tumba está hoy en Saint-Malo sobre una roca que baten las olas noche y día.

Es el homenaje a su juventud. Su primer viaje a América es como un poema clásico. Atado voluntariamente al palo mayor del velero en que navega, se enfrenta con la tempestad, desafiando a gritos vientos y olas. Y este fragor de mar embravecido, este alto oleaje le quedará ya zumbando en los oídos como un acicate. Distinguirá sin embargo, pese a tanto ruido como su vida levanta, la voz más dulce de su tiempo, la voz de Julieta Recamier.

Quizá sea éste el espectáculo más conmovedor en la vida de Chateaubriand. Pasan los años, pasan la política y sus ingratitudes, se pierden en el hastío las mil y una infidelidades, se ajan los laureles en un tiempo frescos, sube o baja la marea del nombre o de la fama... No importa. Allí está Julieta, esperándole siempre.

Le fue incluso más fiel que el mar, porque le abandonó después. El día de su muerte, los alumnos de las escuelas de París que velaban los restos del glorioso poeta vieron a una anciana, ya ciega, que apenas contenía el llanto, arrodillada en un reclinatorio. Era madame Recamier.

## LA AMISTAD QUE PUDO EXISTIR

La Historia, en realidad, no debiera ser únicamente el relato de los hechos que sucedieron, sino también el de los hechos que pudieron haber sucedido. El fluir secreto de la vida actúa con frecuencia para que dejen de darse unas circunstancias que lógicamente debieron producirse. Sería, por tanto, largo y apasionante el libro dedicado a narrar todo lo que no pasó en el mundo, que pudo haber pasado: las personas que se cruzaron sin conocerse y que debieron haberse conocido, los seres que no se encontraron jamás, sin adivinar siquiera sus comunes preocupaciones y sentimientos; todo hecho, en fin, en cuya definitiva suerte jugó el azar y al que muchas veces una trivial circunstancia torció y dirigió por otro camino. A esta clase de hechos increados pertenece la amistad, que no existió nunca, entre Lamartine y Musset.

Pocos hombres, sin embargo, tan llamados a comprenderse y completarse. Todo lo que el primero anota con extrañeza del segundo en el estudio que le dedicó, nos muestra claramente lo que al primero le faltaba.

Lo mismo hubiera sucedido de haber sido autor Musset de un estudio sobre Lamartine. A la imperturbable espiritualidad de éste no le hubiera sentado mal un poco del arrebató de Musset, «ese calor y frío de sus versos», como dijo el autor de las *Meditaciones*, siempre preocupado por la temperatura humana de la poesía, que en el fondo le horrorizaba. La alegre sensualidad del exquisito Alfredo, sobre todo el de la primera época, tenía que disgustarle. «Me ha ocurrido frecuentemente—anota Lamartine—, cerrando el volumen del *Don Juan* de Byron, las sátiras, casi siempre sacrílegas, de Heine y, algunas veces, las poesías demasiado juveniles, demasiado rabelescas, de Musset; me ha ocurrido, repito, comparar la impresión que había recibido de estos volúmenes con una *Morgue* del pensamiento, donde se va para reconocer y contemplar, con repugnancia y disgusto, las cosas muertas y en estado de descomposición del corazón humano.»

Lamartine, con Chenier, con Hugo, con Vigny, se había quejado en verso preferentemente de limpias desventuras ideales. Parecían haber nacido todos para componer unos graves himnos sobre los sentimientos más nobles. Proclamaban a Byron el poeta de los sentidos porque ellos aspiraban a ostentar la gloria de ser los poetas del alma. De espaldas a Rabelais, desdñando la sonrisa, la ironía o el desenfado, aquello que no fuese triste o lacrimoso, siempre en el terreno del espíritu, tenía forzosamente que parecerles inmoral.

Mal armonizaba, pues, en este concierto de hombres serios la vida desenvuelta de Musset, con su «silencio modesto y habitual en medio del confuso tumulto de

una sociedad habladora de mujeres y de poetas», pero arrebatado hasta el desenfreno en su intimidad escandalosa. «Te beso en el corazón», decía a una de sus amadas, justo en el momento en que Lamartine caía postrado ante la tumba de una desconocida, de quien apenas se había atrevido a respirar el mismo aire.

Más tarde, las penas del mundo y sus desencantos habían de transformar la alegre fisonomía del autor de *La noche veneciana* en el rostro grave del autor de las *Noches*, quizá la obra más bella del Romanticismo francés. «La tristeza vino con los años—anotará entonces su censor—, y con la tristeza vino la verdadera poesía.»

Lamartine y Musset, vistos a un siglo de distancia, completan, perfectamente acordes hoy, ese movimiento poético que para bien o para mal desataron los vientos del Romanticismo por los años veintinueve y treinta. Ninguna diferencia fundamental existe entre ellos para nosotros, sus lectores lejanos, en cuanto a sus características actitudes ante la vida. Pero los dos, llamados por la posteridad a completarse, no se conocieron en vida.

Pocas y vagas referencias personales nos da Lamartine de su contemporáneo: «Hugo y Nodier me hicieron fijarme en él como en una sombra que alcanzaría algún día el nombre de un hombre...» «Le vimos por esta época una o dos veces, perezosamente echado en la sombra..., sobre un diván de la sala oscura de Nodier...» «Más tarde me encontré una o dos veces sentado a su lado en las sesiones de la Academia Francesa: reconocí su mismo semblante, pero alterado por los sufrimientos...»

CLAUDIO DE LA TORRE

Nada más que una o dos veces. Siempre así. La vida en tanto se les acaba. No había tiempo para empezar de nuevo. Pero quizá al saludarse ceremoniosamente en los raros encuentros puede que los dos pensaran, no sin igual melancolía, en la amistad que pudo existir.

## CIRCULO MAGICO

El 7 de octubre de 1849, a la edad de treinta y siete años, el poeta Edgar Allan Poe muere en la ciudad de Baltimore.

Había nacido el poeta en la misma ciudad donde murió. En su corazón iban a juntarse dos sangres distintas: la que recibía de su abuelo, héroe de la independencia americana, gran amigo de Lafayette, sangre que continuaba alimentando a una de las familias más honorables de la naciente capital del Estado de Maryland, y la otra sangre, menos representativa del pasado, si bien cargada de alegres presagios, que era la de su madre, la actriz inglesa Elisabeth Arnold.

He aquí, pues, la primera paradoja de su vida: recibía la tradición de América, país sin tradición, mientras la vieja Inglaterra, saturada de siglos, sólo le ofrecía el mañana incierto que tanto debió inquietar a la bella comediente. Para afrontarlo con más probabilidades de éxito decidió Elisabeth casarse con Daniel Poe, futuro padre de Edgar, y, por añadidura, hacer también de su marido un actor, con la consiguiente ventaja

de un sueldo menos en la nómina de la compañía. Pero los proyectos que así nacen, movidos por el optimismo juvenil de una feliz pareja, tienen a veces el inconveniente de que no llegan a realizarse, o de que se quedan con frecuencia a mitad de camino. Elisabeth y Daniel mueren casi al mismo tiempo, dejando en la ciudad de Richmond, donde la muerte les sorprende, a tres huérfanos de corta edad. Uno de ellos era Edgar.

Desde entonces, las dos sangres rivales del pequeño Poe empiezan a hacer de las suyas. Turbulentamente mezcladas dan al poeta desde sus primeros años una irresistible simpatía. Así se explica que se ganara el cariño y la adopción de un rico comerciante, Mr. Allan, nombre que coloca entre sus dos legítimos como para separarlos convenientemente.

La aparición del nombre de Allan en la vida del precoz muchacho parece señalar el comienzo de sus desventuras. Educado como un rico heredero, pronto desbordará su corazón esa «abundancia casi siniestra de pasiones» de que nos habla Baudelaire.

Estudiante en Londres, en el viejo colegio que retratará después en *William Wilson*, vuelve a Richmond a continuar sus estudios, ingresa a poco en la Universidad de Charlottesville, asombra a maestros y condiscípulos con su inteligencia portentosa, enfurece a su padre con una deuda de juego no menos sorprendente y, como reacción ante la trifulca familiar, decide alistarse como voluntario en la guerra de griegos contra turcos. Parte efectivamente para Grecia. Hace la guerra y se dedica a estudios clásicos. Viaja desordenadamente por Oriente. En Rusia provoca un escándalo de misteriosa

clave, aún no descifrada. Vuelve a América. Ingresa en la Academia Militar de West-Point, de donde terminan expulsándole por su constante indisciplina. Muere la señora Allan, su madre adoptiva. El señor Allan se consuela pronto casándose de nuevo con una jovencita. Edgar Poe abandona el hogar definitivamente, envuelto esta vez en una historia que acaso no pasó de ser pura inventiva.

Desde entonces la vida del poeta es más contradictoria aún. Su fama de hombre extravagante entregado a la bebida y a toda suerte de imaginaciones diabólicas escandaliza a la puritana sociedad de su tiempo. Baudelaire, su más fiel y apasionado biógrafo, anota lo siguiente: «De todos los documentos que he leído saco la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe más que una cárcel inmensa... y que su vida interior, espiritual, de poeta y hasta de borracho, no fue más que un esfuerzo constante para escapar a la influencia de aquel ambiente.»

Sea lo que fuere, lo cierto es que el juicio moral de sus contemporáneos le fue adverso. Sin embargo, el propio Baudelaire, tan extravagante también como ser humano, nos va señalando en la vida del gran poeta americano toda una serie de sentimientos exquisitos. Por lo pronto, sus más caras predilecciones: la vida al aire libre, el amor a la mujer, la ausencia de toda ambición y la creación de una belleza nueva. En los cuentos de Poe—observa—no aparece nunca el amor. Ligeia, Eleonora, no son tales heroínas de amor, como no lo es tampoco Berenice. Diríase que no consideraba la prosa como una forma de expresión «a la altura de

ese casi intraducible sentimiento, ya que sus poesías, al contrario, están saturadas de él». Sus retratos de mujeres brillan con una luz sobrenatural, aureolados de reverencia. Jamás en sus libros hay una frase obscena. Llegado el momento de casarse, el poeta tenebroso elige para compañera de su vida a una prima suya, dulce y sencilla, que se llamaba, además, Virginia. Del amor que supo inspirarle y del dolor que le causó su muerte nos da testimonio el entrañable poema de *Annabel Lee*. Llegado el momento de la miseria fue la propia madre de su mujer, la admirable Mrs. Clemens, quien le abrió los brazos. Llegado el momento de morir se emborrachó una vez más y cayó para siempre, vencido por el *delirium tremens*, en una calle de Baltimore.

No fueron sin embargo sus vicios, ni siquiera sus virtudes, los que debieron hacerle tan odioso a los ojos de sus contemporáneos. El motivo era más hondo. Porque lo que quizá no se le perdonó jamás al extraño poeta fue la libertad, la claridad y la precisión con que se atrevió a establecer «la excepción en el orden moral».

Han pasado ya más de cien años de la muerte de Poe, pero la gente de mi generación volverá a encontrar fácilmente en un recodo de su juventud, en cualquier lugar deshabitado de la memoria, a este raro poeta que tanto amó la soledad y que tan buena compañía le hizo en las primeras horas de lectura. Es cierto que después volvió el poeta a quedarse solo, sentado al borde de los recuerdos, mirándonos con sus ojos extraños para ver cuánto nos alejábamos; pero siem-

pre hemos vuelto la cabeza para saludarle desde lejos, como a un amigo del que cuesta trabajo despedirse.

Pocas personalidades tan curiosas como la de este alucinante escritor. Su más apasionado biógrafo, el poeta Baudelaire, fue el primero en señalar que «sus extraños originales parecían escritos para demostrar que lo raro era uno de los elementos integrantes de la belleza». Aludía así preferentemente a sus cuentos fantásticos, cuyos ecos de ultratumba habían de resonar también en sus más íntimos poemas. Lo vemos, pues, moverse atormentado dentro de un círculo de fuego.

Estudiante de una inteligencia portentosa—su curiosidad le llevó hasta mostrar aptitudes excepcionales para las ciencias físicas y matemáticas, tan alejadas de sus disciplinas literarias—, fue expulsado, sin embargo, del colegio inglés donde se educaba. Cadete fracasado en la Escuela Militar, se portó, sin embargo, como un brillante soldado voluntario en la guerra contra los turcos. Viajero vagabundo por Oriente, entregado al parecer al estudio de las orillas clásicas del Mediterráneo, sorprende de pronto a sus contemporáneos con un ruidoso escándalo en el propio corazón de Rusia.

Conoció la miseria hasta la más degradante mendicidad, pero a los veintidós años dirigía en Richmond la revista literaria más importante de su tiempo. Tuvo, en fin, una turbulenta vida de aventuras amorosas; pero terminó por casarse con una prima suya, limpia y honesta. Su vida fue, pues, como un dar vueltas frenético alrededor de un punto equidistante entre miserias y virtudes, como un correr alocado detrás de sí mismo, sin posible alcance porque el círculo estaba ya

## CLAUDIO DE LA TORRE

cerrado en su extraño corazón como en una circunferencia mágica.

Por eso nace y muere en el mismo sitio, en Baltimore, donde apenas vivió y adonde pensó ir a morir. Y de una a otra fecha, su vida, sólo transcurren treinta y siete años.

## DERROTA DE SCHUMANN

Pocos como Schumann supieron precisar, si es posible hablar así de lo inefable, esa frontera ideal del hombre con su mundo. «Al fin y al cabo—escribe en 1829—, sólo somos del todo felices cuando nuestro corazón late al unísono con la naturaleza.» La lucha del hombre con el músico, en su caso, a fuerza de ver con claridad la línea divisoria llega a convertirse en el dramático impulso que mejor mueve su inspiración. Allí, en el «montoncito de música», como él la llama, no sólo están las penas ocultas sino todo su corazón de hombre ingobernable. Por eso le era posible entenderse fácilmente con otros grandes corazones sin gobierno. «Tres cosas—nos dice Nietzsche en su epistolario—me distraen y me hacen reposar de mi tarea, aun siendo extrañas distracciones: mi Schopenhauer, la música de Schumann y mis paseos solitarios.»

Schumann sabe exactamente dónde empieza su vida y dónde empieza su música. Aquella hermana, Emilia, que un día se arroja al agua, ahogándose, cuando apenas tenía veinte años, le señala ya oscuramente el final

de su destino. Otro día, pasados los años, él se arrojará también al Rin en un salto frustrado hacia las sombras. Pero la música, la que le urge empezar porque el tiempo perdido ya va siendo largo, él también sabe dónde se encuentra, y para alcanzarla ha de transponer una vez más la frontera ideal que le separa del mundo. Allí, al otro lado, está Clara, el amor de su vida, la fiel inspiración. Ella le dictará su música. En una de las cartas del largo noviazgo le escribe: «Algunas veces oigo música en sueños: debe ser tuya.»

Esta doble visión de su mirada acaso dé a su música ese equilibrio raro que hace que nuestra congoja se contenga, como si el panorama del dolor humano tuviera también su serena explicación. No le abandona jamás la clarividencia, ni cuando parece distraído. Un día, en Leipzig, va de paseo a Connvitz con Clara. La excursión ha sido deliciosa. Clara no ha cesado de repetirle que es feliz. A lo largo del camino hay muchas piedras que dificultan el paso. Como Schumann tiene la costumbre de ir mirando hacia el cielo mientras habla, Clara se pone a su lado para guiarle por el camino.

Pero es el mismo Schumann quien refiere esta excursión a su madre en una carta que le dice: «Clara se pone junto a mí y me coge de la levita a cada obstáculo para que no me caiga, y es ella, en cambio, la que tropieza.» Así este hombre, aunque mirase al cielo, no perdía de vista a la tierra.

No escapa a sus ojos ninguna realidad. Al quejarse de la falta de dinero en sus años de Heidelberg enumera pacientemente que tiene que «comer, beber, tocar el piano, fumar, asistir a las clases, comprar libros y música, y todo esto sube mucho. Luego hay los mal-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

ditos bailes (con disfraz obligatorio), las propinas, la suscripción al museo, los cigarros (una cosa seria), el afinador, la lavandera, el limpiabotas, las velas y el jabón, y las bebidas que de cuando en cuando tengo que aguantar, todo lo cual me llevaría a la desesperación si no estuviera ya en ella».

De este implacable don de observación nace seguramente el crítico escrupuloso que fue Schumann. De la misma índole realista son también sus terrores a la epidemia del cólera en 1831, que cuenta en una carta a su hermano Julio, anunciándole con infantil espanto que considera «una obligación huir». «Salto de la cama veloz como un gamo hacia las cinco de la mañana—escribe en 1832—y me consagro a mis cuentas y a mi correspondencia.»

Lo malo era con todas estas cosas que la música desbordaba su alma y que había que encauzarla entre la vida que tanto amó y que tan feliz le hizo muchos años, y aquella otra zona misteriosa que le aguardaba bajo las aguas. Fue ése el momento en que perdió la línea divisoria, en que se precipitaron los dos mundos uno contra otro. Schumann, sintiéndose invadido por lo que había hasta entonces dominado, no tuvo fuerzas para resistirlo. Nada era más distinto de sus sueños que el laberinto de la locura.

## DICKENS OTRA VEZ

Maurois, biógrafo de Dickens, nos cuenta que así como el despecho de Byron al verse rechazado por Mary-Ann Chaworth convirtió al diabólico lord en un don Juan vengador del ultraje, que hizo pagar bien caro a las mujeres que luego conociera, en cambio Dickens, repudiado por María Beadnell cuando el escritor tenía apenas veinte años, se contentó con convertir a la ingrata en el tierno personaje de Dora de su *David Copperfield*.

Esta graciosa observación, tan definidora de la pena y el despecho, no sólo marca las diferencias temperamentales de ambos escritores, sino que señala el doble camino que se abre en el XIX a la creación literaria. El Romanticismo, ya en los puestos avanzados que logran tras una ruidosísima preparación artillera sus obras maestras, entre las que no cuenta precisamente el *Don Juan* de Byron, ha de luchar con denuedo por conservar sus posiciones hasta las postrimerías del siglo con cohetes tan luminosos que sólo tenían pólvora. Mientras, pese al ruido infernal, empiezan a oírse

otras voces aisladas, tremendamente personales, llenas de esos problemas específicos que plantea la gente que sólo sabe dialogar con sus vecinos. Voces que llegarán, sin embargo, a dominar la algarabía. Entre las tímidas y entrecortadas se destacarán distintamente las que animan ese mundo de viejos y de niños de Carlos Dickens, que ya van por el otro camino de la literatura del XIX.

A algunos de sus personajes conoció Dickens en la cárcel; con otros tropezó en la larga carrera de penalidades que fue su infancia. Todos, incluso los que llegaron después, rodearon su vida como quien contempla un espectáculo. Ellos nos cuentan mejor lo que fue Dickens que lo que Dickens nos dice de ellos. Su creación literaria es tan escueta porque son sus personajes los que se encargan de explicarnos al escritor. Dickens, podríamos decir, es el gran tema literario de Dickens. Por eso redujo el mundo a su personal congoja o alegría, común a todos los hombres. Por eso le entendieron rápidamente.

Su biógrafo Forster cuenta que todo este sentimiento personal lo vertió gota a gota en su gran novela autobiográfica *David Copperfield*, y que al hacerle observar que las iniciales de los nombres de título y autor se correspondían, aunque invertidas (Carlos Dickens = David Copperfield), el escritor quedó muy impresionado. Sin darse cuenta se encontraba ante un espejo que le devolvía su verdadero rostro.

El éxito del pequeño David fue fulminante. Con su orfandad a cuestas, como el atillo sujeto a la espalda con que van todos los viajeros por los caminos de los grabados románticos, se dispuso a dar una vuelta al

mundo, que no ha terminado todavía. Dickens lo vio partir, pues tuvo la suerte de enterarse de su gloria.

Hay una palabra para definir a Dickens y para definir también a Mr. Dick, otra de sus felices creaciones: el optimismo. De Mr. Dick es el retrato siguiente: «Levanté la vista hacia las ventanas y vi asomado a un caballero de rostro agradable y sonrosado, de cabellos grises, que me guiñó un ojo de un modo grotesco, haciéndome dos o tres movimientos contradictorios con la cabeza. Tan pronto me decía que sí como que no, y, por último, echándose a reír, desapareció.»

En este caballero de rostro agradable y sonrosado puede descubrirse fácilmente la auténtica fisonomía del optimismo. Porque el optimismo no es la alegría. No se puede ser alegre ante la adversidad, en los malos momentos, en la desgracia. Eso sería monstruoso, y mister Dick no es un monstruo, sino un arquetipo humano. Lo que se puede ser en los trances más amargos es optimista; esto es, esperar que las cosas cambien y que «todo sea para bien».

Mr. Dick tenía pocas ocupaciones en la vida: aconsejaba a miss Betsey, le ayudaba a espantar los burros cuando éstos tenían el atrevimiento de invadir la pradera y, por las tardes, frente al mar, en las horas luminosas del verano lanzaba al aire sus cometas. Así, sujeto con firme pulso el cordel de la cometa, sondeando los cielos, de cara a la inmensidad de unas olas que corren con la brisa nos gusta imaginarnos a este breve personaje tan suave. Más que su optimismo, más que su risueño contemplar de la existencia, hay en él una característica que lo define mejor y que nos lo hace aparecer, en esta hora dramática del

mundo, como un ser entrañable: Mr. Dick es un hombre inofensivo.

En 1848 se iluminó por primera vez con luz eléctrica la plaza de Trafalgar, de Londres. A presenciar el acontecimiento iría seguramente el matrimonio Dickens con sus hijos. Quien hubiese visto aquella noche a la numerosa familia, pródiga en infantes, iluminada por luz tan especial, habría tenido una visión perfecta de lo que iban a ser los libros del gran novelista. Sacar la familia a la calle y exponerla a la luz más sorprendente habría de ser su ocupación favorita. Tanto, que al separarse de su mujer en 1858 no vaciló en publicar sus disputas domésticas en un periódico, con gran consternación de su fiel Forster. Esto, luz y domesticidad, era lo que daba a sus relatos esa claridad determinada, entonces nueva, destinada a iluminar con el tiempo todos los hogares del mundo. El mismo Dickens se presentó más de una vez ante su público como actor a la luz vacilante de las baterías. *Cada uno según su carácter*, de Ben Johnson, fue la comedia que lo consagró, como no podía ser menos a juzgar por el título.

Dickens, como decía, fue el gran tema literario de Dickens. No falta en casi ninguna de sus páginas. Por eso sus libros—él en persona—son bien recibidos en las veladas familiares. Hombre cordial, buen narrador de cuentos, estará siempre presente allí donde haya una noche de invierno, una chimenea encendida y esa ilusión que brota de la vida en las horas de paz. Por eso en las noches de diciembre, al filo de las doce, llama a nuestra puerta con su bastón de nudos.

## VISPERAS DE LA NIEVE

Del árbol de Noel caerán en diciembre los primeros copos para enfriar, días después, las arenas del desierto pegadas a los cascos de los caballos y el calor escondido entre las lanas de los camellos que forman el cortejo de los Reyes Magos.

Por el sendero de diciembre llegarán los primeros amigos de nuestra infancia. Delante vendrá David Copperfield. Contrasta su andar serio, su sonrisa triste de niño educado en la prisión, con el revuelo y los saltos de sus compañeros. A su lado, vigilándole, irá don Carlos Dickens con la barba salpicada de ese aserrín verde con el que se empaquetan los juguetes ingleses.

No podía faltar su visita anual. Le esperamos ya con el libro abierto por esa página, tan repetida en sus novelas, en que una jovencita muy dulce, de hablar entrecortado, nos dice sin embargo las cosas más claras de entender. Si fue o no fue su cuñada Mary Hogarth quien le inspiró este personaje, quede el dilucidarlo para otra época del año.

En ésta necesitamos la imaginación en paz, ya que

no podemos disfrutar del mundo en las mismas condiciones, y pocas lecturas tan tranquilizadoras como las de los libros de Dickens. Pese a las desdichas que acompañan con frecuencia a sus personajes, todos ellos respiran como una superior ignorancia de inquietudes más distantes fuera del área de la escuela o la parroquia. Hasta estas dos instituciones parecen fijar los límites extremos de los conocimientos del novelista. Nada de guerras ni de Estados. «Es algo sorprendente—nos dice uno de sus biógrafos—que en el universo de Dickens no existan ni Ejército, ni Marina, ni Parlamento.»

Se ha dicho muchas veces que Dickens idealizó a sus seres, pero lo cierto es que ellos nos han proporcionado también bastantes fotografías de la vida. Flaubert no debió entenderlo así porque lanzó contra su ilustre contemporáneo la grave acusación de faltarle amor al arte en sus novelas. Con arte o sin él, el pequeño David viene a vernos todos los años por diciembre.

Dickens no entra con su ahijado en nuestra casa, pues prefiere quedarse en el jardín. Así fue su gusto siempre. Aquella tarde trabajó tanto en el suyo, en Gad's Hill, que sólo entró en la casa para morir. Cuando su cuñada Georgina, al verlo tan fatigado, le dijo: «Ande a acostarse», él respondió: «Sí, en el suelo.» Y cayó moribundo en el piso, como buscando la tierra del jardín.

Otras razones más íntimas puede ser que también lo mantengan alejado de la gente. Son sus escrúpulos sociales, a los que él concedió tanta importancia que los hizo merecedores de sus ataques.

Dickens tuvo una vida familiar bien agitada. Pero

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

fue en ella, precisamente en su vida inmediata, donde debió de aplicar sus grandes dotes de idealizador. No pudo sacar mucho partido de la soñolienta señora de Dickens, de quien al cabo se separó; pero ahí queda como personaje vivo, para siempre, el de su cuñada Mary, muerta a los dieciséis años, al poco tiempo de vivir con el matrimonio. «Sueño con ella cada noche», nos dice en una de sus confesiones. En realidad, dado lo poco que se conocieron sólo debió de tener el tiempo justo para idealizarla. A su otra cuñada, a Georgina, «el mejor amigo que un hombre haya podido tener», según palabras del novelista, le deja al morir su fortuna y todos los recuerdos personales, sin que jamás empañara ningún turbio deseo la admiración que por ella sentía. Más curioso es aún el caso de María Beadnell. Rechazado por ésta a los veinte años como enamorado, la ingrata vuelve a él al cumplir Dickens los cincuenta. Es ahora una mujer gorda y sosegada. Pero Dickens, que ha de hacer forzosamente un viaje a París a poco del encuentro, le escribe desde allí hasta dos cartas diarias, inflamadas de espiritual pasión.

Es muy probable, por tanto, que Dickens, conforme a la opinión de Flaubert llevara poco arte a sus libros, en los que procuró afanosamente, aunque con técnica sumaria, reflejar la realidad, reservándose en cambio los sueños para su propia vida. Lo cual, bien mirado, no es quedarse con la peor parte.

## «TORNERANNO LE OSCURE RONDINELLE»

En 1954 se cumplió el primer centenario de la llegada de Gustavo Adolfo Bécquer a Madrid. El joven poeta llegaba a la corte, según frase de Mario Penna, su biógrafo italiano, «con dieciocho años y dieciocho duros», requisitos ambos indispensables para poder sentirse en plena juventud. Su tío, el pintor Joaquín Domínguez Bécquer, le había pagado el viaje de Sevilla a Madrid en «la galera acelerada», para que, con la mayor rapidez posible se consagrara por entero a sus versos, abandonando los pinceles.

Para conmemorar este centenario, el editor Vincenzo Bona, de Turín, no vaciló en rendir el más preciado homenaje que puede dedicarse a un poeta al publicar en edición de lujo, numerada, revestida de adornos tipográficos con románticas reminiscencias, una selecta antología de la obra becqueriana, en prosa y en verso, a más del ensayo biográfico de Mario Penna que inaugura sus páginas.

No saben estos amigos hispanófilos lo que con su delicada cortesía hacia la figura de nuestro gran ro-

mántico han podido contribuir al más exacto conocimiento del fino espíritu de Gustavo Adolfo. Porque si a éste le faltaba algo para que sus versos se convirtiesen del todo en pura música, en pura música que acompaña un verbo melodioso, ese algo era, sin duda, el ser traducido al italiano. Bécquer en italiano es más Bécquer que nunca, y acaso no haya más cumplida prueba de este aserto que su propia rima inmortal.

Tornerano le oscure rondinelle  
al tuo balcone, i nidi ad entrecciar,  
e un'altra volta ai vetri, con le ali  
giocando batteran;  
ma quelle che indugiavano i lor voli  
te bella e me felice al contemplar,  
quelle che imparavano i nostri nomi,  
quelle... non torneran!

¿Hubiera resistido el encanto armonioso de estos versos la misteriosa Elisa, tan esquiva al amor del poeta que aún hoy no nos es posible saber en cuál de las rimas se esconde?

No faltan tampoco en la edición italiana las alusiones más entusiastas a Sevilla, mantenida en pie su Giralda por los ángeles que la sostenían ya cuando el terremoto de 1504, cruzada por el laberinto de sus calles estrechas, «con el sol en lo alto y la sombra abajo», con sus recuas de mulas multicolores y sus caballos con paso de bailarina, viva estampa encendida sobre el blanco candor de las paredes. Tal era, entre otros aspectos, la vieja ciudad que Gustavo Adolfo abandonó un día para ir a correr detrás de la gloria por las calles de Madrid. Seguramente la hubiera vuelto a encontrar al cabo de los años, de tener más larga vida; pero el

ambiente, el aire perfumado y la luz de Sevilla fueron otros tantos bienes que el poeta perdió para siempre. ¿En qué otra parte del mundo—se pregunta el comentarista italiano—podía encontrar un sevillano el encanto de la dulce tierra andaluza, sobre la que vigila la Giralda, cargada de recuerdos?

Posiblemente Gustavo Adolfo no lo encontró en Madrid, ni tampoco en los numerosos viajes que hizo por España en compañía de Valeriano, el hermano entrañable, si hemos de entender por encanto esa paz espiritual que producen como por ensalmo ciertos ambientes.

No es la poesía de Bécquer la que deja en nuestro ánimo una impresión más melancólica, sino el recuerdo de su vida. Le vemos joven, pobre, lleno de ilusiones que nunca llegó a realizar, entregado a diálogos interminables con el hermano, con los amigos, sobre grandiosos proyectos futuros que habrían de solucionar forzosamente su vida. Y ésta se acabó un día cualquiera en plena juventud, cuando aún no había tenido ni tiempo de reunir sus versos en un libro.

En la edición de Turín hay un detalle conmovedor que puede perderse el lector precipitado. Entre las hojas del volumen, como al descuido, olvidado, encontramos un recorte de prensa, un trozo de *El Contemporáneo*, fielmente reproducido, en el que leemos las siguientes noticias de la época de Bécquer: el estreno de una comedia titulada *Marchar contra la corriente*, la suspensión de una corrida de toros por causa del temporal, la llegada a Madrid del conde de Stanchelberg, nuevo ministro plenipotenciario de Rusia; la dimisión del señor Inza como redactor de *La Verdad* y

CLAUDIO DE LA TORRE

el atascamiento de un carro en un bache de la calle de Hortaleza, esquina a la de Infantas, que tuvo interrumpido el tráfico durante largo rato. Entre la comedia y los toros, sin firma, anónimamente, el periódico publica también cuatro versos, titulados *A ella*, que dicen:

Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;  
por un beso... ¡Yo no sé  
qué te daba por un beso!

Es la famosa rima número veintidós del cuaderno de Bécquer, con la ligera variante del «te daba», que había de hacerse tan popular a la muerte del poeta. En vida de éste, como vemos, ni siquiera llevó su firma al publicarse, perdida como una noticia más entre los sucesos cotidianos del poblachón manchego que era entonces Madrid.

Se encoge el corazón ante vida tan humilde y sólo pueden consolarnos las propias palabras del poeta: «Padecer es vivir.» O, para decirlo en italiano, fiel a su dulce espíritu:

Amaro é il dolor ma però infine,  
anche patire é vivere!

## VIAJERO DEL MUNDO

Max Boehn, historiador de la moda, señala esta graciosa anécdota de la mitad del siglo XIX: «En 1849 —dice—comenzó Cook a organizar sus viajes colectivos desde Londres a París y estancia de una semana por ocho libras esterlinas, y su empresa se vio coronada por el éxito más extraordinario.»

Se hace aquí referencia a uno de los personajes más populares del mundo: el primer organizador de viajes turísticos, Mr. Thomas Cook.

En 1841, al inaugurar sus actividades, Mr. Cook había logrado reunir más de quinientas personas dispuestas a compartir los riesgos y venturas de una breve excursión por Inglaterra, lo que era entonces una novedad dados los arraigados sentimientos de independencia que fortificaban en aquellos tiempos el corazón de los hombres. Pero tardó aún ocho años más, pese a la ley económica establecida por su experiencia—a mayor reparto, menos gasto—, en decidirse a transportar al Continente el primer pelotón valeroso de turistas.

En aquel mediodía de 1849, en el puerto de Calais, el compacto grupo recoge por vez primera las miradas de asombro del vecindario. Nunca se había visto cosa semejante, salvo en las formaciones militares: cien, doscientas, mil personas de uno y otro sexo, sin riguroso uniforme, obedeciendo a una sola voz de mando. Míster Cook en persona, pues no abandonaba a su gente como buen general—con ocasión de su primer viaje a Italia se le llamaría «el Napoleón de los viajes»—, se disponía a invadir Europa con una nueva concepción de la vida. Hasta entonces, por otra fatal ley económica, las bellezas de la Tierra parecían estar reservadas a determinados sectores pudientes de la sociedad. No faltó algún que otro distinguido representante de estos privilegios dispuesto, a su vez, a lanzar la voz de alarma. Desde aquella honorable dama escocesa que declaraba al propio Mr. Cook que el vasto mundo debía ser únicamente un lugar de recreo para los exquisitos, hasta el novelista contemporáneo Charles Lever que se encargó de ridiculizar las primeras excursiones. «El rebaño de ovejas en torno al perro del pastor»—el grave Mr. Cook—fue inventiva malévola del citado escritor al tropezarse un día con los ingenuos excursionistas contemplando extasiados una fuente romana.

Otro novelista, Mr. Dickens, conoció también a nuestro biografiado. Le descubrió en su oficina de Londres hacia mil ochocientos setenta y tantos, y debieron los dos entenderse rápidamente. A Mr. Cook, en el fondo, no le gustaba viajar solo. A Mr. Pickwick, tampoco. Los alegres viajes de éste, rodeado de amigos en busca de

sorpresas y aventuras, encontraron amplio desarrollo en la organización turística. Por eso se ha visto tanto en todas partes a Mr. Pickwick, *kodak* en mano, recorriendo a grandes zancadas las endiabladas ciudades pintorescas. La inglesa fotografiada en la plaza de San Marcos dando de comer a las palomas, la venerable dama que aún empuña con decisión su bastón de excursionista, los angélicos contables de la City, fueron sus compañeros habituales.

A todo este mundo que tenía sus sueños como dormidos lo supo despertar Mr. Cook con un mágico toque de su lápiz. Cuestión de números. Y se lo llevó primero a Europa, luego a la India, finalmente a América. Aquí tuvo un recibimiento apoteótico. Los periódicos, vistas las manifestaciones populares se apresuraron a aclarar que no se trataba del capitán Cook, el famoso navegante, sino de otro señor del mismo nombre, no menos famoso.

En su juventud, Mr. Cook perteneció a una liga antialcohólica a la que guardó fidelidad toda su vida, y, sin que pudiéramos explicarlo, lo cierto es que sus excursiones tenían siempre un tono de rigurosa sobriedad, digno de alabanza. Así, sobriamente, con sencillez, Mr. Cook contribuyó con eficacia a la política de su tiempo. La reina Victoria se afanaba entonces en reunir a la gran familia. (Que a esto después se le llamara imperio no fue culpa de sus sentimientos maternales.) No era, sin embargo, tan importante reunir la como que sus miembros se conocieran mutuamente.

En esta tarea Mr. Cook, viajero del mundo, fue un valioso colaborador. Enseñó todos los rincones del pla-

CLAUDIO DE LA TORRE

neta a cuantos quisieron verlos, mostró razas y gentes distintas a los ojos de sus contemporáneos y así fortaleció en la medida de sus fuerzas no sólo la idea imperialista, tan cara a su reina, sino aquel otro sentimiento más profundo en el corazón de los ingleses: el espíritu de equipo, de tan excelentes resultados.

## H. R. LENORMAND

El pequeño *Diccionario enciclopédico Larouse*, en su edición de 1935, no menciona el nombre del dramaturgo Lenormand. Sólo registra con este nombre, Lenormand, a la señorita María Ana Adelaida, nacida en Alençon, donde parece ser que se dedicó, desatendiendo seguramente la confección de encajes, a decir la buenaventura a sus paisanos allá en la primera mitad del siglo pasado.

No debe creerse por esto que el breve y popular diccionario consagre el mismo olvido a las figuras más destacadas de la escena francesa contemporánea. En su lugar correspondiente no sólo encontramos el nombre de Henry Bernstein, sino que leemos a continuación un entusiasta y contenido elogio: «Autor de piezas vigorosas.»

Y, sin embargo, pese a la indiferencia del señor Augé, director de la enciclopedia, hacia su ilustre compatriota, éste seguirá señalando por mucho tiempo la más alta cima alcanzada por la dramaturgia de la nación vecina en la primera mitad de nuestro siglo.

Lenormand queda hoy, para nosotros, en ese momento decisivo para la cultura en que el hombre empieza a dudar de la realidad que le rodea. No ha sido más que una fugaz advertencia el simbolismo de Maeterlink. No parece ser del todo cierto que el mundo espiritual sea la única realidad que tenemos delante de los ojos. Aún tiran hacia la tierra los conocimientos positivos. Pero cuando se trata de hablar de un personaje como Golaud de *Mélisande*, el autor no vacila ya en decir: «Era un pequeño ser misterioso, como todo el mundo.»

Pero éstos no son todavía más que anticipos—clarísimo en Maeterlink—de lo que el mundo espiritual llegará a ser un día en el teatro. Muy pronto, al terminar el siglo XIX, la materia empezará a quebrarse, a disgregarse. No era tan sólida como parecía. Por los resquicios inesperados puede ya sin dificultad entrar el alma. Una vez dentro, agitándolo todo, el mundo volverá a su Creador.

Pero mientras tanto hay que luchar. Son los años difíciles. Una naturaleza hostil o indiferente se resiste al empuje de los hombres. Y contra estas fuerzas ciegas, enemigas, que son las furias de un mundo que acaba, el hombre ha de enfrentarse con su destino.

Lenormand es el luchador de la primera hora. No sabe todavía que un día le han de decir que su vida será su propia obra. A él le basta con luchar. Se encara con el medio adverso y lo combate sañudamente. Si pierde siempre al final su determinismo, tiene una disculpa: él ha hecho lo posible por defenderse.

Sus personajes hablan y hablan. Apenas hacen otra cosa. Caminan siempre derechamente hacia la muerte; pero diríase que al autor le complace antes asfixiarlos

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

un poco. La acción, sustituida por un clima, es como una niebla que lo envuelve todo. Con una técnica mínima, reducida por lo general a una sucesión de cuadros y al empleo de un diálogo constante, va encerrando a sus seres en un laberinto sin salida. Con ser Lenormand el autor moderno que ha concebido con más frecuencia el lugar de la acción de sus obras al aire libre—el mar, las montañas, los caminos de nieve—, ha sido también, por contraste, el que ha suministrado menos cantidad de atmósfera respirable a sus criaturas.

Tiempo vendrá con el andar de los años en que el personaje de teatro irá horadando con su instinto la verdad que ansía. El análisis del psicólogo llegará a las zonas subconscientes a poco más que la Humanidad sienta la angustia. Pero en aquel comienzo de nuestro siglo, cuando el público se extasiaba por lo general con un teatro sujeto a los más blandos convencionalismos, vemos a Lenormand, a ciegas con su incógnita, en lucha constante contra unas fuerzas invisibles, a las cuales supo oponer brillantemente, como arma suprema, el hombre en libertad.

## EL LAPIZ Y EL RETRATO

En la primera vitrina de la segunda sala de trajes del Museo del Teatro de Madrid se conserva el lápiz con que don Jacinto Benavente escribió uno de los actos, el primero, de *La propia estimación*. Así lo atestiguan unas líneas de su puño y letra. Se trata de un lapicero dorado, de ovalada forma, en uno de cuyos lados se lee, grabado en metal: «Salón Pradera. Valladolid.» Sujeto por el lapicero está un trozo de lápiz amarillo con la mina casi del todo consumida. El lápiz está colocado en la vitrina junto al retrato de un niño de nueve años, imagen infantil, perdida en la distancia, de nuestro ilustre autor dramático.

Contemplamos esta fotografía. Es un niño serio, sin sonrisa, retratado en esa falsa postura en que se ha retratado siempre a los niños: el brazo izquierdo apoyado en una mesa que más parece una consola fuera de su sitio; el pequeño montón de libros junto al codo, para sugerir delicadamente la condición estudiantil del muchacho; la americana, con aire de casaca ribeteada; la media blanca, la bota alta rematada por una curva airosa, el enorme chisterón, especie de hongo abultado, pendiente de la mano derecha, sobre la rodilla. La

estampa se completa con una llamativa alfombra a cuadros y el fondo liso de una pared, sin siquiera un cuadro, como el lienzo de un decorado antes del ensayo general. Tal es la primera imagen de nuestro dramaturgo que se conserva en el Museo. El peso de los años, que no ha conseguido borrar esta imagen, no es hoy más que una leve bruma que apenas empaña la fotografía. Buscamos en los ojos, en la mirada fija, clavada en el objetivo de la cámara, la voluntad de los predestinados. Pero todo el rostro, la pequeña figura se nos aparece como la de un niño sin firmeza, de poca salud, posiblemente de no muy larga vida.

En cuanto al Salón Pradera de Valladolid que luce en el lapicero, nos lleva también a otra fecha distante. Debió de ser en los comienzos de nuestro siglo, en cualquiera de los años de la primera decena, cuando los salones Pradera distribuidos por España empezaron a abrir sus puertas a los miles y miles de aficionados al teatro que se agolpaban en sus taquillas. Sí; estampa distante, no con frecuencia repetida en los teatros de hoy. El salón mencionado se transformó con el tiempo en el teatro Pradera, existente aún, creo recordar, en el Campo Grande de Valladolid.

Hacé unos años se renovó entre un grupo de escritores la vieja polémica sobre el uso de la máquina de escribir aplicada a la literatura. No se especificó a qué género de la literatura, lo que hubiera aclarado un tanto el provecho de la discusión. No es lo mismo el andante narrativo de la novela, para el que el ritmo incesante de la máquina puede proporcionar un largo trecho de camino, que el diálogo breve, directo y contenido, tan necesitado de freno en todo momento—y

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

nada que cumpla mejor esta misión que el roce de la pluma en el papel—, del teatro contemporáneo. Acaso desde el punto de vista del estilo, de la sintaxis lograda, alguien encontraría mejor invertir los términos propuestos: para el teatro, la máquina de escribir, productora de un diálogo espontáneo, más simple, menos necesitado de bellezas. Para la novela, la pluma lenta, cuidadosa, recreándose en cada coma del paisaje.

Lo realmente inesperado es el teatro escrito a lápiz. La escritura con lápiz requiere un mayor esfuerzo de la mano, y si bien de este modo se garantiza el saludable uso del freno, no cabe duda de que hace más penosa la ascensión de la prosa por los grandes parlamentos. Salvo que se vaya subiendo poco a poco, de coma en coma, deteniéndose en los puntos suspensivos para respirar, volviendo de nuevo a desandar lo andado, a repetir nuestro paso por el mismo camino, del que podremos al fin salir abriendo unas tras otras las puertas sucesivas, como vallas, de los punto y coma. Un poco, en suma, articulada con esmero, como es la prosa de don Jacinto.

De la máquina y de la pluma no queda nada en realidad sobre el papel; sólo la tinta. Del lápiz queda todo: todo él se consume al gastarse su mina, la propia sangre de su cuerpo. Por eso quizá es el instrumento más dramático, el más apropiado para escribir teatro. Por eso y, claro está, por el evidente resultado que le proporcionó en su larga vida a nuestro glorioso dramaturgo.

## EL PINTOR INGLES CRISTOBAL HALL

Cristóbal Hall amaba el paisaje en que vivía porque la realidad inmediata le servía sobre todo para soñar. Y de su predilección por la tierra que pisaba nacían después esos campos dilatados, perdidos en la lejanía de un horizonte incierto, como se ven siempre en la espiritual congoja de los sueños. Nada, por tanto, más dudoso que la aparente serenidad de sus cuadros. De ellos, de sus paisajes, se ha eliminado por completo al ser humano. Sólo el artista y la tierra.

Pocos amigos tan fieles tuvo España como este pintor inglés desaparecido. De 1918 data su primera visita, y desde entonces no dejó de pensar en España. La abundante y continua correspondencia con sus amigos está llena de preocupaciones afectivas, de constantes interpretaciones de la vida que va descubriendo poco a poco, hasta llegar a ese total dominio del conocimiento de lo español que lo convierte en testigo tan veraz. Sólo que la verdad que nos descubre difiere con frecuencia de la verdad generalmente admitida, lo que da a su testimonio un valor nuevo. Su visión de

Andalucía, de esa Andalucía que apenas necesita de la tierra para expresarse, porque su luz y su color dijérase que apenas se apoyan en una leve realidad, es buen ejemplo de su hallazgo en región tan adornada de razas y de historia.

Cuando sus cartas se publiquen—si hay editor en España capaz de interesarse por esta clase de publicaciones—, la crítica literaria tendrá ocasión de hacer a su vez otro descubrimiento: el de Cristóbal Hall como escritor.

He aquí, pues, cómo tenemos aún la posibilidad de incorporar un nombre nuevo a la lista incompleta de las generaciones literarias que llenaron la primera mitad de nuestro siglo. Nombre desconocido, no sólo sorprenderá a los lectores la rara perfección de nuestro idioma en manos de un extranjero, sino que pronto le cautivará la viva originalidad de su prosa, su personal estilo.

Ninguno más apto que el de Hall, por su concisión y agilidad, para dar de pronto a la frase ese giro inesperado que nos conduce por nuevos caminos. Igual que en su pintura, ya que es la misma mano la que escribe, en sus cartas se observa también la eliminación de lo superfluo, de todo aquello que no dejar ver la tierra. En sus cartas, como en sus paisajes, brilla, en definitiva, esa luz irreal con que el verdadero mundo se ilumina, ese mundo que sólo ven los ojos cuando al mirarlo lo recrean.

Conocemos al pintor cuando viene por primera vez a España, terminada la guerra del 14. Francisco de Cossío nos lo presenta en Valladolid, vestido de gris, pintando un retrato del escritor en una habita-

ción que abría sus persianas verdes sobre la calle soleada, en calma, en una tarde de toros de la ciudad castellana. Cossío fue su primer amigo y nos ha dejado esta estampa viva del artista en aquellos años en que el siglo, aún en la infancia, se esforzaba por reponerse de la grave enfermedad sufrida con toda clase de recetas espirituales. Años hechos para la amistad, para el diálogo, para el libre cambio de inquietudes. De ellos salieron los más audaces movimientos literarios, pictóricos, poéticos. Parecía que la Humanidad, decepcionada por el fraude que venía a significar la guerra después de un siglo de predicaciones fraternales, buscara en la pura fantasía, como fuente de origen de sucesivos cambios, la destrucción de las reglas del pasado. En este ir y venir de las ideas, en estos cruces de información se formaron entonces extensos núcleos de amistad, gentes que se seleccionaban por instinto para avizorar, unidas, el espectáculo del mundo que se derrumbaba. Cobró nuevas fuerzas el ensayo, género que por su mayor alcance crítico había de contribuir poderosamente a la demolición de tanta ruina; y así, entre la piqueta levantada y la tierra dormida, volvió el mundo a incendiarse de nuevo.

En todos estos años, los que van del 18 al 36, Cristóbal Hall prefirió pintar. Vino a España y aquí pudo ser el divulgador de cualquiera de las tantas teorías que corrían por el mundo, pues las conocía todas por igual; pero decidió enfrentarse solo con la luz de Andalucía para fijar, en unas acuarelas impalpables, los colores que iba descubriendo. Su exposición del año 40 en el Museo de Arte Moderno de Madrid nos presentó un campo andaluz cuajado de matices, con cada color

en su sitio, despojado de las violencias escondidas bajo la luz cegadora. Tenía el pincel de Hall el don mágico de suavizar cuanto tocaba, por dura que fuese la realidad; pero esa aparente transformación de la materia se apoyaba siempre en la tupida red de su dibujo, que no perdía, ni en las más luminosas ocasiones, su condición vital de nervio. De este modo, entre los ojos y la mano del pintor se establecía esa zona combinada de fuerza y de dulzura que dio la tónica a su obra y a su vida. Eduardo Vicente, que fue discípulo y gran amigo suyo también, le debió de recordar seguramente al tropezarse con los negros de Nueva York, tan gitanos andaluces en sus actitudes si no hubiesen perdido el paisaje.

De un gran vigor intelectual, hecho de disciplinadas convicciones, Hall fue para sus amigos un inapreciable consejero. Comunicaba al hablar no sé qué especie de visión serena del mundo que todo lo aclaraba. Arte, filosofía, literatura, teatro, todo adquiría con sus palabras un significado preciso.

Cossío fue el primer amigo que lo vio entrar en España, pero yo fui el último que lo vio alejarse. Era el año cuarenta, cuando los alemanes empujaban en Europa hacia la emigración. Hall, inglés, vivía entonces en Francia. Inválido de la otra guerra, inútil total para el servicio militar de su patria, entró en España con los últimos fugitivos de la frontera. Vivió en Madrid unas semanas en nuestra casa, mientras preparaba los planes para el futuro. Entonces hablamos sin parar todas las horas del día, pues teníamos muchas cosas que contarnos. Hacíamos como un resumen precipitado de nuestras vidas, que pronto iban a separarse.

El me hablaba sobre todo de España con ese pudor de enamorado que ponía siempre en sus cariños. Hay rincones y libros en nuestra casa que han quedado para siempre unidos a su nombre. Su nostalgia de Andalucía, de Alcalá de Guadaira en la que había vivido muchos años, llegó en esos días a convertirse en una obsesionante tortura. «Nunca he sufrido tanto—escribiré luego—como cuando tuve que salir de España para venir aquí.»

«Aquí» es ya la isla de Jamaica, adonde se traslada. Inválido del catorce, mutilado absoluto, aquejado por las dolencias físicas de su naturaleza destrozada, la vieja isla antillana no calmará sus desventuras. La soledad y el silencio son ahora los temas frecuentes de su correspondencia. Los alude de paso, sin quejarse, porque su exquisita sensibilidad le impide cualquier confesión de tipo personal; pero es fácil imaginar a un ser tan dotado para el diálogo, reducido ahora al trato de una sociedad con la que apenas habla. Vive apartado, con los suyos, frente a una Naturaleza exuberante que llega a veces a irritarle. Es su única queja. «Este verde, este verde implacable en todas partes», escribe.

La guerra al fin termina y el pintor regresa a Europa. Una visita fugaz a España, en la que no ha dejado de pensar en todo este tiempo, para instalarse luego provisionalmente en Portugal, en espera de mejores días. Su idea fija continúa siendo España. Pero en su rincón portugués, en Caxías, vuelve a sentirse de nuevo entre nosotros y sus cartas reflejan un ánimo recuperado. Su última acuarela la pintó allí el 10 de febrero de 1949, y se diría que la pinta con la luz peninsular que recogiera en su primera visita, treinta años antes.

En Caxías le sorprende la muerte, que debió de entrar calladamente una noche, como un velero fantasma, por el pequeño puerto melancólico que nos dejó en uno de sus últimos lienzos.

Como Cristóbal Hall, por tanto, no puede ya oír lo que digamos de él, lo que no hubiese permitido en vida, bien merece su recuerdo una más extensa nota biográfica. Caso excepcional, sin duda alguna, el de este pintor extranjero que viene a España a visitarla y aquí decide establecerse, casarse y pasar tranquilo el resto de su vida, en esos años en que la paz del mundo, en apariencia estable, permitía a los humanos forjarse tan halagüeña perspectiva. En España se casa con Trinidad Japp, hija de española y del también pintor inglés y amigo de España Darsie Japp. De su vida entre nosotros sabemos casi todo: sus temporadas en Valladolid, su larga permanencia en Andalucía... En cambio, poco sabemos del pintor antes de su llegada a España, de lo que fue su niñez y su adolescencia.

Un día, acaso no muy tarde, cualquier calle apacible de Alcalá de Guadaíra llevará el nombre de Cristóbal Hall; quizá su busto decore un día cualquier rincón en sombra del Parque de María Luisa, de Sevilla; acaso un soleado jardín de Valladolid que conserve la misma luz de sus paisajes. Todo habrá de merecerlo este extranjero entrañable que vivió con nosotros, que pensó con nosotros y que nos ofreció lo más bello que tenía en sus manos: su pintura.

Bueno será, pues, ir recogiendo para entonces las noticias dispersas que podamos reunir de este amigo singular. Tarea nada fácil, porque él nunca sintió inclinación alguna por las confidencias, ya que fue siempre

hombre muy cuidadoso de no exteriorizar más que lo estrictamente necesario para pasar inadvertido.

Nace en Wye, en el condado de Kent. A los pocos años la familia se traslada a Rothamstead porque el padre, químico eminente, es ahora director del Colegio Nacional de Agricultura, uno de los más importantes centros de formación en Inglaterra. En Rothamstead permanecen los Hall hasta el año 1914, en que el jefe de familia se traslada a Londres, llamado por el Gobierno. Este le nombra secretario perpetuo del Ministerio de Agricultura; el rey le concede el título de *Sir* y le condecora, además, con la alta distinción de la Orden del Baño. En Londres la familia vive en Wimbledon, estrechándose por esta circunstancia la amistad de los Hall con otro vecino ilustre del distrito, el sabio Bateson, químico también, que tanto había de influir en la formación espiritual de nuestro pintor.

Durante su permanencia en el frente, al que fue voluntario siendo casi un niño, sabemos que Cristóbal escribió diariamente al viejo Bateson, y en esta correspondencia, acaso conservada todavía por los herederos del ilustre hombre de ciencia, puede quizá estar la clave que mejor nos descifre los sueños y aspiraciones del artista en su primera juventud. Antes, en los años de infancia, había tenido otro glorioso amigo: el escritor Henry James, muerto en 1916, a quien Hall decía que admiraba no sólo por sus libros, sino por «su cortesía y especial manera de tratar a los niños».

Hall fue gravemente herido en la batalla de Ypres, en la que tomó parte como oficial de Artillería. Según propia confesión, lo que más trabajo le costó aprender en su breve carrera militar fue el montar a caballo.

En general detestaba los deportes, posición realmente original en un inglés tan representativo. De niño renunció a ingresar en el Colegio de Rugby, donde estaba ya inscrito desde que nació según costumbre de las familias inglesas para garantizar la admisión del hijo al cabo de los años. Pero el famoso colegio inglés, con su tradición deportiva, no ilusionaba mucho al futuro pintor. Prefirió, pues, optar a la beca—único camino que le quedaba después de la renuncia para educarse en una Public School—del más antiguo y glorioso de los colegios ingleses, el de Winchester, de sólido prestigio intelectual, en el que ingresó con los máximos honores. De Winchester bròtó hace unos siglos, como una rama con propia vida para transplantarse, el actual Colegio de Eton.

Cristóbal Hall cayó herido en Francia. Pocas semanas después, esta vez mortalmente, caía también su único hermano, Roger, tres años más viejo que Cristóbal. A éste lo trasladan a un hospital de Londres con pocas esperanzas de curación. Y vuelve entonces a aparecer, junto a la cama del hospital, la figura entrañable de su madre. Esta recordará, en la incertidumbre angustiosa de aquellas horas, que aquel pobre ser doliente, moribundo, al que ha habido que extirpar un pulmón para salvar el tenue hilo de vida que le queda, quiso un día ser pintor, cuando era muy pequeño y no podía adivinar los horrores del mundo.

No se separará más de su lado. La convalecencia dura largos meses, años quizá. Madre e hijo viven ahora en el campo, solos, aislados. La mutilación del herido—ha perdido también su mano izquierda—y su extremada debilidad le han dejado una gran torpeza para los me-

nesteres cotidianos. Apenas si el brazo útil recobra su vigor para sostener los pinceles. Se siente indefenso ante la vida. La madre se consagra entonces a una re-educación completa. Y al cabo del tiempo, cuando Cristóbal vuelve al mundo, nadie podrá adivinar en su sonrisa inolvidable, en su aire desenvuelto de joven *gentleman*, los sufrimientos pasados.

La confianza más íntima que poseo de Cristóbal Hall es la siguiente: el fue de voluntario a la guerra de 1914 porque creyó que ése era su deber, sin aguardar a tener la edad reglamentaria; porque creyó que Inglaterra, su patria, necesitaba del sacrificio de todos sus hijos; pero jamás pudo sentir odio hacia Alemania. Entre los mejores amigos de su infancia, con James, con Bateson, figuraba también la señora Huther, hija del general alemán del mismo nombre, residente a la sazón en Inglaterra. *Frau* Huther representó, con su madre, los dos cariños femeninos que más honda impresión dejaron en la niñez del pintor. La señora Huther supo, pasada la guerra, cómo su joven amigo no la había olvidado nunca.

La señora Huther vive actualmente en Alemania. Tuvo noticia de la exposición de Hall que se preparaba en el Museo de Arte Moderno de Madrid, y envió los dos autorretratos de su propiedad que vimos expuestos. En uno aparece el pintor a los diecisiete años, y en el otro, a los veintidós. Sólo han pasado de uno a otro cinco años, pero la expresión del rostro es bien distinta. La alegre adolescencia se ha vuelto con el dolor más reflexiva. En el segundo retrato encontramos ya al hombre que conocimos, que vino a España a visitarnos e hizo el propósito de quedarse en ella para siempre.

CLAUDIO DE LA TORRE

Su propósito no se ha cumplido porque en la vida de Hall, como en la de tantos otros hombres de nuestro tiempo, parece como si se hubieran juntado todas las adversidades para destruir las más puras y simples aspiraciones del individuo. Un hombre es hoy apenas nada en el caos del mundo, que empieza a desintegrarse justamente por aquellos días en que Hall pierde su mano. Ha muerto, pues, lejos de nosotros. Ausente de la tierra que añoraba, pero en país vecino, eligió para pintar por última vez, para despedirse de la vida, un tema común a ambos países. Su último cuadro, la desembocadura del Tajo, arrastra en sus aguas toda la luz de España, por la que él tanto suspiró.

## HELEN KELLER

Con motivo de uno de los homenajes celebrados en París en honor de Louis Braille, el gran benefactor de los ciegos, vimos una curiosa fotografía de Helen Keller, la mujer ciega, sorda y muda norteamericana, pronunciando, según rezaba el pie, su «silencioso y patético discurso» en la Sorbona.

Helen Keller es, sin duda alguna, uno de los personajes extraordinarios de nuestra época. Mark Twain la tenía, con Napoleón I, por la personalidad más destacada del siglo XIX. Pero como nace en 1880 y aún vive en nuestros días, bien podemos reclamarla nosotros para la gloria de los 1900.

Ciega y sordomuda a los diecinueve meses de nacer, su infancia quedó pronto sumergida en la más completa oscuridad, sin otro medio de comunicación con el mundo que sus manos de niña. Con ellas no sabía sino defenderse de no sabemos qué imaginarios terrores y aferrarse desesperadamente al suelo en sus frecuentes accesos de cólera. Vivía, pues, una vida animal, entre tinieblas, cerrada a toda comprensión humana,

cuando ese ángel de la guarda que vela siempre por los niños se le apareció un día bajo el nombre de miss Ana Manfield Sullivan.

Helen Keller, en su *Historia de mi vida*, nos relata el encuentro. «Tuve de pronto la impresión—escribe—de que unos pasos se acercaban. Supuse que era mi madre, y le tendí la mano. Alguien que no era mi madre la tomó, y al instante me sentí abrazada por la persona que iba a descorrer para mí el velo misterioso que envuelve todas las cosas.»

Miss Sullivan, antigua alumna de la Institución Perkins, de Boston, había respondido a la llamada de angustia de los padres ofreciéndose voluntariamente para la educación de la niña.

La primera lección tiene todo el prestigio de los cuentos de hadas. Miss Sullivan lleva a la pequeña Helen al jardín y hace caer sobre su mano el agua de la fuente. Sobre la misma mano, con un dedo, va trazando despacio la palabra «agua». Esta lección se repite días y días, semanas enteras, hasta que en el oscuro pensamiento de Helen se fija por primera vez la noción de la palabra. Está dado el primer paso. Cada cosa tendrá su nombre, empezando por las flores del jardín que ella también distingue por su aroma.

Reúne así, al cabo de los años, un buen repertorio de ideas concretas. Pero faltan las abstracciones: amor, gratitud, Dios... Miss Sullivan, con un don de penetración que sólo tienen las hadas, consigue despejar las últimas nieblas. A los diez años, Helen Keller ingresa en la Institución Perkins, donde su maestra se había educado.

Rápidamente aprende a hablar. El método consiste

en colocar su mano sobre la boca de la profesora para captar el movimiento de los labios. Le bastan once lecciones para pronunciar en inglés. A los trece años, después de visitar la Exposición Universal de Chicago, que recorre con sus dedos gracias a un permiso especial, aprende el alemán, el latín y el francés. Va acercándose con estos conocimientos la gran ilusión de su vida: ingresar en un colegio de estudios superiores.

En el libro ya citado, *Historia de mi vida*, nos habla Helen Keller de su miedo terrible a los exámenes y conmueve ver el gracioso humorismo con que nos habla de sus angustias. «Imposible acordarnos de los hechos—nos dice—que habíamos estudiado y catalogado con tanto cuidado. Haga usted el resumen de Huss y de su obra, nos ordenan. Pero ¿quién es Huss? ¿Qué fue lo que hizo? El nombre nos suena de una manera extraña y familiar. Buscamos en nuestros recuerdos históricos como si buscáramos una aguja en una carreta de heno. Encontramos revoluciones, cismas, persecuciones, sistemas de gobierno; pero Huss, ¿dónde está? ¡Oh sorpresa! ¡Helo aquí! Estaba en su rincón, absorbido por sus propios pensamientos, ajeno en absoluto a la catástrofe que estuvo a punto de causar.»

De los estudios superiores de Radcliffe, Helen Keller sale convertida en una mujer de sólida cultura. Empiezan entonces sus viajes, sus amistades, sus libros. En todos ellos aparecerá el nombre de Ana Sullivan iluminando sus mejores páginas. Dora Melegari, andando los años, le hará una breve y apasionada biografía.

Helen Keller conoce a los hombres más ilustres de su tiempo. La pequeña ciega y sordomuda se ha trans-

## CLAUDIO DE LA TORRE

formado, por una victoria del espíritu, en una mujer de excepcional valía. Es un ejemplo impresionante para los débiles, para los tímidos, para los miles de seres que en el mundo se acobardan al primer obstáculo. También para los otros miles que hablan del dolor sin conocerlo, sin darse cuenta del regalo que es ya el mero hecho de vivir.

Helen Keller, o la fe en la vida. Así podría resumirse la historia de esta mujer extraordinaria que desde hace años se consagra a los que han sido más desgraciados que ella. «El amor—ha escrito—es una cosa bien sencilla. Es el sentimiento que cada uno de nosotros experimenta hacia los demás.»

## LA JOVEN LITERATURA

Dámaso Alonso entró en la Academia Española entre una atronadora salva de aplausos. Un público numeroso y entusiasta, capaz de desafiar las inclemencias de la fría tarde de enero que correspondió a su ingreso, siguió con la más fervorosa atención el relato de la vida de don Francisco de Medrano, poeta del siglo XVI, traído de la mano en tan oportuna ocasión por el nuevo académico.

De la vida y de la poesía del casi olvidado poeta sevillano, al que Dámaso hizo entrar de su brazo en el recinto de los inmortales, habrá mucho que decir todavía, cuando vuelva a sacarlo a la calle su biógrafo. Hay poeta para rato, pese a su corta vida. Pero de momento bien están los dos, Dámaso y Medrano, recibiendo en la Academia el largo e insistente aplauso que saludó a sus musas cruzadas.

Fue hacia 1921, fecha en que nuestro poeta publica su primer libro, *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*, cuando empieza a oírse esa vaga denominación que alude a los últimos llegados a las revistas literarias;

cuando se habla por primera vez de «la joven literatura».

Bajo este nombre se reúne, sin propósito alguno definido, lograda la cohesión únicamente por un común espíritu de crítica exigencia, un nutrido grupo de escritores de edades aproximadas, dentro de esa fluctuación de los diez años que permite siempre el margen de toda generación.

Poesía y ensayo fueron los géneros preferentemente cultivados, acaso por exigir los dos la más paciente disciplina. No se olvidó tampoco por algunos la novela, ni siquiera el teatro. Pero a todos animó de una manera ejemplar ese espíritu crítico, insatisfecho, del que antes hablaba, que iba a hacer llegar a nuestra prosa, con frecuencia por caminos extranjerizados, a la más rara pulcritud. Volver a hojear los libros publicados en aquellos años, las revistas de entonces, con especial atención la *Revista de Occidente*, es descubrir, deslumbrados, uno de los momentos literarios en que mejor se ha escrito en España.

De todo este grupo de «la joven literatura», la autoridad máxima, unánimemente acatada y consultada, era siempre el criterio insobornable de Dámaso Alonso, luminoso y duro como un diamante. Contar con su aprobación valía ya tanto como el éxito. Emilio García Gómez, en su discurso, señaló con puntería la justificación de este acatamiento.

El público en general, aun este tan cultivado de los actos académicos, suele ignorar el íntimo significado de los escritores que consagra. Conoce sus vidas por dos o tres anécdotas, no siempre las más definidoras.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Pero adivina a veces por misterioso instinto cuándo hay que aplaudir con más calor.

Acertó plenamente al subrayar con una encendida ovación la entrada de Dámaso Alonso en la Academia. Nadie se lo había dicho, pero el público adivinaba una fecha importante: «la joven literatura», al cumplir cincuenta años, recibía la consagración oficial.

## CENTENARIO DEL DESDEN

Con el ingreso de Gerardo Diego en la Academia a tan corta distancia del de Dámaso Alonso, se diría que quedaron como confundidas, casi superpuestas, las voces de los dos poetas. Cada una, sin embargo, sonó con su timbre propio, con su acento personalísimo. Duo bien acordado, fue fácil para el auditorio el seguir la doble melodía.

En 1848, al morir don Alberto Lista, otro poeta joven llamado a sustituirle en el sillón de la Academia pudo llevar a ésta, como un siglo después Gerardo Diego, el aire renovador de sus versos. Se llamaba aquel poeta José Zorrilla, que a la sazón tenía poco más de treinta años. Fue por unanimidad elegido académico, pero el joven Zorrilla rehusó el honor que se le ofrecía y pagó con un desaire la cordial solicitud. La Academia se quedó con los brazos abiertos, esperándole en vano. En 1948 pudimos conmemorar el centenario de esta elección frustrada; es decir, el centenario del desdén.

Al cumplirse el siglo justo de no haber querido entrar en la Academia un gran poeta, entraron por lo menos dos. Este fue el fenómeno curioso.

La juventud romántica gustaba mucho de vejezes, de fantasmas, vueltos constantemente los ojos hacia el pasado. De espaldas a la vida de su tiempo, ese admirable siglo XIX del que ni siquiera se enteró, se alejó con frecuencia en busca de la inspiración hasta perderse entre las nieblas medievales. Tenía forzosamente que hacérsele sospechoso todo lo que, como la Academia Española de entonces, tan dieciochesca, le recordase las serenas normas clásicas. Sobre todo por lo que tenía de eso: de norma, de medida.

Como el proceso del Romanticismo fue al revés—envejecer el arte rápidamente y hacer morir a los héroes lo antes posible—, hacía falta que pasaran unos cuantos años más por la vida real de Zorrilla para que éste se rejuveneciera al fin. Empezó entonces a fijarse en su época. Y se dio cuenta de que estaba solo, de que se había quedado atrás en el tiempo dando voces, sin que nadie le respondiera. Bien se quejó así de su soledad en el discurso de su ingreso definitivo en la Academia—escrito en malos versos, por cierto—en 1885. Ya que treinta y tantos años después de haber rechazado la elección de académico, la solicitó de nuevo humildemente, siendo acogido con todo cariño por la Corporación. Porque si bien es cierto que Zorrilla aceptaba al final de su vida la necesidad de una disciplina, la Academia Española, para seguir viviendo, necesitó siempre, en primer lugar, de los poetas.

## LA ACADEMIA EN EL FIEL DE LA BALANZA

Dámaso Alonso, en su contestación al discurso de ingreso en la Academia Española del poeta Vicente Aleixandre, señaló con un dedo vigoroso el punto de equilibrio en que se mantiene la Academia al sopesar en sus platillos las dos tendencias tradicionales de la poesía española y, en general, de la literatura. Tendencias ambas tradicionales, ya que el ilustre académico expuso en síntesis histórica el lugar de acomodo que todo movimiento innovador va encontrando, a lo largo de los siglos, en la expresión literaria. Así, nos dice, «las sílabas contadas del mester de clerecía son ya un manifiesto de una nueva técnica y una protesta contra la irregularidad métrica del arte de juglaría». «Luego, en el siglo XVI, Boscán y Garcilaso serán los revolucionarios al introducir el verso italiano en nuestra patria. Más tarde, gongorinos y antigongorinos lucharán con ardor. En vano los segundos se empeñarán en detener la nueva savia de la forma. En el XVIII, los neoclásicos provocarán el escándalo de los mayores con su prudencia, sin que esto impida que, años después, en los albo-

res del XIX, la juventud romántica dé la batalla a los neoclásicos rezagados.»

En nuestro tiempo—Dámaso Alonso anota que estos afanes de renovación suelen emerger casi siempre en los primeros años de cada siglo—, modernistas y antimodernistas son los encargados de animar la polémica literaria. Así, siglo tras siglo las aguas van removiéndose por corrientes subterráneas, de las que tenemos cabal noticia por las olas encrespadas.

Las olas no se han quietado todavía. No se aquietan nunca. Entre los años 20 y 36, que es la conferida por Dámaso Alonso a su propia generación, se produce el fenómeno de «la joven literatura». En ella se agrupan sobre todo los poetas. Es un movimiento arrollador, que nace, sin embargo, sin calor popular. El garcialorquismo, como esencia concentrada, no dará su sabor hasta muchos años después.

Para el observador poco avisado de aquellos tiempos, que en todos los ha habido con pertinaz ceguera por exclusivo apego a otros valores, aquel movimiento de «la joven literatura» no pasaba de ser una escuela de pedantería. Los primeros versos de Salinas, de Guillén, de Lorca, de Alberti, del propio Alonso, de Gerardo Diego, suscitaban por todo comentario un silencio en los lectores muy parecido al estupor. Con estos poetas, a los que llegó más tarde, con retraso, el hoy académico Aleixandre, se mezclaba un grupo de escritores jóvenes, preferentemente ensayistas, que aportaron a las letras de entonces una rigurosa disciplina. Algún que otro novelista, de los cuales Benjamín Jarnés era el más representativo, y unas pocas obras de teatro, pocas, que pretendían asimismo la urgente incor-

poración a nuestra escena de nuevas inquietudes. Tales fueron los sueños, hoy en parte realizados, de aquella generación que para la mayoría de las gentes sólo representaba un movimiento intelectual de reducido alcance, nacido en el frío de los laboratorios, saturado con exceso de formación literaria. Sin embargo, visto con la distancia de los años aquel movimiento poético, por la cantidad y calidad de sus componentes, por su trascendencia en el orden literario, es posible que no encuentre fácil parangón en la historia de nuestra poesía. En intensidad creativa, sospecha Dámaso Alonso, acaso no haya habido desde el Siglo de Oro generación de poetas comparable.

Todo esto—poesía y actitud crítica—estaba ya en la calle desde hacía muchos años. Faltaba que estuviera también en la Academia, como parte viva del lenguaje. Porque no hay que olvidar que es precisamente la expresión, la expresión literaria, la que acusa más rápidamente la presencia de las nuevas inquietudes, las corrientes profundas a que antes aludía.

La Academia, pues, en el fiel de la balanza mantiene el equilibrio de sus áureos platillos: el de la tradición, que es oro viejo, y el recién acuñado de la más flameante poesía. Así, al contestar al poeta Vicente Aleixandre en su recepción académica, Dámaso Alonso, máxima autoridad en los años de lucha de «la joven literatura», señala hoy con el dedo el punto alcanzado.

# GALDOS Y OTROS RECUERDOS

## RECUERDOS DE GALDOS

Hace algunos años, muchos ya para la edad del recuerdo, en la primavera de 1915, entré por primera vez en la casa madrileña en que vivía entonces don Benito Pérez Galdós, en la calle de Hilarión Eslava.

Para nosotros, desde Canarias, Galdós era como un nombre que llenase todo el mar, como un barco incesante, cargado de bellos episodios, que mantuviese el constante tráfico con la Península; como otra isla canaria, la mayor, desplazada hacia los mares de Madrid. Me sorprendió, pues, que todo este mundo fabuloso, que aquel personaje legendario que agitaba desde lejos la leve brisa de nuestra vida insular se me convirtiese de pronto, al abrir la puerta del hotel, en un ser humano tan sencillo que hasta me saludaba como un mortal cualquiera.

Para cuantos hemos de agradecer a la vida, entre otras cosas, el regalo de haber conocido a Galdós, no nos será fácil olvidar la lección de sencillez, de humana cordialidad, que daba el glorioso escritor al recibir en su casa. Porque en la calle no me pareció siempre el

mismo. Su propia timidez, característica típicamente insular, pudo hacerle pasar muchas veces por esquivo.

Una tarde, en el jardín de su casa, despedía a un joven músico que despertaba ya todas las esperanzas. Recuerdo muy bien al maestro Falla, que era el músico de entonces, con una timidez tan similar a la de Galdós que pensé si habría nacido también en otra isla. Galdós le decía:

—Maestro, ¡si quisiera usted hacer una ópera conmigo...! *Los Condenados*, por ejemplo...

Falla se turbaba mucho y enrojecía rápidamente.

—No sé si tendré fuerzas—contestaba.

Otra tarde paseaba Galdós por la Moncloa. Iba distraído, tomando el sol plácidamente entre chiquillos y niñas. Todo era evocador: la familia de Santa Cruz aún en su coche de invierno; más lejos, allá abajo quizá, al pie del declive del parque, *señá Benina* buscaba a su ciego... Yo le presenté ese día al primer amigo escritor que había conocido al llegar de Canarias, a mi primer amigo poeta, al bueno e inolvidable Manuel Abril. Abril había escrito unos versos con alusiones galdosianas y yo quería a toda costa que se los leyera a don Benito. Abril se resistía con furiosos guiños de miope. Galdós se detuvo de espaldas a la sierra, evitando la luz. Sin mirarnos siquiera, murmuró:

—A ver esos versos...

Los recuerdo todavía, aunque incompletos. Manuel Abril empezó a leer:

Dime quién hay... Dí que los petos blancos  
de las niñas ciñen  
coquetamente el pecho breve; dime  
cómo da gloria ver un pecho blanco

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

de venillas azules, que a un pequeño  
da una mujer... Di que ha pasado ahora  
con su pelo, bruñido, diligente,  
pañolón *alfombrado*,  
pecho enarcado de paloma, joyas,  
tacón alto y sonoro, una mujer... Madrid, la simpatía.  
Di que pasó... ¡Tú sabes ya quién es! ¡Oh Fortunata!

Galdós seguía de espaldas a la sierra, de cara al paisaje urbano que tanto amó y que ya casi no veía. Con un gesto familiar, en él no frecuente, apoyó su mano en el hombro de Abril. Yo le conocía ya bastante para comprender que nos daba también otra lección sencilla.

En su tiempo, por las tertulias literarias se acusó de indiferente a esta manera de ser suya. Entonces, y ahora, parece ser que el grito es lo que más se oye. En nuestra literatura en general, y aun en valiosos sectores de la crítica, se concibe difícilmente la pena sin el llanto, la alegría sin la risa, la amistad sin el abrazo... Es curioso observar, por ejemplo, cómo siendo España uno de los países que menos contribuyó con iniciativa propia al movimiento general del Romanticismo, ha conservado, sin embargo, la exageración formal del gesto. Se dirá que lo clásico nuestro fue lo romántico, pero esto nos llevaría a perdernos por otros callejones, lejos de lo puramente formal.

Fuese lo que fuese, lo cierto es que los amigos de la calle no encontraron en Galdós a la misma persona que nosotros conocimos en su casa.

Se le acusó también en Canarias—y ésta era una herida aún abierta en los viejos corazones de su tierra—de que no se acordase de sus islas, a las que tanto decía querer, a lo largo de tan copiosa producción. Otra

tarde le oí hablar de esto. Ibamos a su casa todos los jueves, por lo menos, y don José Hurtado de Mendoza hacía música invariablemente. Una música angelical, porque sólo así podíamos explicarnos el prodigio de las manos de Rafaelita sobre el piano. Nos conmovíamos sobre todo con el *Séptimo*, de Beethoven; y se hablaba después. Aquel día subimos a despedirnos de Galdós, que ya se había acostado. Era temprano aún. Don Benito fumaba en su cama. Alguien habló de Canarias y apuntó el olvido en que tenía a las islas.

—No es cierto—dijo Galdós—. Mis libros están llenos de paisanos nuestros. Cualquiera los reconocería. ¿Recuerdan ustedes lo de aquella mujer de Telde? Aquí hablan mucho de socarronería inglesa, pero es que no han estado allá.

Hizo una pausa y agregó con una voz más apagada:

—¡Las islas!... ¡Poco paisaje hay en mis libros! Me interesan más las personas.

*Clarín* había apuntado ya esta observación:

«Podría resumirse en un rasgo general lo que vale la Naturaleza en las novelas de Galdós diciendo que es... el lugar de la escena. La Naturaleza en sus libros rara vez aparece sola cantando esa gran música instrumental en que el hombre no interviene o entra, a lo sumo, como accidente en la general armonía. Como la *Odisea*, a pesar de ser una serie de viajes por el Mediterráneo, no pinta la Naturaleza sino como fondo del retrato de Ulises, y casi también, como en Shakespeare, la Naturaleza decorativa acompaña sólo al hombre para acabar de explicarlo, así en las novelas de Galdós las llanuras de Castilla, las montañas del Norte, los horizontes claros y los cielos puros de Andalucía acompañan a

sus personajes y por ellos se subordinan en el orden estético.»

Pero volviendo a los recuerdos personales, me viene a la memoria también el estreno de *Sor Simona*, en el que acompañé a Galdós en unión de su sobrino Ignacio, que fue mi introductor en su casa. Le dijo aquella noche a Galbaldón, que hacía la crítica de teatros, creo que en *A B C*:

—Tráteme usted bien. Dígale a los compañeros que no me traten mal, que yo estoy ya muy viejo.

Y no había ninguna afectación en la súplica. Habla Galdós con la misma sencillez, con la misma tranquilidad con que contempló siempre los hechos más importantes, en este caso el de su propia vida física y su cansancio. Cuando el estreno de *Santa Juana de Castilla* fue la última vez que le vi en público. Estaba ya muy decaído y apenas si sostenía su figura en el escenario.

Hacia el final de su vida descubrí en su casa dos rincones: uno en el jardín, cubierto de tierra volcánica de nuestra isla, que había hecho traer expresamente, y otro que no sabría hoy dónde situarlo: una ventana, casi una saetera, por la que don José Hurtado, el mejor amigo de Galdós, veía llegar las golondrinas.

En Canarias quedan también recuerdos. Por la memoria de los de mi generación pasa todavía, muy lejos, allá por los años de la infancia, el entierro impresionante de don Ignacio Pérez Galdós, el único hermano del escritor, capitán general de las islas. Al recuerdo le acompaña un estruendo de cañones y caballos, de coronas y uniformes deslumbrantes bajo el sol de

un mediodía africano. En su casa de la calle del Cano—hoy museo de recuerdos galdosianos—quedaban la viuda, los hijos y las hermanas del escritor. La más joven, Manuela, vivía aún cuando la muerte de don Benito.

Queda también en Las Palmas la vieja casa del monte en donde Galdós pasó su infancia. Allí se conservan por manos familiares los dibujos y pinturas del escritor—tengo en mi casa de Madrid, pintada al óleo, aquella mañana de 1898 en que el *Antonio López* cruzó la bahía de Santander—, la cuna en que durmió de niño, sus primeros libros, los últimos juguetes... En el jardín, a la sombra de un laurel de la India, hay un viejo busto de Galdós. Los años y las lluvias y el viento inclemente de las Cumbres le han ido borrando la expresión hasta convertirlo en un busto ciego. Pero a su alrededor juegan y crecen unos niños que alegran su soledad.

Quedan, por último, en Canarias dos manuscritos de excepcional importancia para el estudio de los antecedentes literarios de Galdós. Uno de ellos lleva por título: *Apuntes o nota referente a la expedición del batallón de Granaderos de Gran Canaria en el año 1809*. Fue escrito por el padre de Galdós, don Sebastián Pérez, subteniente que fue de la primera compañía de dicho batallón. El segundo manuscrito, de mayor interés en cuanto a solera galdosiana, se titula *Viaje que hice desde Canarias con la columna de granaderos que pasó a la Península cuando la guerra con los franceses*. De éste fue su autor el muy letrado capellán don Domingo Pérez, tío de don Benito.

Ambos, don Sebastián y don Domingo, son raíz del numen galdosiano, cantera de los Pérez isleños.

Del segundo de los manuscritos copio algunos párrafos. Véanse si son o no raíz del árbol. Escribe así el buen capellán, una vez instalado en Cádiz:

«Otra famosa función, aunque no de iglesia, gocé cuando vino el embajador inglés. Esta fue una de las mayores ocurrencias que he visto jamás. Trató el comercio de obsequiar a este señor, para lo que se dispuso un baile en el Coliseo. Había porción de salones con cuanta clase de licores y bebidas se podía imaginar. Al mismo tiempo, baile, aunque éste era un desorden muy grande. Había música inglesa y española. Esta función empezó después de las once y duró hasta que salió el sol. La casa estaba cercada de tropas para evitar algún desorden, y también para que no entrase gentuza. En cuanto al bello sexo, digo que no esperé ver tanto lujo... ni tanta indecencia.»

Recuerda también el capellán lo que le sucedió con cierto párroco, allá por tierras de Extremadura:

«Desde que entré—escribe—me incomodó el ver que dentro de la misma sala había un ventorrillo y que una sobrina del señor cura estaba despachando vino y aguardiente, con cuyo motivo aquello estaba lleno de soldados. Al día siguiente mataron una puerca y empezaron a despachar en la misma puerta de la casa. Yo mismo vi al señor cura cortando pedazos y despachando. Había una higuera en el patio y muy de mañana mandó el señor cura a su criada que cogiese unos higos, encargándole cuidase de que nadie comiera uno. Luego que estaban en venta tomó un plato y dijo a mi asistente: «Toma, para tu amo, que están muy buenos.

Cuestan diez cuartos.» Había una porción de uvas colgadas y unas sandías. Encargué a mi asistente que averiguase si venderían una para mí. Y al instante dijo el señor cura que, por ser para el capellán, con mucho gusto. Me costó a cuatro cuartos la libra y, por desgracia, salió muy mala. Con mi consentimiento, al ver tal tacañería, le robó mi asistente unos racimos de uvas, que fue lo único que cené la noche siguiente en Trujillo.»

Así escribía el buen capellán. Pero ¿no hablan también así los personajes de Galdós?

## LA CASA DEL MONTE

Hablaba de la casa de Galdós en el Monte, pero ¿qué monte es? ¿En qué ladera de las Islas Canarias cuelgan los viñedos de Galdós?

Todo el paisaje va subiendo de Las Palmas al monte Lentiscal. Sólo once kilómetros separan a la casa de la vieja ciudad canaria; pero son once kilómetros cuesta arriba. Llega a pasar muy alto la carretera. Tiene un tráfico de bueyes madrugadores y de secas mulas, cargadas de lecheras espumosas, que bajan de la Cumbre con la noche cerrada para llegar al alba al mercado. Cuando ese mundo de lentas pisadas despierta los primeros ecos del Mocanal al pasar ante la finca de mamá Dolores, el niño más pequeño de la casa, Benito, puede respirar en su sueño de madrugada esa brisa que se levanta allá abajo, en el mar, pero que se entra por la ventana abierta de su alcoba, purificada ya por la ascensión.

El pequeño Benito duerme en su cuna en forma de barca. Se puede en ella dormir tranquilo, aunque sólo se tengan pocos meses de experiencia, sin temor al nau-

fragio. No se ha descuidado ningún detalle, ni siquiera la curva de su quilla que le permite un ligero vaivén de olas. Hasta la colcha blanca que esta noche la cubre bien pudiera ser una vela arriada de momento.

No es posible confundir la casa. Esta es la portada. La señalan unos viejos eucaliptos sujetos a la tierra desde hace muchos años. Fueron plantados por los abuelos de Galdós. Y estos dulces eucaliptos, que no dan sombra, ni frutos, ni flores, dan al viajero fatigado por el andar la música del aire entre sus hojas. Porque aquí es bueno descansar y respirar el aire.

Benito Pérez Galdós, a los diez años de edad se sentaba también aquí a la vuelta de sus emocionantes excursiones. Volvía casi siempre de trepar por el volcán de la Caldera, al que llamaba «su volcán», no tanto por estar enclavado en la extensa propiedad de sus padres, sino porque desde allá arriba, desde el pico, descubría un mundo inagotable para su fantasía. Sus ojos debieron de acostumbrarse rápidamente en aquellas alturas a unir en un mismo paisaje las arenas lejanas de las playas de Gando con la vega distante de Santa Brígida, en la que ya brotan los castaños. Porque su isla es así: mezcla de sed y hartura.

Desde lo alto de la Caldera, como desde lo alto del Cabezo—pequeña colina enclavada también en la finca y que es como una réplica modesta del gran volcán—, Galdós descubrió una buena porción de la tierra. Espíritu contemplativo, siente sin embargo desde niño la pasión de los descubrimientos. Sus ojos le amplían siempre luminosamente el mundo cerrado de sus impresiones, que apenas expresa. Cuando escriba necesitará muchas cuartillas para contarle todo.

Pero de momento son sólo los ojos los que hablan. En sus dibujos de juventud seguirá aceptando esta libérrima interferencia de mundos que en alguna ocasión aviva su vena satírica. El mar entra en la escena del teatro de Las Palmas—cuando Galdós combate su emplazamiento en un álbum de caricaturas—con peces y todo. Corren los años ochenta y tantos. Empiezan en la ciudad canaria las obras del nuevo teatro Tirso de Molina a la orilla del mar. Galdós, lápiz en ristre, se burla del proyecto.

Allí, en el álbum, vemos al historiador Millares Torres, entusiasta patrocinador del nuevo coliseo, como entonces se llama, naufragando en una orquesta invadida por las olas. Las damas de Vegueta, en las plateas, apoyan sus redondos brazos en los mullidos antepechos, cubiertos de algas. Un pulpo asoma por el ahumado tubo de un quinqué. El teatro se termina, sin embargo. El lápiz de Galdós debe de estar ya muy gastado: son numerosas las caricaturas. Ha fijado con paciencia, con escrupulosidad de fiel cronista las mil anécdotas que animaron aquel gracioso pleito local. Su tesón combativo del proyecto, con el tiempo, tendrá el premio merecido. Hoy se llama el teatro «Teatro Pérez Galdós».

## MAS DE LA INFANCIA DE GALDOS

En la sala de la casa del Monte no hay en los tiempos de la infancia de Galdós más que un niño que se aburre viendo coser a sus hermanas. Apenas tiene amigos, y, naturalmente, aficionado a las menudas incidencias del hogar se pasa las horas pendiente de las labores familiares. Sus hermanas, Manuela y Tomasa, le enseñan a hacer el «punto de cruz», y el futuro escritor, que ya ha dado alguna que otra muestra de humor envidiable, se lanza esta vez a confeccionar unos tapices correctísimos. Pero los sencillos materiales, la malla y el estambre, pronto le decepcionan. No le bastan a su fantasía. Quisiera fabricar algo más vivo: a ser posible, un mundo. Se contenta por el momento con construir un pueblo en miniatura, trabajo que le llevará todo un verano.

¿Qué pueblo es este que levanta Galdós en su infancia con sus manos de niño y que en nada recuerda los únicos pueblos que él pudo ver hasta entonces? No guardan ninguna relación sus casas, ni su ambiente, ni sus calles en cuesta con su tierra canaria. Es un pue-

blo más del Norte, más empinado y hecho por la historia. Los negros tejados, brillantes de lluvia, han sustituido a las claras azoteas. La catedral, de finas reminiscencias góticas, en nada se parece al sencillo templo de Las Palmas. Como por las calles, numerosas, no cruza un alma—en esto sí debió inspirarse en su ciudad natal—, no hay manera de obtener el dato de la indumentaria para fijar la geografía. No se sabe en concreto nada de este pueblo. Sí sorprende una tan rica catedral para coronar lo que al fin y al cabo no es más que un modesto caserío a sus pies.

Aquel verano recibieron también los niños el primer juguete de París. Era una monumental caja de música con unos monos concertistas entre cristales. Se conserva aún en la casa, y, por los años transcurridos, al perder los graciosos músicos su velluda piel de irracionales pueden hoy verse los viejos monos tras los cristales, muertos, como unas calaveras humanas, si no se tiene en cuenta no sé qué sonrisa diabólica que el tiempo les ha respetado.

Galdós oyó mucho esta música extraña. En sus oídos se quedaron unas notas alegres, bulliciosas, que nunca consiguió tararear con precisión. Un día los resortes se rompieron y los violines quedaron en el aire, con la canción disparada hacia el olvido. Galdós recordó siempre este juguete, que le sobrevivió.

Es ya la hora de volver a casa y los dos hermanos bajan por el sendero en cuesta que llega a la portada. A la derecha, la fila de olivos estériles, retorcidos por los años y por el viento que baja del volcán de la Caldera. A la izquierda, la suave ladera de los viñedos que se interrumpe al final, de un tajo, para que discurran

las aguas en invierno por el Barranquillo de Dios. Allí, en las márgenes húmedas del arroyo, crecen los árboles frutales. Y junto a la huerta familiar, la vieja bodega de los vinos.

Arriba, como colgada en la ladera, está la casa. Las primeras sombras de la noche van borrando la tierra en que se asienta y queda así como en el aire, señalados sus muros blancos por el brumoso farol de la esquina, cargada de niños y de juegos. Porque ahora los hermanos recorren jubilosamente las estancias con una conversación incesante. Benito, incansable, va poniendo nombres a las cosas, a todas las cosas. Lo mismo ha hecho en la cima del volcán al contemplar la tierra dilatada, porque a él no le gustan las cosas sin nombre, sin que se llamen de una manera inventada por él, porque ésta es, de momento, su forma de captación. Así logra que a su lado viva todo un mundo sorprendente, vaciado de secretos, con el que se entiende de maravilla.

De la sala han pasado al comedor contiguo, donde el alto reloj estirado recuerda a cualquiera de los antepasados de la familia, de la que se conserva una abundante iconografía, ya que todos fueron así de altos y distantes. Del comedor a la habitación de los huéspedes y de ésta al cuarto del piano.

De este cuarto de la esquina, por la ventana que recibe el aire del claro oasis de Tafira, al que no le falta para su acusado orientalismo ni la casa graciosamente árabe del inolvidable Rafael Cabrera, saldrán con los años las más bellas melodías de la tierra.

Desde este lugar extremo de la casa pasarán los hermanos corriendo bajo el soportal, y por la escalera di-

## CLAUDIO DE LA TORRE

minuta llegarán a las alcobas familiares. Aquí están los muebles más conocidos. Aquí está la cuna donde durmió Galdós su primer sueño.

A los dos hermanos, Ignacio y Benito, les gusta hablar mucho al anochecer, en vísperas de la cena, sobre todo cuando les dejan estar en aquel rincón apartado del jardín, sobre el Barranquillo de Dios, viendo cómo se apagan las últimas claridades de las Cumbres. Entonces juegan con sus proyectos de cara al porvenir. A Benito le gustaría ser militar, mandar miles de soldados. A Ignacio, de natural tranquilo, le interesan más los seres uno a uno, en sus miserias y alegrías, observándolos muy de cerca. Y como son dos niños que están jugando, el Destino decide jugar también con ellos y trueca deliberadamente sus sueños. Ignacio fue militar y, andando el tiempo, capitán general de las islas. Benito, en cambio, observó tan de cerca el mundo, estudió a sus seres tan minuciosamente que hoy nos es fácil distinguirlos, saber sus vidas, sus aficiones, sus costumbres, sin miedo a confundirlas. Porque a él le gustaba sobre todo llamar a las cosas por su nombre.

## DON BENITO Y GALDOS

Nos gustaba más llamarle don Benito. Con este sencillo tratamiento queríamos quizá indicar que, además de primer novelista de su tiempo, segundo de todos los tiempos de España y uno de los primeros de los tiempos de Europa, no olvidábamos que fue también un ser humano de ejemplar condición, un hombre testimonio de su época, a la que supo comprender y, pese a todo, amar.

Su tiempo—el que va de *La desheredada* a *El abuelo* y de *Trafalgar a Cánovas*—abarca todo un siglo de historia. Porque historia, material para la Historia, son también sus novelas contemporáneas. La obra, pues, que nos legó Galdós tiene más de cien años de edad. Casi tantos, aproximadamente, como obras publicó.

Pero no es esta labor ingente de escritor, con ser tan fabulosa, lo que hoy más nos conmueve. Lo que nos acerca a él, lo que nos hace sentirlo vivo, a nuestro lado, es su presencia física, el latido de su corazón a lo largo de tantas páginas inolvidables.

Porque Galdós, sobre todo, fue un escritor moralista,

un hombre que vio las flaquezas de su época y que supo enumerarlas serenamente porque soñaba con un futuro mejor. Fue, en el más noble sentido de la frase, un espíritu conservador, ya que quiso arreglarlo todo con el amor y la caridad.

*Misericordia* es quizá la síntesis de su sabiduría, a la que habría de llegar por los caminos angustiosos de *Angel Guerra* y *Nazarín*. Hoy nos asombra que en años por fortuna ya pasados se tuviera a Galdós por un ateo o simplemente un revolucionario. Pocos escritores como él supieron señalar el orden tradicional en que debían estar las cosas, y pocos como él supieron decirlo con tan generoso espíritu cristiano.

Cuando vemos el mundo que movía Balzac, por ejemplo, nos asombra la poderosa imaginación del escritor. Al hombre, en cambio, lo vemos con frecuencia sumido en sus graves preocupaciones económicas. Stendhal llevó a sus héroes a lujosos salones, decorados de ambiciones y violencias, y entre sedas y tiros nos descubrió mucho de lo que hoy sabemos del alma humana. Con Dickens el problema se simplifica: dividió la Humanidad en buenos y malos, y su extraordinario arte de narrador nos hizo creer lo demás. Dostoiewsky, el más profundo de los novelistas del siglo XIX, buscó por otros caminos al hombre y lo encontró entre las sombras, sin saber adónde ir.

Para Galdós, en las novelas contemporáneas, el problema fue distinto. Se encontró entre las manos con un mundo mediocre, indiferente, que estaba tan claro como la luz del día. No contaba más que con unos pobres seres, empujados en su mayoría por modestos anhelos. La vida nacional bostezaba cuando quería ol-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

vidarse de las esperanzas fallidas. Y de este mundo, alimentado por tanta pequeña melancolía, supo sacar a pulso la novela más poderosa de su tiempo.

Junto a Galdós, el creador infatigable, estuvo siempre don Benito. Si la mano era la del escritor, la voluntad fue la del hombre. Hoy, en que el arte por el arte, incluso el literario, apenas lo entendemos, nos complace recordarle como un ser humano que amó la justicia, que predicó el bien y que enseñó la caridad.

De la presencia física de don Benito nos quedan algunas imágenes recogidas por pintores y escultores. La más ilustre, la de Victorio Macho en el Retiro; esa blanca estatua—porque toda ella ha encanecido—que nos reúne en cada aniversario bajo el tibio sol de enero, con la primera luz del nuevo año, cuando Madrid luce su clima más madrileño. Una réplica de esa estatua resiste valerosamente ante el mar abierto los vientos del Atlántico en el viejo muelle de Las Palmas, la ciudad natal del novelista. Que su obra, lo que quiere decir su obra, resista también todas las tormentas que hoy azotan el mundo, no es mala señal.

## UNA POETISA ENDIABLADA

Parece ser que los diablos no le entran en el cuerpo hasta el año 1868, cuando «puede, con sus cincuenta cercanos, despedirse de las conveniencias a que su doncellez la condenaba», según nos informa su biógrafo.

Se trata de la poetisa doña Agustina González y Romero, *la Perejila*, nacida en Las Palmas de Gran Canaria, que animó calles y plazas de la ciudad atlántica con su donaire desgarrado allá por los últimos años del pasado siglo. Hoy por primera vez sale a luz toda la poesía que dejó a nuestro alcance, recogida en una curiosa edición ochocentista—sospecho que de circulación reservada—por ese agudo coleccionista de sorpresas que es el investigador, cronista y compositor isleño Néstor Alamo.

La poetisa nace el 20 de agosto de 1820, y por su madre «trae oscurecida sangre hidalga», dato importante, ya que a los blasones de antaño solían ir adscritos determinados bienes, por los que suspiró constantemente doña Agustina al creerse desvalijada por sus familiares.

CLAUDIO DE LA TORRE

Esta lucha con la pobreza, y el apodo de *la Perejila* que las gentes le gritaban y que acaso llegó a enloquecerla, precipitan la violencia de su carácter hasta hacerla estallar en incontables improprios.

Permita Dios, albañil,  
que si dices ¡perejil!  
te caigas de ese pretil  
hecho pedazos al suelo.

Hoy se recogen estos y otros epigramas porque es en ellos, en los ataques a deudos y extraños, donde el editor y prologuista de la poetisa ve brillar mejor la espada hiriente de su musa.

Pablo ya está disecado  
y lo reclama la ciencia  
porque tiene ya marcados  
los nervios para experiencia.

¡Lástima que casi todos los epigramas sean de difícil reproducción! Los más certeros, por desgracia, son los más feroces. Mezcla sin rubor alguno cuanto se le viene a las mientes por los más laberínticos caminos. Lo escatológico es tema constante, con frecuencia ennoblecido por la furia. Sólo alguna vez la poetisa se siente fina, comedida, pese a las circunstancias adversas que la rodean, como cuando hace la presentación de su vecina Leonor ante el estrado de un juzgado municipal.

Aquí vengo, señor juez,  
a defenderme ante usted  
de injuria y falsos agravios,  
que esta ..... de mujer  
es Leonor de Lucifer  
y, al propio tiempo, de varios.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Por lo demás, el recuerdo de doña Agustina «vive hasta ahora en la ciudad, fresco y vibrante, como si la dama acabara de transponer la esquina del Reloj rumbo a vísperas en la catedral». Luce en toda ocasión, pues su figura queda ya como estereotipada por el viento en las revueltas calles de Vegueta, «su manto de blondas, sus anchísimas enaguas de beatilla negra o canela y su genio invencible, sin represión hasta el instante último».

Todo el que pasa a mi lado  
deja la acera con maña  
por no ver una montaña  
que se le pone delante.  
Me tengo por elegante  
y soy una cosa extraña.

No retrocede ni se rinde al ataque. «¡Perejila!», le grita una voz por la calle soleada. Erguida, con el bastón en alto, amenazante, indaga con los ojos casi ciegos la entornada celosía, y allá va el dardo envenenado, buscando algo que herir.

El periodista *Jordé*, que trae también su testimonio a esta biografía, recuerda a la inquieta poetisa «anciana y ciega, agazapada tras sus gafas de humo, golpeando al paso con la ferrada de su bastón aceras y paredes, siendo blanco de burlas de grandes y chicos que, por el placer morboso de oírla desbocarse—cosa que a ella le sabía más que si de huevos moles se tratara—, le gritaban su apodo».

Así, batiéndose contra una ciudad entera, amén de sus encrespados parientes, a los que fustiga también como venganza por el abandono en que la tienen, avan-

CLAUDIO DE LA TORRE

za por la vida este «ente romántico, bohemio y señorial» que fue nuestra heroína.

Acaso por su fama de poetisa tremenda, de truculentas inventivas, nos sorprenden más en su obra los poemas espirituales, que con frecuencia pueden llegar a enternecernos. Sobre todo aquellos en que se dibuja la figura de su padre, invocada por la poetisa seguramente en los momentos de más cruel desamparo.

.....  
cuando sentí que una mano  
fría tocó mi semblante  
y un suspiro, como el aura,  
sonó a mi oído muy suave.

.....  
—Dios me envía, hija querida,  
y vengo aquí a consolarte.

Néstor Alamo llega a encariñarse con su biografiada, de la que consigue reunir las más picantes anécdotas. «Poco más o menos—nos dice—, la vida de *la Perejila* fue tan desabrochada como la de Verlaine.»

La muerte, al fin, la sorprende a los setenta y ocho años de edad, el 4 de diciembre de 1897. Muere doña Agustina en el Asilo de los Desamparados, a la sombra de la caridad pública, lugar que parece bien elegido para poner fin a tanta soledad y desventura.

## EL TAMAÑO DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS

Me gusta medir la ciudad con el recuerdo. Las cosas van de mayor a menor, según el hombre va de menor a mayor. Es un fenómeno conocido, si es que puede llamarse fenómeno a un hecho natural. El árbol tiene mayor tamaño para el niño que no llega a sus ramas que para el hombre que casi consigue alcanzarlas. Y, sin embargo, la emoción del recuerdo nos da no sólo la dilatada dimensión que abarcaron los ojos infantiles, sino que nos resuelve todo ese mundo físico en una pura sensación.

Para mí, personalmente, la playa de las Canteras está hecha de música y de luz. Pero no me gustan las imágenes poéticas cuando intento explicar algo real.

No se trata aquí de música o de luz utilizadas como voces líricas, sino de la luz del sol que entraba en el verano por las ventanas de mi casa y de la música de un piano que sonaba en nuestra casa constantemente.

Del mismo modo, por asociación de aromas y colores, las Navidades en mi recuerdo tendrán siempre un olor

a violeta, a violeta natural, y el color amarillo de la retama. La nieve que vi años después por esos mismos días, y que hoy decora otro mundo de recuerdos, no se diferencia gran cosa del blanco algodón que cubre el árbol de Noel de mis primeros años.

Su color y su azul y su perfume tuvo también la Semana Santa de mi infancia. Desde aquella tenue brisa del mar que no movía la túnica de Jesús, pero que acrecía el aroma de las flores cuando nuestro Señor en su burrita se dirigía a Jerusalén por la calle de Triana, dejando atrás las palmeras de San Telmo, hasta aquella otra visión distante de los *tronos* al final de la calle de San Francisco, más acá de la Alameda, cuando venían como de visita, paso a paso, a la ancha plaza de San Bernardo.

Las procesiones de Semana Santa servían también para medir la ciudad antigua antes de que se prolongara hasta el Camino Nuevo. Lo demás era *Fuera la Portada*, fuera de las puertas de la ciudad, y al otro lado estaba el puerto.

El puerto y Las Palmas eran entonces dos cosas distintas, unidas por una locomotora empolvada, a vapor, que hacía el soleado recorrido entre nubes de arena. En realidad, esta carretera de Las Palmas al puerto no fue nunca un lazo de unión, sino un motivo de discordia.

Hoy seguramente el puerto y Las Palmas siguen siendo dos cosas distintas, pero serán más bien como dos barrios de una misma ciudad. Debe de estar ya todo edificado en el trayecto que los separaba, lo que unido al alargamiento de los muelles hará que un día el

tráfico del puerto sea también un ruido familiar en los distantes rincones de Vegueta.

La ciudad antigua, como decíamos, podía medirse en la Semana Santa con el paso lento de los *tronos*. Las procesiones iban de convento a convento dando la vuelta al recinto amurallado, y por eso no pasaban nunca de San Bernardo, que era el último monasterio camino de las Isletas.

En nuestro tiempo, San Francisco, Santo Domingo y San Agustín llevaban el peso de la Semana Mayor, guiados por la borriquita de la ermita de San Telmo, que iba delante. Cada procesión recorría siempre las mismas calles y llegábamos a identificar las imágenes con los lugares que recorrían. Así, el Señor de la Humildad y Paciencia quedaba fijo en la memoria al bordear la Alameda antigua, bajo el doble palio de los viejos laureles; el Señor con la Cruz a costas regresaba verdaderamente fatigado por la calle del Doctor Chil; la Verónica entraba presurosa en la catedral porque el viento que subía por la calle del Obispo Codina le arrebatava el lienzo de las manos. Todo esto se repetía año tras año, y así recordaba la ciudad el límite de sus parroquias.

Pero el tamaño de la ciudad ya no es el mismo. Como quedamos en que había dos barrios en la actualidad, en que la ciudad de nuestra infancia no es hoy más que uno de ellos, y no el más rico precisamente, el otro, el puerto, que tiene muy bien adquiridos sus derechos a cuantos lujos se le antojen, ha organizado también su Semana Santa. Las nuevas parroquias del Pino y de San Pablo dan la réplica a sus hermanas ma-

## CLAUDIO DE LA TORRE

yores de Vegueta y Triana. Se repite al otro extremo el mismo drama de la Pasión que quedó para siempre grabado en nuestros ojos. Ahora para los niños del puerto les nace una nueva tradición. Porque las ciudades al crecer, al duplicarse, duplican también sus sueños.

## NOCHE DEL VIERNES SANTO

Esta imagen de la Virgen que cruza por las calles estrechas de la ciudad en la noche del Viernes Santo; que ahora se ha detenido junto a la orilla del mar, resguardada de los vientos por las viejas casas de la calle de Triana; que ya de noche se detiene al pie del risco de San Nicolás, de regreso, fatigada por su inútil andar en busca del Hijo desaparecido, es Nuestra Señora de la Soledad de la Portería, que vuelve a su casa.

De retirada, fatigosamente, sube las empinadas calles que la traen hasta la pequeña iglesia que abre sus puertas junto a las flores de una alameda provinciana. La ciudad se agrupa en torno a su Virgen y la acompaña en la noche de su gran pena.

Las sombras de las calles se van iluminando al paso tembloroso de la imagen. En el cielo se encienden otras luces, y entre cielo y tierra la brisa del mar trae por encima de las blancas azoteas el rodar de las olas. Las puertas del templo, cuajadas de luz, se abren como ofreciéndole el único puerto seguro para su congoja.

La Virgen se detiene. Es la última vez que aguardará inútilmente a su Hijo antes de recogerse.

Esta imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que va en las últimas horas de su peregrinación por las calles de la ciudad de Las Palmas, es conocida popularmente con el nombre de la Virgen de la Portería por haber estado colocada en tiempos en la que fue del antiguo convento franciscano.

El convento de San Francisco es el primero que se funda en la capital isleña, hacia 1483. Según el cronista Benítez Inglott, la imagen que nos ocupa debió de llegar a las costas canarias ya entrado el siglo XVI. Hay una versión que refiere esta llegada con todos los atributos de una leyenda: el capitán de barco, la gran caja que trae a bordo de su velero y que le fue confiada por una desconocida; la entrega de la caja en la portería del convento; la estupefacción del capitán al comprobar que la imagen encerrada en la caja tenía las mismas facciones que la dama incógnita que se la confió...

Sobre esta leyenda, que en una de sus variantes llega a adquirir un matiz milagroso al conjeturar que pudiera ser la misma Virgen quien entregó su imagen, el cronista hace también una sugerencia. ¿Por qué no suponer que fue la propia reina doña Isabel la Católica, fundadora y patrona del convento, la que donó la efigie de Nuestra Señora? ¿Y no es también verosímil que el escultor a quien se la encargara copiase en su rostro las facciones de la soberana? «No es abundante —termina diciendo— la iconografía auténtica y directa de doña Isabel de Castilla, pero su comparación con la

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

imagen que nos ocupa acusa una extraordinaria semejanza.»

Esta es la breve historia de la Virgen de la Portería, que pasea su soledad por la orilla del mar, en la ciudad de Las Palmas, durante la noche del Viernes Santo. Si su rostro es o no el vivo retrato de la reina será siempre un tema a discutir, como todas las leyendas. Por lo demás, su expresión enigmática seguirá intrigándonos por los siglos de los siglos, iluminada por esa sonrisa que florece en sus labios el Sábado de Gloria al oír el repicar de las campanas que anuncian al mundo la Resurrección del Hijo Amado.

## AQUEL JUEVES

Aquel jueves extraordinario no sólo relumbraba más que el sol, con todo y ser éste el sol de Canarias, sino que olía intensamente a flores. Toda la ciudad, con los primeros calores del estío parecía exhalar un concentrado perfume a hojas de rosa, aplastadas contra el arroyo de la calle por el paso lento de la procesión. Porque la procesión del Corpus en Las Palmas tenía un olor inconfundible.

Hoy contemplo cuatro fotografías del Corpus de nuestra ciudad allá por el año 1912. En la primera de ellas, la Custodia sale de la catedral entre ocho guardias civiles con uniforme de gran gala: polaina abrochada por encima de la rodilla, pantalón blanco bien ceñido, casaca con doble fila de botones, cabeza descubierta y fusil al hombro. Detrás de la Custodia, bajo palio, ¿no es la figura del obispo Pérez Muñoz? Más al fondo aún, sobre la piedra en sombra del templo, lanzan sus reflejos los instrumentos de metal de la banda de música. Hay también unos soldados rodilla en tierra, y en primer término, de espaldas al fotógrafo, un grupo

juvenil, tras el que descuella la cabeza vigilante del canónigo don José Feo vuelta hacia el atrio, atenta a los movimientos del *trono* al bajar a la acera.

La segunda fotografía es un rincón de la calle del Reloj, en el que aguarda apelotonada la escolta de caballería que ha de subir por una de las vías laterales de la plaza. Los jinetes, con alto morrión de piel y cruzado el pecho por trenzados cordones conservan ese aire marcial de opereta que suelen evocar los uniformes antiguos. En el último término de la estampa, cerrando la calle, hay un trozo del seminario conciliar por cuya alta cornisa corre una guirnalda.

Allí está, al fondo de la fotografía, la calle del Doctor Chil cubiertas las fachadas de sus casas de verdes ramas, entre las que corre como un río de apretados colores, cuesta abajo, la alfombra de flores.

En la tercera fotografía, las comisiones civiles y militares que acompañan la procesión van ya por la plaza de Santa Ana arriba, presididas por la blanca ancianidad de don Felipe Massiéu.

La última de las fotografías que tengo entre las manos es una larga perspectiva de la calle de J. León y Joven, alfombrada también y bordeada en las aceras por unas elegantes señoritas con grandes sombreros. Balcones engalanados, grupo de apuestos oficiales que cubren la carrera y, al final de la calle, una luz cegadora: el mar.

Todos estos rincones del viejo barrio de Vegueta quedarán después, pasada ya la procesión, saturados del aroma intenso de las flores pisoteadas. Y es este olor a jardín y no a campo lo que quedará en los sentidos para recordar mejor aquel jueves.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

En Madrid, en cambio, el Corpus de los primeros años de este siglo no tenía olor alguno a flores naturales. Yo lo recuerdo como una de las últimas estampas románticas que quedaron prendidas en mi memoria. Aquel Madrid pronto iba a acabarse. La procesión conservaba todavía ese aire antiguo de reliquia guardada en una urna. Las flores de cera no tenían perfume, pero parecían sembrar el aire de mariposas muertas. Olía a incienso y a recatada naftalina. Daban la escolta los alabarderos con su unifrome de vieja ilustración.

Aquel jueves tan importante del año relumbraba más que el sol en todas partes, pero a la orilla del mar, allá en Las Palmas, tenía además un no sé qué...

## NOCHEBUENA CANARIA

En el avión tenemos que remontar el vuelo para alcanzar los mil, los dos mil, los tres mil metros de altura. Ya estamos sobre las Cumbres canarias. Hay una transparencia en la que parece incrustado, inmóvil, el paisaje; un paisaje de piedra calcinada que se enfría junto a las nieves. Diríase que en las noches de invierno sube la brisa templada del mar para afilarse en estas rocas.

Abajo está el mar, y junto al mar las palmeras, los cactus, los centenarios laurales de la India. Toda la costa corre hacia América—porque Canarias es ya la orilla de otro mundo—cargada de aromas. Las *isas* y las *folías* son canciones marineras, pero se han acostumbrado ya a sonar al pie de los aguacates, de los chirimoyos, al calor de la ancha hoja del tabaco. Abajo está el mar y la gente, y los geranios vivos, y la *bouganville* que templá entre sus ramas el frío de diciembre. Está casi todo porque está la vida de los hombres.

Pero éstas son las Cumbres. Este es el Nublo, el pico

más alto de Gran Canaria, y al fondo, entre los fantasmas de piedra de Tejeda, se levanta el Teide envuelto en su sábana de nieve.

No se ve a nadie por estas montañas. Es difícil distinguir a la gente que se mueve por el laberinto de las rocas. Poca vida hay por las alturas. El ganado sólo se cuelga de los precipicios para bajar al valle. Sin embargo, el hombre vive aquí también.

Aquí ha abierto, en la roca, su cueva: las cuevas canarias. Amplias, limpias, blancas de cal. Generaciones y generaciones fueron horadando la piedra hasta conseguir un calor de vida. Son muchos los seres que habitan en ellas, más de los que se descubren al pasar, muchos más de los que se adivinan. En los días de la Navidad, en la Nochebuena sobre todo, animan con sus bailes y canciones el Belén natural que son sus cuevas de piedra dura. Decoran sus veredas las más modestas figuras de los Nacimientos, porque es verdad que los ganados pastan allí abajo, donde crece la hierba; pero en las alturas no faltan nunca las cabras y el pastor.

Junto al mar está la ciudad atlántica, Las Palmas. Tuvo un fuerte sabor colonial que perdió con los primeros años del siglo. Era entonces una ciudad pequeña, reducida casi su vida comercial a un barrio naciente, el de Triana, en el que aún se oían muy próximas las campanas de la vieja catedral. En torno a ésta, estrechándose para caber todas, las calles del antiguo recinto de Vegueta, que fue la ciudad primitiva, desembocaban como arroyos en la plaza de Santa Ana. Aquí tenían lugar las mayores solemnidades del año: la conmemoración de la Conquista, la procesión del Miércoles

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Santo, las manifestaciones patrióticas pidiendo la división de la provincia...

Había una noche de diciembre, la Nochebuena, en que la plaza estaba a oscuras. Al fondo, sobre la orilla del mar, se abrían los grandes portones de la catedral como las compuertas de un horno por las que saliera un incienso de oro. Se quemaban dentro, en un fuego divino, casullas y ornamentos, candelabros de plata y libros de oraciones. Era la Misa del Gallo. Pero este fuego litúrgico, esta hoguera recién encendida que iba a dar calor a los fieles tenía su música familiar, hoy ya olvidada.

Esta misa de Nochebuena, que aún revive en alguna que otra parroquia apartada de la ciudad, pues ni los templos catedralicios se resisten a las novedades de los tiempos, volverá a ser con los años, pese a su sordina pasajera, la música que mejor acompañe al nacimiento del Niño-Dios a la orilla del mar canario. El fragor de las olas que rompe en el espigón de San Agustín, y que a la catedral llega ya convertido en rumor lejano del mundo, no encontrará mejor réplica para la esperanza que aquel trinar de pájaros de los violines. Si alguna vez hay que despertar a un pueblo para que vea a un niño dormido, nada mejor que despertarlo así, suavemente, con una alegría apagada de cascabeles.

La ciudad en tanto, con el tiempo, se ha ido extendiendo por la costa y la hoguera primitiva ha encendido mil luces diferentes. Brillan las velas blancas de la Navidad en los múltiples barrios de la ciudad nueva. Brillan las velas rojas del árbol de Noel en los *chalets* coloniales con muebles ingleses. La ciudad se funde.

## CLAUDIO DE LA TORRE

De todas las razas, desde el nórdico inglés hasta el moreno sirio trashumante, surge una raza nueva a la que da una savia vigorosa la antigua sangre de los canarios y la activa y conquistadora de la invasión forastera.

La Nochebuena de Las Palmas reúne bajo el cielo estrellado de sus noches tranquilas un mundo que está disperso por la Tierra y que allí se junta con un sueño común. Al otro extremo de la costa, el viejo barrio de Vegueta, el primer núcleo de la ciudad, mantiene sus tradiciones venerables. Cruza la gente la oscura plaza de Santa Ana y entra en la catedral. Luego, tras la misa, las casas se cierran para la cena y las calles duermen en silencio. La vida se ha ido lejos, hacia el puerto, y hasta el barrio de Triana, en un tiempo centro comercial, se ha ido quedando vacío con los años. Primero desaparecieron los hoteles extranjeros de la plaza de San Bernardo. Alguna casa se cerró también como se cierra una caja de recuerdos. Sólo quedaron en la plaza los más bellos laureles de la isla. Todo cambia, menos la Nochebuena. Porque la luz es siempre la misma desde Aquel día.

## CASA DE COLON

El almirante, que tuvo vida tan inquieta, no descansa todavía en su bien ganada gloria. Ni descansará por los siglos de los siglos porque es ya un fantasma universal. Su origen oscuro, su azarosa existencia, el ir y venir por el mundo de una punta a otra fue dejando su huella por mil lugares. Pisó en su tiempo un continente fabuloso, poblado de leyendas, y esto sólo había de convertirlo en un personaje legendario.

Nació, al parecer, a orillas del Mediterráneo; pero su cuna la mecieron otros mares durante muchos años, al decir de las gentes. Sus cenizas, ya muerto, cruzaron varias veces el Atlántico, y en uno de esos viajes se debió trastocar la ruta. ¿Llegaron finalmente aquí o allá? Como el monje negro de Chejov su sombra se proyecta a millas de distancia, repitiéndose la imagen de un lado a otro de la atmósfera para que lo vean en todas partes.

El almirante, tentado siempre por la rara aventura, fue buen conocedor desde antes del descubrimiento de las primeras olas del mar Tenebroso, «cuando cabecea-

ba con sus naos por las riberas del Africa vecina en la trata del oro y el ébano», según nos cuenta con feliz palabra Néstor Alamo, uno de sus más recientes comentaristas. De aquel tiempo debe datar su conocimiento de las Islas Canarias, una de cuyas ciudades, Las Palmas, oye de labios del navegante las novísimas oraciones cristianas a los pocos años de la conquista española.

Esta casa de Colón de Las Palmas está situada en el corazón de la ciudad, allí donde Nuestra Señora Santa Ana, madre de la Virgen María, señaló a los conquistadores según la tradición el primer campamento. Frente a la casa, como para mirarse en él a todas horas, está el marco de piedra de San Antonio Abad, el solar de la vieja ermita que oyó los rezos del almirante.

La casa es un ancho patio colonial rodeado de salas espaciosas. En la fachada, cortando la esquina de la plaza y la calle, un recio balcón de tea evoca el maderamen de una nave. El cargamento dentro del recinto no lleva menos sueños e ilusiones que los que empujaban a los descubridores. Sólo que ahora no se trata de descubrir nuevas tierras, sino de embellecer las conocidas. En la casa de Colón de Las Palmas se ha inaugurado el primer museo romántico de la ciudad.

## DON DOMINGO RIVERO

Se debió acaso al primer libro de versos de Tomás Morales, *Los poemas de la gloria, del amor y del mar*, publicado en 1908, casi todo el movimiento poético de entonces en las Islas Canarias, avivado por la presencia del poeta en una ciudad: Las Palmas. Desde aquel año distante y tranquilo hasta los más turbulentos de la guerra europea, la llama prendió tan rápidamente que llegó a formar incluso una visible hoguera. Se dio, pues, el fenómeno, tan confortable, de que en una ciudad comercial, como conviene por otra parte a su destino, pudiera vivir y prosperar una apreciable comunidad de poetas. Una lista de éstos, con los que conviví en los años de mi juventud, una simple enumeración de sus nombres, bien pronto recogidos profusamente por las revistas literarias de la época, merece una vez más nuestro recuerdo. Los poetas son Luis Doreste, Alonso Quesada, Saulo Torón, Agustín Millares Carlo, Pedro Perdomo Acedo, Luis B. Inglott, Fernando González, Montiano Placeres, Félix Delgado, por no citar sino

aquellos que consiguieron un eco bien destacado en el campo renaciente entonces de nuestra lírica.

Todos estos poetas nacen en la misma isla, casi en la misma ciudad. Todos aportan una variada contribución lírica: desde la íntima violencia tan conmovedora de Alonso Quesada, hasta la quieta conformidad ejemplar de Saulo Torón.

Pero en la lista no están todos. Aún queda aislada la voz inconfundible de don Domingo Rivero, el más viejo en edad de los poetas canarios de aquellos tiempos.

Don Domingo tuvo una larga vida y una venerada ancianidad; pero murió pasados los setenta años de existencia sin que se decidiera a publicar sus versos. Confesaba en la intimidad un profundo terror a la imprenta y sus erratas. Su nombre, pues, sonó en muy contadas ocasiones. Pero el curioso que abra el libro de Tomás Morales *Las rosas de Hércules* encontrará en una nota final, hacia la página 145, uno de los pocos sonetos impresos de nuestro poeta. Naturalmente que la imprenta justificó la aversión que le inspiraba, eternizando el poema con dos erratas de bulto por lo menos. Corregidas en mi ejemplar por la propia mano de don Domingo, debe decir así el soneto:

Apolo te conserve la fuerza y el reposo,  
nieta de labradores, que en tus estrofas juntas  
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso  
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas.  
Por ti surgiendo van en amplios medallones  
los viejos campesinos de continente austero  
y trajes que dejaban latir los corazones  
tejidos toscamente en el telar casero.  
Allá, entre sus montañas, cumplieron un destino;  
profunda fue su huella y corto su camino...

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Tu pluma los evoca junto a la fuente clara  
con que regar solían en lo alto de la sierra,  
y, atávica, tu mano, en vez de escribir, ara...  
trazando sus figuras sobre la misma tierra.

Este soneto, como decía, fue de los pocos cuya publicación autorizó su autor, movido quizá por la muerte prematura del poeta Tomás Morales, con quien le unían amistad y parentesco. En cuanto al resto de su obra, no podemos los que le conocíamos hablar de don Domingo sin recordar inmediatamente a su hijo, a Juan Rivero del Castillo-Olivares, nombre que debería figurar asimismo en nuestra historia insular, porque a falta de otros menesteres literarios, que también los tuvo, fue el más apasionado divulgador de la obra de su padre. Gracias a él, al hijo mayor, no se han perdido del todo en nuestra memoria los versos que tantas veces nos leyó.

De la ermita perdida  
en la falda del monte solitario,  
imagen de mi vida  
entre ruinas se eleva el campanario.  
Mi vida fracasó: desvanecidos  
contemplé mis anhelos; y mis hombros  
siento que ya vacilan doloridos  
de sostener escombros.  
Pero en mi pecho se conserva sana,  
como en mi fuerte juventud lejana,  
la recóndita fibra  
donde, cual entre ruinas la campana,  
el ideal aún vibra.

He aquí un acento peculiar de su poesía: este verso de continuo reflejado en el mundo que le rodea, en los aspectos menores de ese mundo. Así, nuestro poeta

supo encontrar poesía, y la mejor poesía, en cosas que parecían casi muertas. Llega incluso a titular de este modo a dos de sus poemas: *Silla de junto al lecho* y *A los muebles de mi cuarto*. No pudo en realidad mirar más cerca. Pero allí había también algo indefinible, que él supo expresar.

Pasaba ya de largo el medio siglo de existencia. En aquellos días, en la penumbra de su alcoba, se sintió por primera vez poeta. Pero como la juventud estaba ya perdida, la poesía le brota con un verbo reflexivo, maduro y grave, alcanzando sin esfuerzo alguno los más poéticos acentos.

Está el poeta frente al espejo. La poca luz de la tarde no entra en la habitación. Se ha quedado en el patio abierto de su casa canaria, a la que empieza a arrullar de lejos el mar de la noche. Así le llega al corazón la soledad del mundo.

No se esfuerza por distinguir su imagen. Está allí, clavada en el espejo. Es alta, oscura, erguida hasta los hombros. Sólo la barba blanca se inclina sobre el pecho.

¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?  
 ¿Por qué con humildad no he de quererte  
 si en ti fui niño y joven, y en ti arribo,  
 viejo, a las tristes playas de la muerte?  
 Tu pecho ha sollozado compasivo  
 por mí, en los rudos golpes de mi suerte;  
 ha jadeado con mi sed, y altivo  
 con mi ambición latió cuando era fuerte.  
 Y hoy te rindes al fin, pobre materia,  
 extenuada de angustia y de miseria.  
 ¿Por qué no te he de amar? ¿Qué seré el día  
 que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!  
 Sólo sé que en tus hombros hice mía  
 mi cruz, mi parte en el dolor humano.

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

Este es el famoso soneto de don Domingo Rivero, al menos en la versión que yo conservo en la memoria. Un día, cuando sea más conocido figurará por derecho propio en las antologías españolas. Porque es posible que se trate de uno de los mejores sonetos contemporáneos. (Por favor, amigo cajista, ¡cuidado con las erratas!)

## RECUERDO DE LOS TRES

Tomás Morales es ancho, corpulento, encorvado como un sauce frondoso, la cabeza inclinada siempre sobre el hombro para ahorrar distancia a la mirada alta. Así, con esta actitud confidencial, habla el poeta Tomás Morales en las esquinas de su ciudad, en todas las esquinas, a la luz del año 1916.

Ha bajado hoy de la villa de Agaete envuelto como un fantasma en un enorme guardapolvo blanco. Trae el último poema del mar para leerlo a su amigo Alonso Quesada.

Alonso Quesada es también poeta. Alto también, pero enjuto, débil. Vive entre números y quimeras en un Banco inglés, enredado en el laberinto del ocho como en un callejón sin salida.

Alonso Quesada tiene un mirar de águila. Cuando el guardapolvo de su amigo ilumina las sombras de la oficina, él sabe que es como si entrara el sol blanco de la calle. Así deslumbrado, levanta su busto del pupitre como un ave de presa entumecida. Es su hora.

La ha esperado durante toda la semana. Ya tiene con quién hablar.

Morales y Quesada son dos nombres inseparables en la vida y en la historia literaria de las islas. Vivieron estos dos poetas estrechamente unidos y soñaron increíblemente separados. El día de mañana, cuando la crítica separe hombres y cosas será difícil comprender que los dos nacieran en la misma tierra, por los mismos años, y que tuvieran unas vidas parejas, de trato cotidiano. No hay influencias mutuas, no hay huella de la obra del uno en la del otro. Son dos seres distintos, como nacidos en distintos mundos. Nadie diría que contemplaron juntos en la niñez el mismo paisaje, ni que respiraron más tarde, ya hombres, cogidos del brazo, la brisa del mismo mar.

Tomás Morales, sin embargo, se sale con frecuencia de la isla. En sus grandes odas le empuja un viento mayor, se aleja, pierde el contorno de las costas y se adentra al compás de sus poemas por el viejo Mediterráneo, que no es un mar canario, sino clásico. Alonso Quesada, en cambio, refugiado en su casa, prefería escuchar el rumor sordo de la tierra y cerraba las ventanas para no ver el mar, que sólo fue para él tema de angustia. Alonso Quesada y Tomás Morales: la tierra y el mar. La isla completa.

Y ahora van juntos hablando por la calle de Triana. (Conviene señalar este hecho trivial, de increíble realismo: un día determinado, a una hora determinada, pasaron los dos hablando, «vivos», por una calle. De esto no hace muchos años, y ya parece mentira.)

¿Y adónde van ahora? ¿Adónde pueden ir los dos a esta hora del mediodía, con un sol tan fuerte que pare-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

ce borrar los lugares? ¿Es que se ve algo cuando el sol del Atlántico cae sobre el mar? Sólo allí, junto a la orilla, brillan algunas lápidas. Es el cementerio de la ciudad, viejo tema de los poetas. «Pedacito de tierra que eres mi tierra», lo llamó Luis Millares.

Alonso Quesada lo conoce muy bien. A lo largo de su obra hay referencias constantes.

.....  
Al fondo de la aldea, el cementerio  
es una sombra luminosa... Brilla  
como la mancha que los ojos tienen  
cuando han mirado al sol, "y ya no miran".  
.....

.....  
¿Quién será esta mujer de veinte años  
que han enterrado en este oscuro nicho  
y cuyo nombre no sabremos nunca  
de qué patria será ni quién lo ha escrito?  
.....

.....  
Abrieron una fosa. Los rosales  
con timidez sus rosas agitaron  
a cada golpe de la azada, y todo  
era de un hondo meditar amargo.  
.....

Iban por tanto a un lugar familiar, y por eso no cambiaron ni el andar ni la sonrisa.

A la entrada del cementerio, junto a las tapias blancas les esperaba Néstor, el amigo pintor. Brillaba el mar con un azul intenso, plateadas las orillas por el reverberar de la distancia. Sobre el horizonte, la aparición inmóvil de un velero. («El velero que no pasa jamás», debió pensar Alonso Quesada.) Y más allá, tras la línea de la playa, el corte negro de las rocas del Sur clavadas en la Mar Fea. Silencio, soledad.

Hablan los tres amigos. Ahora han subido al corre-

dor alto del cementerio viejo, desde donde vuelve a verse el mar. El rumor de las olas acompaña bien el sueño de estos nichos humildes, descoloridos por el sol, por los que pasa la brisa como un suspiro. Y el mar azul, henchido, contenido, acompaña también los sueños de estos tres corazones jóvenes.

Alonso Quesada rompe la luz del día, gritando:

¡Oh, no morir ahora, que mañana  
el sol ha de brotar más luminoso!  
El corazón lo dice, y él espera  
alcanzar el mañana todavía.

Néstor habla después. A su voz cobra vida el poema del Atlántico. Las aguas y los peces rodean ya su nombre mitológico. Todo el mar de sus islas, todas sus islas, están ya concentradas, prontas, en la punta del pincel.

Tomás Morales calla. Con su mano de niño acaricia una invisible obra monumental: *Las rosas de Hércules*, tomo I, tomo II, tomo III, tomo IV. Mira también el mar y murmura:

¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!  
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,  
siento que nueva sangre palpita por mis venas,  
y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte.

Y eso fue todo. Hoy han vuelto a reunirse los tres amigos en el viejo cementerio. Néstor y Tomás Morales están al entrar, a la izquierda, en dos bellos mausoleos que levantaron el amor y el desconsuelo de todos. Alonso Quesada tiene un nicho más oculto, más olvidado.

## ULTIMO BREVIARIO

## CIFRA Y ESTILO

Aquí está, entre los raros frutos de Eugenio d'Ors, esta *Flos saphlorum*, bien plantada en tierras catalanas hace ya bastantes años, pero siempre fragante. Conserva el mismo aroma que entonces porque son hondas sus raíces, ya que se nutren de la sangre de los sabios. La hoja y la flor perennes son las vidas ejemplares.

Entre estas vidas figura la de Pascal, sólo un pequeño trozo arrancado del árbol de la infancia. La sobriedad del recetario orsiano señala, una vez más, la dosis prudente para despertar el apetito. Porque esta anécdota del sabio de Clermont, como tantas otras que Ors nos ha contado, señala también la estrella que nos llevará por buen camino. «En principio—nos dice—las cosas de ciencia, una vez inventadas, no han de volver a inventarse.» «Asimismo—añade—, el dolor que se emplea en resolver, por medio de la labor propia, lo que pasivamente podría encontrarse en un libro, no es perdido del todo.»

Blaise Pascal, por tanto, no perdió su tiempo al volver a inventar la geometría. Recorrer el camino de las

proposiciones de Euclides, convencido de ser el primer caminante, debió de poner ante sus ojos el espectáculo de un mundo nuevo, recogido gozosamente por su mirada de explorador. Si después supo que era camino público, se encontró en cambio con los músculos fortalecidos. «La gimnástica utilidad», de que nos habla Ors.

A igual ejercicio benéfico debió de entregarse la pequeña Jacqueline Pascal, la más joven de los tres hermanos, al inventar a los seis años de edad la poesía. Porque edad tan temprana no permite hablar de descubrimiento, sino más bien de hallazgo o invención. Los versos estaban allí, dentro de su sentir poético. «La poesía cantaba a su oído», como ha dicho uno de sus biógrafos.

En cuanto a Gilberte, la mayor de las hermanas, se contentó con escribir la vida de los suyos, lo que tampoco deja de ser una invención ya que dio existencia formal a unos seres cuyos recuerdos se extinguían.

Esta familia de poetas y matemáticos tenía que ser forzosamente amiga de la claridad, de la constante histórica, de la unidad, de la cultura. Tenía que ser amiga de Eugenio d'Ors. Porque d'Ors sabía muy bien que aunque casi todas las verdades están en los libros desde que el mundo es libro, aún quedan algunas por inventar cuando se tiene vocación de ciencia—y en el escritor, además, estilo propio—, y no hay placer mayor que salir al mundo con las adivinaciones de cada día, todos los días, con la glosa diaria, a predicar la buena nueva.

## BAILANDO SE ENTIENDE LA GENTE

En general, todo el mundo ha bailado en algún momento de su vida, hasta los más graves personajes. El historiador Llanos y Torriglia nos asegura que Sócrates bailó, que bailaron Epaminondas y Santa Isabel de Hungría, y que Diana de Poitiers cantó una vez el *De profundis* mientras danzaba. En la Corte de Carlos XI nos asegura también que «se bailó cantando salmos».

Sabíamos que Luis XIV había dejado de bailar cuando Racine, al escribir *Britanicus*, se permitió censurar esta afición de Nerón. Pero desconocíamos el dato preciso de que Felipe II bailara en alguna de sus bodas «el paso de hacha o el pie gibao», nombres modernísimos para nuestros oídos.

El baile es acaso la primera noticia que tiene el hombre de su disposición para expresarse sin palabras. En las páginas de la Biblia vemos a María, la hermana de Moisés, que danza en acción de gracias por el paso del mar Rojo. También la hija de Jefté recibe a su padre danzando cuando éste vuelve victo-

rioso de la guerra, sin saber la infeliz lo que le espera, ya que el vencedor de los ammonitas había ofrecido en holocausto la vida de la primera persona que saliera a su encuentro. Gaal, con sus hermanos, entra danzando en Siquem y destroza con sus saltos las viñas del odiado Zebul. Y a lo largo del *Libro Santo*, entre salmos y cantares van tejiendo otros pies ilustres danzas y más danzas. Quizá por estos antecedentes venerables el severo Luis Vives no desaprueba del todo el baile honesto entre las muchachas cristianas.

En tiempos modernos Federico el Grande, pese a la amistad de los filósofos y de haberse empeñado entre otras empresas en una guerra que le distrajo durante siete años, se entrega apasionadamente al baile en sus raros momentos de ocio. Aun en circunstancias bien difíciles, como fueron las del Terror, no sólo organizan las víctimas una especie de baile de etiqueta con todos los respetos y cortesías que merece el despedirse de la vida, sino que asisten a la ceremonia, conmovidas y en silencio, las propias familias de los que van a ajusticiar después de inclinarse con una última reverencia.

Los primeros cincuenta años de este siglo conocen también a un gran bailarín, esta vez profesional. Fue este bailarín Nijinsky, ruso, mezcla de hombre y de resorte mecánico, el que un día abrió en París, de golpe, la caja de sorpresas. Con la Karsavina, la Pawlova, el pintor Bakst y el genio de Fokine descubrió al mundo occidental una nueva manera de entenderse, un lenguaje universal que a todos cautivaba. La influencia de los bailes rusos con sus trofeos orientales, y la belleza, nueva entonces para los ojos, de su fuerza primitiva, no dejó de contribuir a aquella atmósfera de

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

soñolencia de los primeros años, cuando el mundo parecía adormecido o por lo menos sin ganas de despertar.

En España se ha bailado siempre, pero de otra manera. Como se baila desde que se nace no se le da gran importancia. Es uno de los orgullos de la raza. El «bailaor» Ramírez, famoso en su tiempo, a quien Diaghilev contrató en Sevilla para incorporarlo a su compañía, no sólo no se trasladó a París como era lo convenido, sino que con el anticipo del contrato se compró un reloj de oro. ¡El tiempo! Eso era lo importante: verlo pasar con tanto lujo.

Ramírez y Nijinsky, por una extraña hermandad, murieron locos. Pero que el camino del baile es uno de los más indicados para hacerse comprender de la gente nos lo demuestra el hecho de que una gran nación como Inglaterra se haya dedicado en estos últimos años al culto fervoroso de arte tan universal. Hoy tiene probablemente las mejores escuelas de baile y los más refinados espectáculos de *ballets*. Con ellos Inglaterra recorre el mundo a ver si de esta vez la comprenden mejor. Porque lo bueno que tiene el baile es que no le hacen falta las palabras, que todo lo enredan.

## HABLANDO NO SE ENTIENDE LA GENTE

En una aldea de Ceylán vivía un hombre joven que tenía un elefante a su servicio. El elefante se llamaba *Hurathali*. El hombre joven se casó con una muchacha de otra aldea que tenía también un nombre enrevesado. La esposa desde el primer día cuidó con tanto cariño del elefante, que éste la adoraba. No así el marido, al que pronto se le enfrió el amor por su mujer. Vinieron, pues, las desavenencias y más tarde la separación definitiva. La muchacha volvió a casa de sus padres. Pero no contaba con el elefante. *Hurathali*, moviendo su rabo filosóficamente, se encaminó a la vecina aldea en busca de la esposa. La abrazó con su trompa, emprendió con tan dulce carga el regreso al hogar y la entregó de nuevo en brazos del marido. El matrimonio volvió a ser feliz.

«La raza humana—comentó *The Times*—, con la excepción de míster Bernard Shaw, no tiene rival como el elefante entre los vegetarianos, al que pueda compararse en sabiduría y longevidad.» Es de esperar después de esta declaración que el paquidermo de marfil

con su trompa levantada en señal de abrazo, que fue mascota en el hogar de nuestros padres, vuelva ahora a ser inexcusable en los presentes de bodas.

Pero es probable también que las inglesas, tan celosas de su felicidad, no se conformen con tan poco. Querrán tener en su casa un elefante vivo, para lo que no les dará muchas facilidades el reducido espacio de que dispone para instalarse, si es que dispone en la actualidad, cualquier pareja de recién casados.

Más importante, sin embargo, nos parece la lección del elefante. Con él le fue fácil entenderse a la joven esposa, entre otras razones porque no hablaba. Era un paquidermo de acción, de los que hacen las cosas sin comentarlas. Porque el mucho hablar, según San Isidoro, no está falto de pecado. Y a juzgar por la algarabía de las voces, pocas veces se ha hablado tanto como ahora y nunca ha estado la felicidad del mundo tan difícil.

Gracián, en *El Criticón*, no vacila en aconsejarnos el hablar, al que supone efecto del raciocinio, como uno de los ejercicios para que la mente no se atrofie. Llega incluso a asegurar que «quien no discurre, no conversa», lo que no le impide hacer la observación en el mismo libro, cien páginas adelante, de que aquel que sabe más suele ser con frecuencia el que habla menos. Su idea, la de Gracián, sobre el arte de conversador llega a tener las solemnidades de un culto, lo que no deja de sorprender en tan hosco personaje. «Hablando los sabios—escribe—engendran otros, y por la conversación se conduce el ánimo a la sabiduría dulcemente.» Dos siglos más tarde, Talleyrand desconfiará de los sabios al sospechar que la palabra se le había dado al

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

hombre para disfrazar o encubrir sus pensamientos. Pero allá ellos y los sabios. Aquí se trata de otras habladurías. Lo que no quiere decir que tengamos al joven de Ceylán por un tonto, ni mucho menos a la humanidad que le rodea. Sino que puestos a hablar todos a un tiempo, como sucede en nuestros días, es muy probable que hablen muchos más tontos que sabios, que son los menos.

Sea como sea, lo cierto es que nuestro mundo no llega a entenderse a pesar de los miles de delegados que hablan hoy en su nombre. La gente no se entiende hablando. Lo que hace falta es un elefante, viejo y decidido, que haga algo útil por los hombres. Por ejemplo, no dejarles hablar.

## NUEVO DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

El nuevo descubrimiento de América por los mares de su literatura habrá de encomendarse un día a muy pacientes navegantes. Por las rutas de su novela, de su poesía, de su teatro, podrán irse perfilando primero las dilatadas costas del continente; más tarde sus ciudades y paisajes; luego sus hombres y sus inquietudes, para llegar así a un ordenado inventario que nos dé la definición total del mundo que exploramos.

Como vamos en busca de unas diferenciaciones habrá que despojar al hombre que se nos presenta, por ejemplo, en la novela americana, de todos aquellos aspectos que le relacionan en su vida aparente con los hombres de otras latitudes a fin de no dejarnos engañar por lo que es sólo una civilización común. No importa, por tanto, que Múnera, protagonista de Osorio Lizarazo, que busca el oro bajo la tierra, aferre su ambición a metal tan codiciado del universo. Lo que importa es el rincón de su montaña, el trajinar de los mineros, la luz de las estrellas en la inmensa soledad. He aquí un escenario que puede darnos un hombre distinto.

Cuando en la maraña de *La vorágine* oímos las pisadas de los hombres sabemos que van por la selva, por una selva que los transforma en seres peculiares. Arturo Cova machetea los gigantescos árboles, pero hiere algo más arraigado en la tierra que las propias raíces que conmueve. Hasta el dolor humano, con ser el mismo en todas las latitudes, rompe sin embargo las sombras de la selva con un grito distinto, porque este grito no nace en la garganta de un hombre para morir en el espacio, sino que crece y se amplifica a su manera, deformado, quizá engrandecido, en la vasta caja vegetal de resonancia que da el suelo determinado.

Los mismos indios ateridos de Ventura García Calderón, tan en contacto con aquella Lima virreinal que fue en el siglo XVIII la más europea de las ciudades americanas, siguen siendo los seres indescifrables que nos legó la tradición. Pero el indio es sujeto aparte, aislado, poco representativo por su sangre pura del hombre entremezclado que nos da la literatura americana. En este último está más claro su batallar, su definirse sin rodeos por manifiestos impulsos, aun en los más taciturnos.

Si acercamos más a Europa el drama americano, como en *El gesticulador*, de Usigli, nos encontramos con que el hombre zarandeado por revoluciones y políticas tan generalizadas hoy, conservan sin embargo su peculiar latido, su específica mirada sobre cosas y personas que se tiñen de este modo de una realidad particular.

El profesor que nos presenta Usigli es el mismo universitario que tiene similar quehacer en Europa. Un viento huracanado lo devuelve a su pueblo natal, don-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

de al parecer ha de acabar sus días. Pero entonces es allí, precisamente en la calle donde nació, entre sus amigos de la infancia, sobre las piedras inalterables de una ciudad dormida donde va a sucederle la más increíble aventura.

Prodigio éste, para nosotros, típicamente americano: la vida nunca se detiene, no hay siglos todavía que puedan aplastar y hacer estéril la novedad de sentirse vivo. Se vive a cada instante. Aun con los ojos adormecidos por la siesta, en la paz de una ciudad provinciana se vigila la aparición del milagro, se cree en él porque la tierra necesita todavía de hechos sorprendentes para que dé todos los frutos que encierra. Y cuando no es así, cuando la gente se llama a engaño, cuando el milagro no cobra realidad surge entonces la justicia que condena a los visionarios, pero nace en cambio el mito como suprema creación: el mito americano. ¡Viaje demasiado largo para una breve noticia!

## EL TIEMPO ES ORO

Había que ganar tiempo, que ganar dinero, y por eso se fueron haciendo las cosas más de prisa. De Vilna a París cuando el desastre de Rusia tardó Napoleón unas trescientas doce horas, según cálculo de Wells que era muy aficionado a estas cosas. Hechas, pues, las operaciones necesarias, la velocidad de Napoleón en aquellas circunstancias no excedió de los ocho kilómetros por hora, pese a que disponía de los mejores transportes de la época. Lo que quiere decir que debió de ganar cuanto oro había entonces disponible, ya que el tiempo en aquellos años no se podía administrar más sabiamente.

En la Historia hay otro ejemplo ilustre de tiempo ganado. Toda la *Iliada*, con la tremenda cólera de Aquiles dilatándola hasta el máximo, cabe en cincuenta días. En estas mil doscientas horas, qué diría Wells, se mueven holgadamente Helena y Paris a pesar de tener que realizar un rapto; muere Patroclo heroicamente; Héctor cruza victorioso la llanura y Aquiles lo arrastra ante las murallas, no conmovido todavía por los llan-

tos de Priamo. Este glorioso episodio de la guerra de Troya, venerado por los siglos de los siglos, se ejecuta en menos de dos meses.

Nuestro don Juan, al que debemos también recordar cuando hablamos de administrar los días, fue bastante rápido en sus aventuras. Una hora, nos dice, le bastaba para olvidarlas. Lo que parece demostrar que en cualquier época, por desordenada que fuese, se le daba una cierta importancia al hecho de no perder el tiempo. Sólo en las épocas místicas no la tenía, ya que el alma se quedaba en su contemplación absorta en la divinidad, como suspendida en el aire, sin tiempo, según nos dice San Juan de la Cruz.

Por eso en nuestra época, que no es precisamente un modelo de renunciamentos, el tiempo ha llegado a tener una importancia decisiva. Se han batido todos los *records*. No queda ya nada que no se pueda hacer aceleradamente: aprender un idioma, casarse, dar la vuelta al mundo. Cualquiera de estas actividades no requiere más de una semana. Porque hay muchas cosas que hacer a la vez y ninguna puede ser tan importante como para acaparar la vida de un hombre. Hay, pues, que darse prisa.

A todo este quehacer, a este incesante ir y venir por la tierra de un lado para otro se le llama, naturalmente, nuestro tiempo. Para medirlo con exactitud es asombroso el número de relojes que nos ofrecen cada día las páginas de anuncios. Ninguna industria como la relojera tan entregada a la publicidad. Y es que al darse cuenta de que tiene en sus manos nada menos que nuestra existencia, los minutos de nuestra vida, procura por todos los medios que no lo olvidemos. Ha

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

encerrado las horas en pulseras primorosas, bajo las piedras de una sortija, en los más leves broches, consiguiendo así que pase inadvertido para los demás lo que es nuestra propia urgencia. En sus cajas de oro el tiempo parece más oro todavía. Clavado en la torre de piedra de una iglesia, en el reloj de sol, el tiempo es un oro más viejo y olvidado.

## EL RELOJ DE PORCELANA

Primero fue un lugar de caza de un rey huraño, Luis XIII. Pero luego Luis XIV decidió poner en orden aquella naturaleza salvaje. Al principio hubo un jardín descuidado. En él se construyó una elegante casa que se llamó el palacio de Flora. Empezado a levantarse en invierno quedó terminado a la primavera siguiente, como si la arquitectura brotara también de la tierra como un fruto natural. En 1683, esta casa de porcelana, como la llamó Saint-Simon, se transformó en un palacio de mármol. Era ya el Triánón. Sus líneas armonizaban muy bien con el aire ligero que se le iba dando al viejo bosque.

He aquí, pues, al más gracioso ejemplo de la invención italiana que tanto iba a influir en la arquitectura de dos siglos. El mármol rosa, las columnas jónicas, se repiten como un juego incesante. En el interior, los altos salones silenciosos en la mañana de estío dejan ver por sus huecos grandes trozos de cielo. Reflejado en el lago de un espejo, sobre la chimenea, está un reloj de porcelana. Se ha parado su corazón perezoso.

Las figuras que lo adornan, a excepción de los ángeles, duermen apoyadas en su esfera. Silencio de años. Son jóvenes todas las figuras. Hay en sus rostros como una expresión de vida.

Pero ahora en estas figuras se ve la huella de los hombres. A uno de los ángeles que vuela sobre la esfera se le ha desprendido un ala. A la señorita de la izquierda le falta la punta del pie. Porque ya no estamos en el Trianón. Los años malos volvieron a conmover los viejos lugares, y ahora está el reloj sobre una cómoda en la tienda de un anticuario. Del ángel roto cuelga un trozo de cartón: «5.000 francos.» Se vende. Pero no importa. Su corazón sigue marchando.

Pasan las horas lentas una a una. Empieza a anochecer. La tienda del anticuario se alegra con la música del reloj. Hubo un tiempo en que a esta hora de la tarde sólo se oía por los campos de Versalles la pequeña campana del monasterio de San Julián. Hace muchos siglos. Después llegaron a aquellas soledades otros ruidos profanos que el viento de la muerte se llevó también. Sólo quedó el reloj con vida. Sin tiempo. Pero un día de 1830 andaban muy revueltas las calles de París. Los patriotas franceses festejaban a su modo la independencia belga y la coronación del rey Leopoldo. La noche anterior habían sonado los primeros tiros. Cuando uno de los grupos de patriotas, de vuelta del acostumbrado saqueo de las Tullerías pasaba vociferando ante la tienda del anticuario, alguien debió de lanzar una piedra al interior. El reloj perdió bastante con la dichosa piedra y hubo de cubrirse la nueva herida con un vendaje de cartón más modesto: «500 francos.» Otro día de febrero de 1848, la duquesa de Orleans

se dirige a la Cámara. Hay un tenderete improvisado en una de las calles vecinas, en el que luce nuestro viejo reloj junto a otros despojos del tiempo. Son averiadas mercancías, restos de grandeza con los que se pretende deslumbrar a los provincianos venidos a París en estos días agitados, deseosos de ver de cerca una de sus famosas revoluciones. ¡Tienen ya un prestigio! Y allí, junto a la Cámara, marcando la caída de los Orleáns cayeron también los ángeles del reloj, que éste es el tributo que suelen pagar los seres alados cuando se mezclan en las contiendas de los hombres.

El reloj de porcelana, ya casi sin valor, vuelve a aparecer milagrosamente en una flamante portería de los bulevares. No saldrá más de allí.

—La porcelana, en resumen—concluye el amigo que me cuenta la historia—, es una martería frágil. Pudiera ser eterna, pero está en manos de los hombres. Los hombres lo rompen todo, hasta los relojes más bellos. No les basta imaginarlos, construirlos con primor. Necesitan también romperlos. Y hacen esto no sólo con los relojes sino con otros prodigios del tiempo. Ha habido maravillas en el mundo que han costado siglos de ilusiones a la Humanidad y que han desaparecido en una noche. No hablo sólo de catedrales, de museos... Me refiero también al hombre mismo. Nuestros abuelos creyeron que el ser humano era casi perfecto. Lo sabía todo, lo inventaba todo... Inventó el gramófono, el teléfono, el telégrafo, la aviación... En las viejas revistas vemos retratados a esos hombres con unas pequeñas coronas de laurel sobre la frente o un sol detonante detrás de sus cabezas. No nos extraña que los tomaran por dioses. Eran realmente magníficos. Pero esos

## CLAUDIO DE LA TORRE

hombres y los hijos de esos hombres eran más frágiles que la porcelana. Se rompieron también en mil pedazos. No es que se pueda afirmar que hayamos inventado también la muerte, pero le hemos dado al menos unas proporciones tan considerables que hasta la misma tierra ha estado a punto de desaparecer. No ha quedado apenas nada. Es decir..., yo encontré hace poco, en esa orilla izquierda del Sena que guarda siempre sus sorpresas, una de esas figuras del reloj. Era una dama vestida con esmero. Podría tener dos siglos de edad, pero sólo representaba unos veinte años. Le faltaba la punta del pie. Estaba sola. No era muy cara y pude comprarla. Es verdad que así, sola, no me servía para mucho; pero para menos sirvió todo aquel tiempo que marcó el reloj de porcelana.

## MENDIGOS

Entre los sucesos que regularmente repiten los periódicos se lee con frecuencia el caso del mendigo muerto de inanición, casi siempre derrumbado en el banco de un paseo; mendigo que resulta luego titular de una cartilla de ahorro en la que se consigna a su haber una apreciable suma de pesetas. Este minúsculo suceso, rebosante de melancolía, suele señalarse a la atención del público por lo común como ejemplo del hombre que prefirió morir antes que tocar lo guardado, algo así como si el hambre mortal se presentase de pronto, sin darle tiempo al desfallecido para correr por sus dineros. El suceso se expone como un caso de insólita avaricia, merecedora de la general condenación.

De la vida del mendigo suele saberse en cambio poco. En tiempos del mundo más organizados, cuando cada cual ocupaba su puesto se sabía con claridad lo que era un mendigo. Aparte otros signos exteriores bastaba con fijarse en sus harapos para descubrir, sin más esfuerzo, su condición social. Hoy es más difícil. Hacen falta conocimientos más profundos para distinguir en-

tre tantas manos que se tienden en solicitud de nuestro amparo. En líneas generales puede decirse que no se ven hoy en la calle tantos mendigos en apariencia, porque la profesión al extenderse ha diluido sus características. Pero con más atenta observación volveríamos a encontrarlos incluso en algunos de los seres que al encontrarse con nosotros se limitan a extender su mano en un saludo cortés.

La mendicidad, por decirlo así, ha cobrado decoro al hacerse una profesión corriente, fomentada por las adversas circunstancias del mundo. Todo en esta hora ha de pedirse o ha de implorarse. Pocas cosas se nos dan porque nos pertenezcan. Sólo un alegre grupo traficante, encargado de mostrarnos a todas horas el botín de sus hazañas, parece mantener sobre la tierra esa fecunda división de clases que ha sido hasta ahora la clave de su progreso.

No es el del pordiosero, por lo demás, un oficio lucrativo. No hay que hacerse ilusiones. Sobre dar para poco, lleva en sí la tremenda amenaza de que puede no dar nada. Hay días aciagos. No se sabe cuántos ni cómo vendrán. Para eso, pues, está la previsión del ahorro. Pero el ahorro del mendigo, por su lenta mecánica, no aspira salvo cálculos insensatos a la tranquilidad de la vejez, ni siquiera al reposo bien ganado. Se contenta modestamente con asegurar el pan de cada día. Sabe que a este ahorro le deberá su salvación, pues hasta la propia iniciativa de fomentarlo le nace precisamente de saber también por experiencia que no siempre podrá contar con los demás. Empieza, pues, el largo ayuno. En previsión del día en que el pan falte, falta un poco de pan todos los días. Y así se

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

llega, de esquina en esquina, de puerta de iglesia a salida de teatro, al fatídico banco del paseo.

Acaso no sería asunto merecedor de comentario este de que un aprendiz de millonario muera de cuando en cuando de hambre en el arroyo si se tratara realmente de un aprendiz de millonario. Pero casi podríamos asegurar que no ha habido millonario que haya empezado su carrera pidiendo limosna, lo que nos hace sospechar que más que sobre la avaricia del mendigo, podemos meditar en este caso sobre la avaricia de los demás.

## EL SECRETO EN EL ARTE

En ese fondo de misterio que suele conmovernos en toda obra acabada, dando aquí al término de la labor la significación de lo perfecto, hay quien suele sospechar, sorprendido ante el prodigio, la presencia de un secreto que todo lo explica. No le basta al que admira o se deleita, si es hombre enterado, con la historia patente del artista que poco a poco ha llegado a la maestría que su obra pregonaba. Busca más, quiere encontrar para el total entendimiento de lo que le cautiva esas íntimas razones no expuestas, en las que como en una forma elemental de vida ve el inicio de la fuerza creadora que no acierta a explicarse. Así llega a tener noticia del poema que inspiró una mujer, de la música que despertó un viaje, de aquel azul purísimo que el pintor entrevió en arrobamiento. El secreto, pues, se convierte aquí en trozo de anécdota, al que se le supone la función de impulsar el total engranaje.

Para el menos curioso, para el simple espectador, estos descubrimientos le dejarían perplejo. Admitiría con dificultad que lo que él tiene nada menos que por

expresión de un sentimiento inefable fuese motivada burdamente por una realidad cualquiera. Su mismo concepto de la realidad, que le sirve en la vida para bien poca cosa, aleja a esta realidad forzosamente de toda intervención en un mundo sublime. Prefiere por tano dejar la obra en el misterio, tal como la encontró, dedicándole de paso uno de esos mudos homenajes a los que el arte está tan acostumbrado.

En España es frecuente hablar de secretos. «El secreto de Fulano para triunfar» es una frase de la calle. La gente es dada a imaginar un origen hermético en todo aquello que se produce con una brillantez inusitada. No se resigna en el fondo a que cosa tan sencilla no se le ocurriera a ella. Si torear, por ejemplo, no es más que ponerse delante de un toro, ¿por qué no hemos todos de torear? Prefiere suponer para su consuelo que aquél que triunfa en cualquier actividad es porque tiene bien guardado su secreto. Y esta idea tan justa, al volar por las imaginaciones, llega a concretarse en fórmulas muy simples.

Hay en Sevilla una dinastía de picadores de toros fundada en los comienzos del pasado siglo por José Trigo Ortega. Tres de sus hijos, Juan, José y Joaquín, fueron también picadores en su tiempo. En la actualidad aún vive uno de sus nietos, retirado ya del toreo, que asegura ser poseedor de un secreto importante. Se trata nada menos que del arte de torear del gran Pedro Romero.

Sabido es que Pedro Romero, nieto de Francisco e hijo de Juan, fue el creador de la escuela rondeña. Sus observaciones según nuestro comunicante en las casas de matanzas o mataderos públicos, le llevaron a des-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

cubrir, «con pruebas muy verídicas», que era posible «el que le rozaran los toros sin que éstos tuvieran acción para mover la cabeza». Descubierta el secreto, el propio Pedro Romero se apresuró a comunicárselo a los suyos, llegando a ser con el tiempo un secreto de familia. Pero como pasa con casi todos los secretos, lo cierto fue que alguien terminó divulgándolo, de modo que pudieron también beneficiarse otros compañeros de la arriesgada profesión.

Tuvieron conocimiento de este secreto, en opinión de nuestro amigo, *Lagartijo* y todos sus contemporáneos. El último que lo guardó fue *Guerrita*, tan bien guardado que se lo llevó a la tumba.

¿Cuál era este secreto? Es difícil creer que no se descubriera más rápidamente, expuesto como quedaba cada domingo a las miradas de miles de personas. Más bien nos inclinamos a sospechar que a este secreto del gran torero, como a tantos otros que rodean el arte en general, se le podría dar un nombre más adecuado llamándolo simplemente maestría.

## LO NOVELESCO Y LA NOVELA

Hasta hace poco lo novelesco solía encontrarse en las novelas, a veces en el teatro y, con menos frecuencia, en la vida. Era ese elemento fabuloso, siempre sorprendente, que animaba por así decirlo la vulgar concepción de la existencia. La gente buscaba lo novelesco a toda costa, y cuando no lo encontraba no podía ocultar su decepción profunda: el libro se caía de las manos, la conversación languidecía. Era lo novelesco, sobre todo ese suceso insólito, fuera del orden de lo natural, que por su misma condición de hecho inusitado tenía todas las características de los puros inventos. De aquí que el concepto derivara, con perfecta lógica, del más típico de los productos de la fantasía: la novela.

Para escribir novelas era preciso entonces ser por lo menos un novelista; es decir, un creador literario. Los grandes novelistas del pasado—Balzac, Dostoyewski, Galdós, el mismo Dickens—no nos han dejado ninguna duda sobre su poder de creación. Ahí están sus personajes inventados, a los que todos conocemos por sus

nombres, con más vida que muchos seres reales cuyos nombres conocemos también. Cada uno de aquellos personajes por sí solo llenaba las páginas de una novela con sus dudas, sus sueños o sus desventuras. Quedaban en la imaginación del lector como seres vivos, sí, pero de tan destacada condición que no era posible confundirlos con los demás mortales. Eran mejores que el mejor que conocíamos, peores que el más abyecto, siempre por encima o por debajo del término real de referencia. Hasta en la vida cotidiana que nos pintaba la novela parecían tan bien dotadas estas figuras, que cualquier movimiento suyo, por insignificante que fuese, se grababa por largo tiempo en la memoria. Este era el resultado, más o menos sinóptico, de la creación literaria.

Lo novelesco, en cambio, en nuestros tiempos parece ser que se ha trasladado a la vida. Ocurren tales cosas en nuestra época—y no nos referimos exclusivamente a las guerras—, que es muy posible que no bastaran trescientas páginas para contar la vida accidentada de cualquiera de nuestros contemporáneos. No hace falta realmente la creación literaria para narrar los accidentes más variados. Con estar atento a la realidad, la vida puede ofrecernos los capítulos necesarios.

La consecuencia es ésta: todos somos novelistas. No se nos exigirá ni siquiera un estilo, siempre que lo que contemos tenga un auténtico sello de realidad. La novela ha dejado de ser novela para convertirse en vida. Y como el material corriente de la vida se va haciendo de día en día más deleznable, de ahí el auge de la novela sórdida que hoy tanto priva. Toda una literatura de este género nos invade, en la novela como en el

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

teatro, y hasta es probable que con los años llegue a formar escuela.

Por lo pronto ya hay síntomas clarísimos de un naciente academicismo, de ese momento en que la creación llega a regirse por fórmulas prefijadas. Así, del mismo modo que en la literatura rosa todo es rosa, en la literatura negra todo es negro. Lo que nos hace sospechar, en resumen, que o bien la realidad no es tan sencilla o que, dada su simplicidad, le hace falta el genio literario que la transforme para que nos parezca verdadera.

## EL DESTINO DE LA GLORIA

Sabido es porque se ha dicho muchas veces en todos los tonos, incluso en el humorístico, que no hay para los pueblos forma más concreta de gloria para sus hijos que las estatuas que reproducen sus rasgos, sean de mármol o de bronce. Parece ser que es mejor el mármol porque, aparte de su más delicada calidad para la reproducción de los rostros, no es nada aprovechable llegado el momento de escasez en las naciones, ya que de momento se desconoce a qué otros usos pudiera dedicarse fuera de este tan antiguo de hacer estatuas.

Hay figuras insignes, sin embargo, destinadas únicamente a dar nombres a las calles, cosa que se comprende, pues de reproducirse todas en estatuas se necesitarían ciudades mucho mayores para albergar con holgura este incremento de la población de mármol, en pugna con la otra viva que ya plantea bastantes problemas. De todos modos, el rótulo en la calle es una forma mucho más endeble de la gloria porque está expuesta a más peligros. Una simple reforma municipal, no digamos un bombardeo, reduce fácilmente a escombros

la más bella manzana de casas, y vaya usted a buscar entre los restos las lápidas clavadas en las esquinas. Llegado el momento de reconstruir las ciudades, ¿quién es capaz de acordarse de tantos nombres desaparecidos? En el fondo, todos aspiramos a una estatua, a vernos reproducidos en pie—o aunque sea sentado—en una materia más duradera que esta fugaz de la carne humana. Encaramarse en un monumento para siempre, estarse allí quietecito por los siglos de los siglos, eso sí que es quedarse donde uno estaba, donde nació o donde murió, donde se supone al menos que vivió el homenajeados algunos años, los suficientes para despedirse del lugar con pena.

André Maurois, en un impresionante relato sobre Rouen, nos cuenta el destino que tuvo la gloria de tantos hombres ilustres cuando la ciudad fue devastada por la guerra. «En diciembre de 1941, Flaubert fue enviado a la fundición con Guy de Maupassant. Era conveniente—agrega—que el discípulo siguiera al maestro.» Armand Carrel, Verhaeren, Georges Dubosc y tantos otros, pues por lo visto Rouen estaba superpoblado de estatuas, siguieron el mismo camino candente de la fragua. Se trataba de estatuas de bronce, error ya señalado. Pero el caso de resistencia más heroica, ya que la palabra *resistencia* tiene entre nuestros vecinos los significados más extremos, lo ofreció Corneille, dispuesto como buen clásico a mantenerse firme. Había quedado aislado en su reducto de la isla Lacroix, difícil de atrapar por los recuperadores de metales para conducirlo a la implacable fundición. En 1943 hacían falta realmente cañones. Los alemanes hicieron un cálculo escrupuloso sobre el peso probable

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

de la estatua, que se fijó en dos toneladas, y aplicaron la grúa correspondiente para levantar el monumento. Pero la estatua pesaba cinco toneladas, la grúa se rompió y Corneille se fue de cabeza al río. De allí hubo que sacarlo a pedazos, no utilizados luego por fortuna, y en Rouen esperan ahora los despojos de Corneille, revueltos en un montón de hierros, a que una mano de escultor vuelva a pegarlos en su orden.

La estatua era de David d'Angers y puede ser que un día recobre su belleza, aunque la mutilación fue dolorosa. Corneille, cicatrizado, volverá a pensar en el Cid:

“Rodrigo morir puede sin arriesgar su gloria.”

## DEPORTE Y RAZON

Sin duda fueron los normandos los que en aquel distante siglo XII introdujeron en las Islas Británicas una más profunda interpretación del deporte. No sabemos cómo llamaban a sus primitivos juegos, pero al descubrir en ellos la trascendencia de que hablamos empezó a llamárseles «combates judiciales», especie de *matches* jurídicos, que diríamos hoy, en los que se dirimían los pleitos de gente tan extraña.

Eran estos combates los mismos que en tierras del continente habían de celebrarse durante toda la Edad Media con el título más impresionante de «juicios de Dios», o los germánicos de «riepto» y «ordalía». Para el caso venía a ser igual: dos o más caballeros frente a frente, que por las armas ventilaban sus querellas. Seguía teniendo razón el que vencía.

La costumbre debió de cambiar de tal manera, con ligeras variantes, que hasta bien entrado el siglo XX se recuerdan todavía aquellos señores graves, ceñidos en sus levitas, que disparaban sus pistolas al amanecer

para aclarar con el resplandor de la pólvora cualquier duda que les mortificara. Terminado el combate—y ésta era la variante más notoria—, la razón se repartía por igual entre ambos contendientes, aunque ya entonces a la razón se le llamaba honor, porque no en balde había pasado por el mundo el vendaval romántico.

Por fortuna, el deporte ha perdido este trascendental sentido y ahora sólo se trata de robarle unos segundos al tiempo. Casi todos los ejercicios del cuerpo humano tienen ya su duración cronometrada, y en las grandes concentraciones que son las olimpiadas la gente no se reúne en realidad sino para contar los minutos. El deporte, pues, ha llegado a su fórmula más simple e inofensiva. Lo que sigue resultando complicado es averiguar quién tiene la razón.

Nuestra época no podía desentenderse de tan delicado problema. Siempre había habido en el mundo una manera de solucionarlo y la Historia está llena de páginas brillantes en las que se nos relatan las más diversas guerras. Pero a nuestra época estaba reservado el honor de organizar una guerra total, una especie de «juicio de Dios» en grande, de tamaño universal, en el que cupieran cuantos habitantes pueblan el globo. La diferencia, por tanto, era digna de consideración. Si antes los campos de batalla se reservaban para los ejércitos, ahora era cuestión únicamente de agrandar estos campos de batalla hasta que ocuparan toda la tierra.

A juzgar por la última guerra, el proyecto de generalizarla debe de estar a estas alturas bien avanzado. De declararse la «ordalía» mundial, la gente tendría

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

que volver a contar minutos, aunque por motivos menos desinteresados. Las olimpiadas, en resumen, puede que no presenten ante los miles de espectadores que las presencian más que una forma arcaica de nuestra civilización, algo así como ante los ojos del físico la rana eléctrica del experimento.

## EVOCACION DE PICCARD

El profesor Piccard usaba una boina, unas gafas y unas melenas. La boina le daba su aire marinero, las gafas, su condición de poeta, y las melenas el inconfundible airón de un científico moderno. (Es curioso observar cómo en estos últimos años han intercambiado sus atributos exteriores la ciencia y la poesía. La poesía, cada vez más hermética y alejada de las formas populares, ha llegado realmente a constituir una ciencia de iniciados, al paso que la ciencia—no hay más que fijarse en esos impresionantes retratos de los físicos que trabajan en la energía atómica—adquiere cada día más un aire de aventura, de loco empeño, de libre fantasear sobre lo ignoto. Les sientan, pues, muy bien las gafas a los poetas de hoy, dedicados a mirarse tan de cerca que apenas ven otra cosa que a sí mismos, y no está mal del todo el que los científicos pregonen, al fin, que se han soltado el pelo.)

Era yo todavía un niño cuando descubrí mi miopía. Fue en Londres. Impresionado seguramente por el clima tan distinto del de Canarias, mi tierra, achaqué

durante algún tiempo a la turbia neblina de aquel mes de noviembre lo que en mi despreocupación infantil no podía sospechar que fuese una defectuosa visión. Sin embargo, como el recuerdo de la ciudad de Lisboa, apenas entrevista durante la obligada escala del barco, es decir, el recuerdo de una ciudad borrosa que me era muy difícil por tanto recordar, me había dejado una sensación desesperante, decidí un día comprarme unos lentes, por si acaso. En el año doce las gafas no eran de uso tan corriente, aunque ya se había inventado la poesía.

Averigüé muy pronto que en las calles modestas, estrechas, de poco tránsito, estaban en Londres las tiendas más caras, e inmediatamente pensé en la más populosa de sus vías, que era entonces, y puede que lo siga siendo ahora, Regent Street. Paseé largo rato por sus interminables aceras, deteniéndome ante los escaparates de óptica con la intención de adivinar, tras los fríos cristales empañados por la niebla, un precio que no alterase demasiado el modesto equilibrio de mi bolsillo de estudiante. Al fin me decidí por un establecimiento lóbrego, de muy reducidas dimensiones, que apenas se iluminaba con la luz de un quinqué colocado en el mostrador. La elección de los cristales fue laboriosa, pero al fin tuve mis lentes y me entregaron la factura. El precio me dejó aterrado. Me hacía falta renunciar a todo el dinero de la semana para quedar ante aquellos desconocidos como un *gentleman*. No vacilé un instante, pero la mano me tembló. Di las gracias y salí a la calle. El mundo que ahora veía claramente con mis cristales me pareció de lo más despiadado.

Hasta muchos años después no supe que había hecho mi compra en «Negretti and Zambra», famosos ópticos de Londres, inventores del primer termómetro de inmersión a gran profundidad, del que tanto se sirvió Piccard en sus aventuras y del que no quiero pensar lo que le costaría.

Piccard, que por aquellos años debía de estar todavía vacilando entre sus aficiones a la biología y a la física, quizá leyera en alguna parte que Magallanes había realizado el primer sondeo profundo de los mares; pero realmente no se había adelantado mucho en esta técnica, a pesar de los siglos transcurridos. No se afirmaba ya, por ejemplo, que debido a las experiencias en el Mediterráneo, uno de los mares más pobres, la vida hubiese desaparecido a una profundidad determinada, pero tampoco era cierto que el naturalista Huxley hubiera encontrado en los profundos océanos la fuente de la vida. Más cierto parece ser que el novelista Huxley, su descendiente, haya podido descubrir sustancia desconocida, con tenue vida abisal, en los mares insondables del alma humana. En 1912 se daba un gran avance a los estudios metódicos del mar, pero el aire y la aviación ocupaban casi por entero todas las mentes.

Hoy se sabe mucho del fondo del mar, aunque nuestros conocimientos sean aún imperfectos. Sabemos que hay una plataforma submarina alrededor de los continentes visibles que no suele tener una profundidad superior a los doscientos metros. En el borde de esta plataforma, el *mudline* de los ingleses, empieza un ligero declive que nos lleva a las llanuras batipelágicas, llamadas también «cuencas» o «cubetas», según su

forma, de unos tres a seis mil metros de profundidad. No hemos todavía llegado al fondo del océano. En las llanuras se encuentran las «fosas» superiores en profundidad a los siete mil metros. Allí dentro sí debe de estar la última tierra firme.

Piccard eligió para uno de sus descensos la cuenca de Guinea, por lo que le hubiera sido posible, de disponer de un automóvil submarino, trasladarse en coche a la cuenca brasileña procurando salvar con cuidado el estrecho que las une, formado por una de las mayores «fosas» del Atlántico.

En fin, Piccard no tenía nada que ver con nuestra época, pese a su personalidad, precisamente por eso: por su extraordinaria personalidad. Era un hombre solo, apartado de las masas, al que se le ocurrían las empresas más rabiosamente individuales. Así, como él, hemos conocido en los tiempos modernos a Bernard Shaw, al *mahatma* Gandi... En la vida literaria española hemos tenido también a nuestro Unamuno, que no era mal monologuista tampoco.

Estos hombres no forman escuela. Apenas se tratan con la gente. Les gusta más hablar a solas que escucharla. Son como si dijéramos especies a punto de desaparecer, rodeadas de un mundo que no les comprende, pero que les admira. Por eso los descendimientos del profesor Piccard tenían todas las características de una jubilosa ascensión.

## EL ESCRITOR QUE VINO A CONVERSAR

Esta vez no lo vemos sobre el paisaje de Avila, apoyada la figura en las nubes arrebatadas de un cielo de Castilla, con la mano enguantada que sujeta el chambergo y el bastón, y la otra al aire sosteniendo la fina cabeza que medita. Esta vez se sienta de espaldas al mar, de espaldas a la vidriera de un café que da a las olas una irreal materia. Todo es paz y silencio en este local vacío del verano de Deva, donde nos reunimos con Enrique R. Larreta, a quien acompaña el marqués de Montesa.

Vienen juntos desde San Sebastián porque Larreta quiere recorrer una vez más la orilla de Guipúzcoa, allí donde termina la tierra de sus antepasados y empieza la gran aventura del océano. De espaldas al mar está sentado ahora, ya que pronto lo verá cada día en su viaje de retorno a la Argentina, y mientras se despide de España prefiere esta posición coloquial, de mirada tierra adentro, para hablar con sus hombres. Porque Larreta nos confiesa con su acento peculiar de emigrado español que ha vivido largo tiempo en Amé-

rica, que él ha venido a España, sobre todo, a conversar.

Larreta no era para mí más que un nombre, el del autor de *La gloria de don Ramiro*. Un nombre del pasado. Todo era piedra y sueños y tiempo en su novela castellana. Los seres y las almas se formaban al calor lento de los siglos, perpetuados en la tierra invariable. Por eso Enrique Larreta se me había quedado en un nombre, sin personificación determinada.

Pero aquí lo tenemos esta tarde en persona, humano y próximo. Nos habla de teatro, de cine—que él llama cinematógrafo, como si acabara de inventarlo de nuevo—; se detiene un momento en el recuerdo de Buenos Aires; le complace evocar sus inviernos y veranos trastrocados, que le permitirán, con un viaje a España cada primavera, mantener el nivel de un clima medio, templado, que no empañe de frío el metal de los meridianos. Habla despacio, sin precipitar el diálogo, atento a cuantas sugerencias van encadenando las palabras. Ahora es el tema del campo argentino, que le inspiró una de sus primeras obras de teatro. Su título nos suena a algo así como *El lingiera*, entre el rumor del mar y el susurro de la charla. Nos describe con precisión este tipo andariego y solitario que cruza la Pampa sin rumbo fijo, sin afán conocido, sólo por el placer de andar. Llega a las haciendas por las noches, extenuado por la jornada. Sabe que tiene derecho al asilo, creado por los primeros caminantes, sólo por una vez, el tiempo justo para reparar el hambre y la fatiga. Luego, a la madrugada, saldrá de la hacienda tan silencioso como entró para reanudar la marcha sin volver la cabeza.

«Son hombres extraños—nos cuenta—de muy distinta condición. Los hay de todos los países: viejos oficiales de los Balcanes que pertenecieron a los ejércitos ya desaparecidos, a países de los que ni siquiera queda el nombre; aventureros rusos fracasados; emigrantes italianos que no supieron prosperar; algún que otro visionario español... Son los últimos seres libres que pueblan la tierra, esta tierra de hoy tan vigilada, porque no hay policía que les pregunte quiénes son, ni ellos dicen jamás adónde van. Tienen, eso sí, un grave inconveniente: que no hablan.»

Pero como la tarde se termina y la brisa del Cantábrico empieza a humedecer el mármol de la mesa, alguien propone abandonar el café para visitar la iglesia gótica de Deva. Se le anticipa al visitante que es una joya de los tiempos, con sus imágenes encaramadas en el pórtico por la ingravidez que da la piedra esculpida. Tiene también empaque catedralicio y hasta un claustro perfecto para preparar el ánimo antes de la oración. En las losas del suelo, olvidadas, yacen unas negras tallas de madera como restos de naufragio, que hablan al alma del más desolador abandono.

Larreta, sin embargo, no se decide al paseo. Hace frío, es tarde y ha de emprender el regreso a San Sebastián. Ya dentro de su coche, como en el interior de una urna, nos presenta sus últimas excusas por privarse de admirar la arquitectura de la iglesia.

«Porque ya lo saben ustedes—nos dice—: hay cosas muy bellas, algunas que me gustaría incluso volver a ver. Pero yo he venido a España a conversar.»

## JUEGO DE AMOR

Nos contaba *Azorín* que una vez, en compañía de sus amigos María y Pablo, propietarios de un automóvil, había recorrido unos centenares de kilómetros con los ojos vendados. Consistía el juego en someter al ilustre escritor a una prueba curiosa. Una vez quitada la venda de los ojos, al cabo del viaje improvisado, ¿reconocería el maestro el lugar adonde le habían llevado a ciegas sus amigos?

«No tengo ni la más leve idea—escribía *Azorín*—de la tierra por donde vamos caminando; no puedo decir si vamos hacia arriba, o hacia el Atlántico, o hacia el Mediterráneo. Si es hacia arriba, habremos, sin duda, ya hace rato, dado el salto: el salto de sesenta metros que separa en el Alto del León Castilla la Nueva de Castilla la Vieja.»

*Azorín* concluye sin decirnos cuál era el campo en que le habían dejado sus amigos al detenerse el coche, valorizando una vez más, a los efectos de la creación poética, la múltiple sugerencia de la interrogante. Sólo sabemos que al quitarse la venda sus ojos des-

cubrieron «gradualmente, para evitar la ofensa de la luz..., la ladera de un monte con sus flores silvestres; a otro (lado), unas hazas sembradas». Una montaña azul al fondo cerraba el horizonte de un cielo cubierto.

Difícil, pues, dar nombre al paisaje y ganar la porfía. El maestro se lo calla, no sabemos si por modestia o por incertidumbre. Seguramente intentó también orientarse por el olfato: cada latitud tiene su aroma y cada altitud su brisa. Pero nos quedamos al final sin saber dónde lo dejaron.

Sobre el color y el olor de las ciudades se ha escrito mucho. Pero este juego de *Azorín* con el paisaje nos atrae sobre todo por lo que tiene de entrañable identificación. Ningún otro escritor como él para andar a ciegas por los campos de España, recogiendo sus rumores. Y si de paso oye alguna frase suelta, *Azorín* nos hará en seguida el más acabado retrato sobre tan leve apoyo, del mismo modo que el lingüista traza sobre un jeroglífico olvidado el retrato permanente de una cultura.

Lo que hasta hoy no sabíamos, en cambio, es que una ciudad pudiera reconocerse por el tacto. Esto había que aprenderlo en otro sitio, en Pamplona, donde también se hacen apuestas con frecuencia.

Durante las noches del verano pamplonés, bajo los soportales de la plaza del Castillo no es raro ver cruzar por las calles, vendados los ojos, con indeciso andar, a un individuo que busca a tientas su camino. Detrás, a pocos pasos, como testigo mudo, vigilante, le sigue el amigo con quien ha apostado a que encontraría a ciegas un determinado lugar de la ciudad: una

## CLAUDIO DE LA TORRE

casa, un árbol, el banco de un paseo. Van así los dos, el hombre y su sombra, por el laberinto de las calles, guiados sólo por las manos extendidas del ciego que todo cuanto roza lo acaricia un momento, lo reconoce al fin y sigue andando.

El itinerario, naturalmente, nace muy lejos, al otro lado de la ciudad; a veces en las huertas vecinas, en un pueblo cercano incluso. No es, pues, el momento menos azaroso, cuando se llega de fuera, éste de encontrar la entrada de Pamplona por la rampa abierta de sus jardines o por el recinto amurallado de sus viejas fortalezas. Una vez dentro de la ciudad, la cosa es más fácil. No hay sino que concentrar los recuerdos.

Es también este juego de verano, por tanto, como un juego de amor. Porque hay que saberse la ciudad de memoria, hasta sus rasgos más repetidos. El buzón del correo, el farol de la esquina, el ancho zaguán abierto han de localizarse certeramente para evitar el deambular inútil. Porque al final, al alcanzar la meta, tras los cristales de una ventana, si no se hace muy tarde, puede estar aguardando el premio, que es a veces la mirada agradecida con que la mujer recibe al singular enamorado que supo hallar su casa a ciegas, en la noche, rompiendo con sus manos la doble oscuridad.

## LA TIERRA SIN CAMPANAS

Esta tierra de Europa nos muestra con frecuencia sus torres vacías, sin campanas. Son las grietas más altas que abrió la guerra, las últimas que sin duda se repararán porque son las que quedan más lejos de las manos del hombre, tan ocupadas hoy en afianzar cimientos. Poco quedó en pie sobre la tierra que sobrepasara la altura de sus habitantes. Por eso vemos a éstos a menudo apoyados en sus ruinas. Sólo se piensa en el hogar deshecho. Pero un día levantarán la vista para contemplar el cielo claro o la noche estrellada, y las campanas volverán a su sitio.

Todo esto se dice y se comenta en esta vieja fundición de campanas, la más antigua de España. Está en Pamplona, en el recodo que la calle de los Descalzos hace, reverente, al tropezarse con el convento de los Carmelitas. Es una amplia cueva oscura que recibe la única luz del sol por el ancho portón de la calle. Al fondo, una débil bujía ilumina un pupitre renqueante en el que hace sus breves anotaciones el campanero. Todo, hombres y cosas, ha debido de ser siempre así. La cal

de las paredes se ha teñido con el humo denso, que ha perdido de este modo, al impregnarse en el muro, su levedad de fantasma. Es ya materia sólida, como sangre lejana.

Por la calle pasó el tiempo. Era un viejo buhonero de menudas mercancías. No dejó en la fundición sino los utensilios más rudimentarios. Después se fue calle abajo, manoteando los copos de nieve de aquel invierno. Se fue y no volvió más, y de esto hace ya muchos siglos. Y todo está igual: la tierra del piso, el horno resonante, el foso por el que corren los metales fundidos. En día de faena, el recinto se ensombrece más aún porque la fundición es una operación secreta, bajo tierra. Sólo se escucha un hondo trepidar, y por el alivio del respiradero se disparan a intervalos los chispazos que brotan de las fatigosas nupcias del bronce y del estaño. Alerta, entre las sombras, como atenazando el ruido, brillan los dientes metálicos del campanero.

Es hombre recio, maduro ya, de corta estatura y anchas espaldas. Año ha habido en que fundió ciento veinte campanas conforme a los cuatro únicos modelos que heredó del pasado: el esquilón, la campana belga, la francesa y la romana. Las enumera así, por este orden, como si recorriera una escala de sonidos, desde el más agudo al más grave. La tierra para él tiene una geografía armoniosa, fácil de distinguir al oído. Países hay que prefieren la esbeltez de la campana belga, de timbre moceril, sin que llegue al infantil bullicio de los esquilonos. Otros de campos dilatados eligen el modelo francés, más argentino, veloz en alcanzar las aldeas distantes. En regiones montañosas como la navarra, la voz solemne de la campana romana, al caer

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

desde lo alto, cubre los valles de profundas resonancias. El campanero conoce bien estos sonidos. Con los ojos en las nubes recorría las regiones de España, trazando los límites de esta geografía casi celestial.

Frente a la fundición está el depósito, la nave donde se guardan las campanas una vez fundidas. Hay que pasar la calle estrecha, pero, aunque cambia de lugar, el tiempo sigue siendo el mismo: un oscuro siglo medieval que da rigor y ambiente a este taller de artesanía. En la gruesa viga que lo cruza, como apuntalando las paredes, se cuelgan por primera vez las campanas. Nada más impresionante que oírlas sonar en este recinto cerrado, apretada entre sus cuatro paredes la larga vibración que ha de volar por los espacios. Allí se comprueban sus sonos, se procede a la escrupulosa selección de los badajos, blancos como huesos. Las campanas, ya bruñidas, brillan en el depósito como si fueran de plata, sin duda para dar al ambiente de los siglos medios, no siempre sombríos, sus luces de milagro. Adosada al jardín de los Carmelitas la nave recibe una luz truncada por las altas torres del convento. En el jardín hay unos árboles frutales y un pozo, ya en desuso, objeto de veneración porque de él sacaba el agua el hermano Juan de San Joaquín, fraile del XVII, humilde y laborioso, tocado de la gracia divina, aún no beatificado.

Fray Juan debió extasiarse ante estas campanas pensando sobre todo en aquellas tierras lejanas de América, donde tanta falta hacían. Es cierto que un siglo antes, en la Nochebuena de 1535, se había estrenado en Lima la primera campana, en cuya fundición dice la leyenda que intervino, avivando el fuelle, el propio

CLAUDIO DE LA TORRE .

gobernador Pizarro. El pueblo limeño la bautizó *la Marquesita*, porque las campanas tienen también su nombre. Pero nueve años después el virrey Núñez de Vela la mandó fundir de nuevo para hacer arcabuces. En definitiva, lo que me dice el campanero:

«Este hacer y deshacer de campanas es toda la historia de la Humanidad.»

## EL «TENORIO»

Cada año, al llegar el otoño madrileño se plantea lo que llamaríamos la batalla del *Don Juan* en cuanto a su representación escénica. Hay combatientes para todos los gustos, incluso para los peores, y no falta quien opine que se comete un grave error al alterar su representación tradicional.

No es precisamente España la tierra adecuada para plantear esta clase de batallas. A los españoles en general no nos ha gustado nunca jugar, que es de lo que se trata. Pueblo serio el nuestro, receloso constante de la burla, compone mucho su actitud antes de entregarse a cualquier diversión, salvo que en ella, como en los toros, haya posibilidad de jugarse algo más. Y la forma más trascendental del arte—si admitimos esta incongruencia para señalar su aparente dimensión—, la expresión más apurada, la más severamente concebida contendrá siempre las reglas de un juego. Pero de un juego difícil, complicado, que no a todos seduce.

Sólo cuando aparecen esas reglas en sus aplicaciones más severas, en una catedral, en un cuadro de

museo, por ejemplo, la fantasía, el juego, puede disfrutar de unánimes respetos. Se trata de realizaciones permanentes, hechas al menos para su conservación en el tiempo, y este propósito inicial parece ennoblecerlas. Pero confiar el juego del arte a materia tan efímera como los decorados de una obra de teatro es condenarlo de antemano a la hoguera, a poco que los espectadores se sientan inclinados al incendio.

No han faltado tampoco las voces que vuelvan a pedir, confirmando el riesgo, aparte otras razones estrictamente teatrales, una escenografía más simple, incandescente, que libre al texto hablado del peligro de las llamas. Porque al cabo de los años resulta que es el texto lo que importa. En el caso del *Don Juan* que nos ocupa, el del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla.

Cada mes de noviembre, desde hace más de un siglo se registra el fenómeno curioso de un público que llena los teatros para oír una vez más unos versos que se sabe de memoria. Alejada de estos públicos durante mucho tiempo, la crítica sostuvo año tras año que se trataba de una simple tradición, a la que no solía consagrar más líneas que las que valorizaban la labor de los intérpretes. Graves personajes, contaminados de cultas mentiras, no vacilaban en sonreír cuando se les hablaba del *Tenorio* de Zorrilla. El público, mientras tanto, seguía llenando los teatros.

Un día nos sorprendió una voz autorizada restableciendo la verdad: la del doctor Marañón, que fue siempre un diagnóstico seguro. Nos explicó entonces, sin cita alguna erudita, tan sólo con el agudo análisis poético, que es en definitiva el único que aclara las obras literarias, cómo el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, sin

sospecharlo nosotros, era nada menos que la primera de nuestras grandes obras de teatro. Más español que Segismundo y más universal que Pedro Crespo, Don Juan logra el difícil punto de equilibrio que acredita ante el mundo a los verdaderos héroes nacionales. Pero no se trata aquí de la figura de Don Juan, sino del drama de Zorrilla.

La Sociedad de Amigos de Don Juan Tenorio, constituida en Madrid, nos enumera algunos de los motivos de su devoción. «Es toda una España—nos dice en su carta fundacional—la que en el *Tenorio* aparece: capitanes de vocación y de fortuna, como ese impar Alonso Contreras, cuya vida parece un relato de Don Juan o Don Luis; celestinas de la más pura prosapia picaresca, rufianes de cuño internacional, graves personajes: don Gonzalo, don Diego, como arrancados de un cuadro del Greco; artistas que por la gloria arrostran la intemperie de los cielos... Y entre tantos, esa evocación de la España conventual y mística, ese desfile de abadesas, comendadores, hermanas, novicias, dueñas, con su peculiar lenguaje tan bien captado por el poeta, con esa intuición que, a puro de adivinar, resulta creadora. Un lenguaje suave, fluido, flexible, ondulante, en el que se recogen tradiciones romancescas, diálogos de nuestro teatro de capa y espada, todo ello dentro de una temática y un *pathos* esencialmente románticos.»

A estas virtudes, a su condición indiscutida de drama español universal, hay que añadir, sobre todo, su perfecta construcción teatral en animada sucesión de cuadros, uno tras otro, por su orden riguroso, ceñidos todos a la acción principal como aguas que se encauzan primero por las estrechas calles, para ensancharse lue-

CLAUDIO DE LA TORRE

go en el Guadalquivir—y producir, de paso, la mejor escena de amor de nuestro teatro—, hasta desembocar en el mar tormentoso de la muerte, en el que emergen las estatuas como blancos faros de salvación.

Cuando se realice el disparatado proyecto de desviar el curso del Guadalquivir para hacer de Sevilla y Triana una ciudad unida—pecado de soberbia de los hombres, pues desde los tiempos bíblicos corresponde sólo a Dios cambiar el curso de las aguas—, se habrá consumado el más grave atentado contra Don Juan en su propia casa, en la famosa quinta. Pero de este y otros ataques saldrá Don Juan con vida. Por los siglos de los siglos.

## VIDAS PARALELAS

Catalina de Rusia y Jorge Washington nacen y mueren casi por las mismas fechas. Ambos dejan la vida exactamente a los sesenta y siete años de edad. Mueren los dos un día 15. Testigos y protagonistas importantes de uno de los períodos más agitados de la Historia, el fundador de la República de los Estados Unidos y la emperatriz más ilustrada de todas las Rusias pasan por la experiencia de los mismos sucesos del mundo, manejan los mismos nombres, conocen los mismos problemas. Su caudal de inspiraciones se nutre en la vena universal de la enciclopedia, que muy pronto, al romperse, se convertirá en río de sangre. Los dos aman los tiempos nuevos, la ilustración, la reforma de las costumbres. Sin embargo, sus vidas no se encontrarán jamás.

Catalina es mujer culta, brillante, amiga de deslumbrar a su pueblo con ideas novísimas entonces. Gusta de los conceptos generales, sobre todo cuando son audaces. Jorge Washington, ingeniero agrónomo, prefiere el ejercicio práctico de su carrera. Los dos en un mo-

mento de su vida sentirán la llamada a la acción. Catalina no vacilará en ponerse un recargado uniforme militar y, al frente de sus escuadrones, arremeter contra su propio esposo. Washington, con una sencilla guerrera de oficial de milicias se limitará a presentarse en el Congreso general de Filadelfia. La emperatriz mantiene una apasionada correspondencia con los viejos enciclopedistas franceses, lo que no le impedirá, años después, declarar la guerra a aquella Francia que había visto nacer tan complacida. Washington estrecha en silencio la mano del general Lafayette con la misma gravedad con que acepta el mando de un ejército para rechazar la supuesta invasión del Directorio. En Catalina todo es contradicción, tejer y destejer; en el político de América se nota el pulso del buen artesano.

Cuando Dickens, al cabo de medio siglo, visita los Estados Unidos se sentirá decepcionado. «Aunque me gusten mucho—escribó a uno de sus amigos—algunos de los ingredientes de este gran plato, debo confesar que no me gusta el plato.» Es una opinión inglesa, aún no cicatrizada por el tiempo la herida abierta en sus colonias. A pesar de su rebeldía, de su espíritu sensible a toda obra de justicia, Dickens se sigue encontrando muy a gusto en su vieja nación, rodeado de niños menesterosos y ceremoniosas costumbres.

Tampoco la gran Catalina causa mejor impresión en otro inglés, en Byron, cuando describe el encuentro de la emperatriz con su don Juan. «En aquella circunstancia—dice—la egregia soberana de todas las Rusias obró como la última de las mujeres.»

Los dos ilustres contemporáneos, Catalina y Jorge Washington, iban por caminos diferentes. Alejados en

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

el espacio, en ambientes tan dispares como el de una corte delirante, saturada de agrios perfumes, y el de las extensas llanuras de la Unión revueltas por el polvo de las batallas, no podían encontrarse estos dos seres, nacidos sin embargo en la misma época. Pueblos llamados a no entenderse nunca, la historia y la geografía se encargaban de retrasar el encuentro.

Catalina de Rusia murió de un ataque de risa desorbitado. La gran farsa de su vida no pudo tener más adecuado fin. La encontraron tirada en el suelo, moribunda y convulsa de hilaridad en uno de los comedores de palacio. Jorge Washington murió de una inflamación en la garganta que le imposibilitaba para reír, de haberse presentado esta eventualidad en la hora más solemne de tan serio personaje. Ninguno de los dos, pues, tuvo una muerte heroica, a la altura de sus vidas. Porque fueron alturas distintas; pero desde las dos, por ambas vertientes, podemos hoy ver la forma de la tierra.

## LECCION PRACTICA

Los franceses sobre todo, más cerca del lugar del suceso, y acuciados siempre por sus sentimientos republicanos para recrearse con entusiasmo en la vida y costumbres de la realeza, nos contaron la coronación de la reina Isabel II de Inglaterra con gran lujo de detalles. Así supimos, por ejemplo, que en el propio palacio de Buckingham, en vísperas de la impresionante ceremonia, se ensayaba en uno de los salones los pasos de la reina en la abadía, previamente señalados en el suelo por anchos trazos de tiza. Era, al decir de algún testigo, como una lección de geometría aplicada, si no contase sobre todo cálculo la gracia de movimientos de la protagonista. Porque a los ingleses les será siempre difícil, aun en los momentos más solemnes, prescindir de la valoración vital. Al fin y al cabo, su historia, y hasta es posible que su filosofía, mejor parecen frutos de experiencia que otra cosa.

No he vuelto a Inglaterra desde hace años, pero recuerdo aún cómo eran algunos de los estudiantes universitarios que allí conocí durante mi estancia en Cam-

bridge. Uno de ellos, Penrose, decorador inspirado de la *Orestíada* en la versión original que nos dio la Universidad, se resistía a cumplir su cometido en tanto no se le otorgara una licencia para ir a pasearse una semana por lo menos, antes de empezar a pintar los bocetos, por las calles de Atenas. Más que el dato, nos decía, necesitaba respirar el aire de los griegos, «la experiencia vital».

También esa mezcla de historia, de filosofía y de vida, que tan brillantemente expone en sus libros el más ilustre de los historiadores ingleses contemporáneos, el profesor Arnold J. Toynbee, nos parece típicamente inglesa. Y es aquella misma frase, «experiencia vital», la que mejor nos sirve para establecer un estrecho nexo con el conocimiento del eminente catedrático. Es más: su mejor comentarista español, Antonio Pastor, completa una lista de historiadores ingleses, de Walter Raleigh a Winston Churchill, que no desdeñaron los ruidos de la calle para animar sus propias ideas.

Así es también el recuerdo que yo tengo de casi todas las cosas de Inglaterra, hechas como de fantasía y eficacia. Se diría que entre la niebla de su latitud los ingleses han aprendido dos oficios importantes: el de soñar y el de no perderse, soñando, entre la niebla. De este modo, nuestro citado historiador, tan ejemplarmente religioso que no desdeña la loa de las civilizaciones caídas en cuanto ofrecen sus escombros para empinarse sobre la tierra, canta con la misma voz profética los números prosaicos de las estadísticas.

He aquí una de ellas escalofriante: en el año 220 antes de nuestra Era existían en el mundo grecorromano cinco grandes potencias. Cincuenta y dos años des-

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

pués sólo quedaba una: Roma. En el año 230 antes de Jesucristo existían también siete potencias en el mundo chino. Nueve años más tarde no quedaba más que una: China. En 1914 existían ocho; en 1951 quedaron sólo dos: Estados Unidos y Rusia.

¿Serán con el tiempo reducidas a una sola—se pregunta—estas dos últimas potencias? Tal es la interrogación que queda en el aire cuando Arnold Toynbee nos habla de que las civilizaciones mueren por una de estas dos causas: o por guerra entre los estados o por lucha de clases, si bien advierte que antes de morir han logrado casi siempre establecer una paz universal, aunque tardía, derrumbado ya el dique moral de las costumbres. Porque, en resumen, ¿no son éstas las condiciones que se dan para una aproximada definición del mundo en que vivimos?

Como el pasado, al parecer, nos enseña que el peligro se agranda a medida que crecen los imperios, de ahí que la vieja política de las pequeñas nacionalidades, tan tercamente cultivada por el Foreign Office, se vea hoy respaldada por la más espiritual de sus filosofías. Imaginación y eficacia, poesía y técnica. Porque el imperio británico, con todo y haber sido tan extenso, ha sabido darnos la lección práctica de que no supuso peligro alguno para nadie durante su vigencia, sino que regaló a toda la tierra, con tal de que le dejaran tranquilamente disfrutar de sus negocios, los mejores años de paz que el mundo ha conocido.

## LA NOSTALGIA EN PELIGRO

Al regresar ahora mi amigo después de tantos años de ausencia, le he descubierto ese mundo de ansias contenidas que le ha alimentado durante el largo desierto la ilusión de volver. Mi amigo, ya en España, ha empezado como a andar de nuevo, partiendo otra vez de su propia infancia. Ha vuelto a recorrer su vida, calle por calle, rincón por rincón, sin olvidar aquel tiempo ya lejano en que vivió de colegial en una pequeña ciudad provinciana, para sentir así el íntimo deleite de hojear hacia atrás las estampas de un libro conocido en busca del origen de una historia a punto de desaparecer.

Porque mi amigo ha vivido durante todos estos años en una gran ciudad americana, y poco a poco, sin darse cuenta, se le han ido sustituyendo los recuerdos de España por otras sensaciones más próximas. Sus mismos hijos—los que crecieron fuera—apenas si recuerdan ya nada de la niñez española, pues todo ha sido como una imperceptible mutación de afectos y paisa-

jes. Por eso al regresar mi amigo ha puesto tanto ahínco en recordarlo todo.

Ha reanudado sus relaciones con familiares y amigos, ha rescatado a su modo el pasado, a punto de desaparecer, y empieza a sentirse por tanto más tranquilo. Pero hace unas tardes ha venido a verme y a hablarme del extraño caso de Luis Vives.

Luis Vives, en la madurez de su vida, se sometió voluntariamente a una abstinencia higiénica de los manjares muy sazonados, del buen vino y de la propia patria. Se nos presenta así como un exquisito gustador de sutilísimos goces.

Cuando a lo largo de su obra se recrea en un intelectual paladeo de estos manjares prohibidos, como cuando renuncia a ocupar la cátedra de Alcalá, descubrimos claramente cuál es la pasión dominante de este español expatriado: como una voluptuosidad de la nostalgia podríamos llamarla.

Si se tiene en cuenta que el filósofo pudo volver a España y no de cualquier manera, sino requerido por una honrosa llamada, y que sin embargo no volvió, sospechamos que acaso temía que, una vez entre nosotros, su corazón no volviera a latir con esa dulce añoranza de España que alimentaba su destierro. Porque tanto en Oxford como en Brujas es indudable que sintió la nostalgia intensamente. ¿Qué era, pues, lo que temía perder al regresar? Precisamente eso: la nostalgia.

Mi amigo me lo ha explicado también a su manera. No es que estuviese arrepentido de haber vuelto, no; pero es lo cierto que en el extranjero sentía como un apremiante estímulo en su vida. Por dura que ésta

## GEOGRAFÍA Y QUIMERA

fuese, por circunstancias adversas que la rodeasen—y aquí volvía a recordarme las penalidades sufridas por Vives en la Corte de Enrique VIII—, tenía ante sí la meta del regreso a España como premio. Vivía y trabajaba con esta renovada ilusión de cada día, y no es que el tiempo volara ante una perspectiva tan cautivadora, pero sí se ajustaba más a ese ritmo sosegado que ha marcado siempre las horas felices.

Vuelto a España, realizado al fin su anhelo, no sabe hoy qué hacer con esa aptitud para soñar que se le fue formando con los años. Nota dentro de sí como un vacío, como un hueco en el que hasta ahora guardaba el secreto afán. Lograda su ambición, el más querido de sus sueños, no tiene ya ante sí más que una escueta realidad. Se da cuenta del rudo golpe: han naufragado la nostalgia, los recuerdos, todo lo que parecía inextinguible...

Pero mi amigo, como el ave ilustre, renace de las cenizas de su pena. Parece ser que vuelve a encontrar la fórmula para encauzar su vida. Ha sentido que la nostalgia está en peligro y se ha adelantado como un héroe a salvarle la vida. No sólo se la ha salvado, sino que le ha dado una descendencia para asegurarle el porvenir. De las nupcias del héroe y la nostalgia ha nacido una hija: la nostalgia de la nostalgia. Y así, añorando añoranzas, recordando recuerdos, parece ser que mi amigo vuelve a ser feliz.

# INDICE

## INDICE

	<i>Págs.</i>
¡CUENTA, CUENTA! ... ..	7
<b>GEOGRAFÍA Y QUIMERA</b> ... ..	11
La isla misteriosa ... ..	17
Viaje al fin de la tierra ... ..	23
Infancia y estrellas ... ..	29
Viajes imaginarios ... ..	33
Últimas fantasías ... ..	37
El hombre en el aire ... ..	41
Gusinde en España ... ..	45
Esmeraldas ... ..	49
Pueblos ecuestres ... ..	53
<b>BREVE HISTORIA</b> ... ..	57
Hallazgo de una villa romana ... ..	59
Rescate de Leyre ... ..	63
Babieca ... ..	67
El primer escritor que tuvo estilo ... ..	71
El misterio del misterio ... ..	75
Cataluña en el mar ... ..	79
Anticipaciones catalanas y recuerdo de Rubio y Lluch ... ..	83
Grecia a la sombra del acueducto ... ..	87
Un jubileo dramático ... ..	91
Viaje con César Borgia ... ..	97
Rescate de reina ... ..	101

	<i>Págs.</i>
Un corresponsal de guerra ... ..	105
Nueva historia de El Escorial ... ..	109
El reloj y la pequeña historia ... ..	113
El torero y la pequeña historia ... ..	117
La Historia por dentro ... ..	121
Relato de un testigo ... ..	125
La primera taquígrafa ... ..	131
Lersundi ... ..	135
Un manuscrito inédito ... ..	139
<b>BREVE NOTICIA ... ..</b>	<b>143</b>
La bella toledana ... ..	145
Secreto de Fuenterrabía ... ..	149
Sonata en do menor ... ..	153
Origen de una dinastía ... ..	157
Adiós al mar de Chateaubriand ... ..	161
La amistad que puedo existir ... ..	165
Círculo mágico ... ..	169
Derrota de Schumann ... ..	175
Dickens otra vez ... ..	179
Vísperas de la nieve ... ..	183
"Torneranno le oscure rondinelle" ... ..	187
Viajero del mundo ... ..	191
H. R. Lenormand ... ..	195
El lápiz y el retrato ... ..	199
El pintor inglés Cristóbal Hall ... ..	203
Helen Keller ... ..	213
La joven literatura ... ..	217
Centenario del desdén ... ..	221
La Academia en el fiel de la balanza ... ..	223
<b>GALDÓS Y OTROS RECUERDOS ... ..</b>	<b>227</b>
Recuerdos de Galdós ... ..	229
La casa del Monte ... ..	237
Más de la infancia de Galdós ... ..	241
Don Benito y Galdós ... ..	245
Una poetisa endiablada ... ..	249
El tamaño de la ciudad de Las Palmas ... ..	253
Noche del Viernes Santo ... ..	257

	<i>Págs.</i>
Aquel jueves ... ..	261
Nochebuena canaria ... ..	265
Casa de Colón ... ..	269
Don Domingo Rivero ... ..	271
Recuerdo de los tres ... ..	277
<b>ULTIMO BREVIARIO ... ..</b>	<b>281</b>
Cifra y estilo ... ..	283
Bailando se entiende la gente ... ..	285
Hablando no se entiende la gente ... ..	289
Nuevo descubrimiento de América ... ..	293
El tiempo es oro ... ..	297
El reloj de porcelana ... ..	301
Mendigos ... ..	305
El secreto en el arte ... ..	309
Lo novelesco y la novela ... ..	313
El destino de la gloria ... ..	317
Deporte y razón ... ..	321
Evocación de Piccard ... ..	325
El escritor que vino a conversar ... ..	329
Juego de amor ... ..	333
La tierra sin campanas ... ..	337
El "Tenorio" ... ..	341
Vidas paralelas ... ..	345
Lección práctica ... ..	349
La nostalgia en peligro ... ..	353